



EL COLEGIO PRIORY



Sir Arthur Conan Doyle



El colegio Priory

Enero 1904

Sir Arthur Conan Doyle



Sherlock-Holmes.es

En nuestro pequeño escenario de Baker Street hemos presenciado entradas y salidas espectaculares, pero no recuerdo ninguna tan repentina y sorprendente como la primera aparición del doctor Thorneycroft Huxtable, M.A., Ph.D., etc.¹ Su tarjeta, que parecía demasiado pequeña para soportar el peso de tanto título académico, le precedió en unos segundos y luego entró él: tan grande, tan pomposo y tan digno que parecía la encarnación misma del aplomo y la solidez. Y sin embargo, lo primero que hizo en cuanto la puerta se cerró a sus espaldas fue tambalearse y apoyarse en la mesa, tras lo cual se desplomó en el suelo y allí quedó su majestuosa figura, postrada e inconsciente sobre la alfombra de piel de oso colocada delante de nuestra chimenea.

Nos pusimos en pie de un salto y durante unos instantes contemplamos con silencioso asombro aquel enorme resto de naufragio, que parecía el resultado de una repentina y letal tempestad ocurrida en algún lugar lejano del océano de la vida. Luego corrimos a socorrerlo, Holmes con un almohadón para la cabeza y yo con brandy para la boca. El rostro blanco y macizo estaba surcado por arrugas de preocupación, las flácidas bolsas de debajo de los ojos tenían un color plomizo, la boca entreabierta se curvaba en una mueca de dolor y sus rollizas mejillas estaban sin afeitar. La camisa y el cuello mostraban las mugrientas señales de un largo viaje, y el cabello se encrespaba desordenadamente sobre la bien formada cabeza. El hombre que yacía ante nosotros había sufrido sin duda un duro golpe.



—¿Qué tiene, Watson? —preguntó Holmes.

—Agotamiento total, puede que simple hambre y cansancio —respondí, tomándole el pulso y verificando que el torrente de vida se había reducido a un débil goteo.

—Billete de ida y vuelta desde Mackleton, en el norte de Inglaterra —dijo Holmes, sacándoselo del bolsillo del reloj—. Y aún no son ni las doce. No cabe duda de que ha madrugado. Los párpados fruncidos empezaron a temblar y un par de ojos grises y ausentes alzaron su mirada hacia nosotros. Un instante después, nuestro hombre se ponía en pie con dificultades y rojo de vergüenza.

—Perdone esta muestra de debilidad, señor Holmes; temo que me han fallado las fuerzas. Gracias. Si pudiera tomar un vaso de leche y una galleta, estoy seguro de que me pondría bien. He venido personalmente, señor Holmes, para asegurarme de que me acompañará usted a la vuelta. Temía que un simple telegrama no lograría convencerlo de la absoluta urgencia del caso.

—Cuando se haya repuesto usted del todo...

—Ya me siento perfectamente otra vez. No me explico cómo me dio este desfallecimiento. Señor Holmes, quiero que venga usted a Makleton conmigo en el primer tren mi amigo sacudió la cabeza.

¹ M.A.: «Master in Arts»; Ph.D.: «Doctor in Philosophy».

—Mi compañero, el doctor Watson, podrá decirle que en estos momentos estamos ocupadísimos. No puedo dejar este caso de los documentos Ferrers, y además está a punto de comenzar el juicio por el crimen de Abergavenny. Sólo un asunto muy importante podría sacarme de Londres en estos momentos.

—¡Importante! —nuestro visitante levantó las manos—. ¿No se ha enterado del secuestro del único hijo del duque de Holderness?

—¿Cómo? ¿El que fue ministro?

—Exacto. Hemos tratado de ocultárselo a la prensa, pero anoche el Globe publicaba algunos rumores. Pensé que tal vez estuviera usted al corriente.

Holmes estiró su largo y delgado brazo y sacó el volumen «H» de su enciclopedia de consulta.

—«Holderness, sexto duque de K.G., P.C...², y así medio alfabeto...; barón de Beverley, conde de Carston... ¡Caramba, menuda lista!... Señor de Hallamshire desde 1900. Casado con Edith, hija de sir Charles Appledore, en 1888. Hijo único y heredero: lord Saltire. Propietario de unos 250,000 acres, Minas en Lancashire y Gales. Residencias: Carlton House Terrace, Londres; Mansión Holderness, en Hallamshire; castillo de Carston, en Bangor, Gales. Lord Almirante en 1872. Primer secretario de Estado... ¡Vaya, vaya! Se trata, sin duda, de uno de los grandes personajes del reino.

—El más grande, y puede que el más rico. Ya sé, señor Holmes, que es usted un profesional de primera fila y que está dispuesto a trabajar por mero amor al trabajo. Sin embargo, puedo decirle que su excelencia ha prometido entregar un cheque de cinco mil libras a la persona que pueda indicarle el paradero de su hijo, y otras mil a quien pueda identificar a la persona o personas que lo han secuestrado.

—Una oferta principesca —dijo Holmes—. Watson, creo que acompañaremos al doctor Huxtable al norte de Inglaterra. Y ahora, doctor Huxtable, en cuanto se haya terminado la leche, le agradecería que nos contara lo que ha ocurrido, cuándo ocurrió, cómo ocurrió y, por último, qué tiene que ver en ello el doctor Thorneycroft Huxtable, del colegio Priory, cerca de Mackleton, y por qué viene a solicitar mis humildes servicios tres días después del suceso, como se deduce del estado de su barba.

Nuestro visitante había dado cuenta de su leche y sus galletas. Recuperado el brillo de sus ojos y el color de sus mejillas, comenzó a explicar la situación con considerable energía y lucidez.

—Debo informarles, caballeros, de que el Priory es un colegio preparatorio, del que soy fundador y director. Tal vez les resulte más familiar mi nombre si lo asocian a los Comentarios a Horacio por Huxtable. El Priory es el mejor y más selecto colegio preparatorio de Inglaterra, sin excepción alguna. Lord Leverstoke, el conde de Blackwater, sir Cathcart Soames..., todos ellos me han confiado a sus hijos. Pero cuando me pareció que mi colegio había alcanzado el cenit fue hace tres semanas, cuando el duque de Holderness envió a su secretario, el señor James Wilder, para notificarme la intención de poner a mi cargo al joven lord Saltire, de diez años de edad, hijo único y heredero suyo.

² K.G.: «Knight of the Garter» (Caballero de la Orden de la Jarretera); P.C. Posiblemente significa Privy Councillor, es decir, miembro del Consejo Privado de la Reina.

¡Qué poco imaginaba yo que aquello iba a ser el preludio de la desgracia más terrible de mi vida!

»El muchacho llegó el 1 de mayo, que es cuando comienza el semestre de verano. Era un joven encantador, que se adaptó en seguida a nuestras normas. Debo decirle..., espero no estar cometiendo una indiscreción, pero en un caso como éste es absurdo andarse con medias verdades..., que el chico no era muy feliz en su casa. Es un secreto a voces que la vida matrimonial del duque no ha sido muy apacible y acabó desembocando en una separación por mutuo acuerdo. La duquesa se ha establecido en el sur de Francia. Esto ocurrió hace muy poco, y se sabe que las simpatías del muchacho estaban del lado de la madre. Cuando ella se marchó de la mansión Holdernes, el chico se quedó muy deprimido, y por eso decidió el duque enviarlo a mi colegio. A los quince días se había adaptado por completo y parecía absolutamente feliz con nosotros.

»Se le vio por última vez la noche del 13 de mayo, es decir, la noche del lunes pasado. Su cuarto está en el segundo piso y para llegar a él hay que pasar por otra habitación más grande, en la que duermen dos alumnos. Estos muchachos no vieron ni oyeron nada, de manera que es imposible que el joven Saltire pasara por allí. La ventana de su cuarto estaba abierta y hay una hiedra bastante sólida que llega hasta el suelo. No encontramos pisadas abajo, pero no cabe duda de que esta es la única salida posible.

»Su ausencia se descubrió a las siete de la mañana del martes. Se notaba que había dormido en su cama. Antes de marcharse se había vestido del todo, con el uniforme escolar de chaqueta negra, estilo Eton, y pantalones gris oscuro. No se advertían señales de que hubiera entrado alguien en su habitación y estamos seguros de que si hubiera habido gritos o forcejeo se habrían oído, porque Caulder, el mayor de los dos muchachos que duermen en la habitación interior, tiene el sueño muy ligero.

»Cuando descubrimos la desaparición de lord Saltire, pasé lista inmediatamente a todo el personal del colegio: alumnos, profesores y servicio. Y entonces nos dimos cuenta de que lord Saltire no se había fugado solo. Faltaba también Heidegger, el profesor de alemán. Su habitación está también en el segundo piso, al otro extremo del edificio, pero dando a la misma fachada que la de lord Saltire. También había dormido en su cama; pero al parecer se había marchado a medio vestir, porque su camisa y sus calcetines estaban tirados en el suelo. No cabe duda de que bajó descolgándose por la hiedra, porque encontramos pisadas suyas abajo en el césped. Junto a este césped hay un pequeño cobertizo donde guardaba su bicicleta, que también ha desaparecido.

»Llevaba con nosotros dos años, y había llegado con las mejores referencias. Pero era un tipo callado y poco simpático, que no se llevaba muy bien ni con los alumnos ni con los profesores. No se pudo encontrar ni rastro de los fugitivos, y hoy, jueves, sabemos tan poco como el martes. Naturalmente, fuimos de inmediato a preguntar a la mansión Holdernes. Se encuentra a sólo unas millas de distancia, y pensamos que un repentino ataque de nostalgia le habría hecho volver con su padre. Pero allí no sabían nada de él. El duque está excitadísimo, y en cuanto a mí, ya han visto ustedes el estado de postración nerviosa al que me han reducido la incertidumbre y la

responsabilidad. Señor Holmes, si alguna vez se ha empleado usted a fondo, le suplico que lo haga ahora, porque nunca en su vida encontrará un caso que más lo merezca.

Sherlock Holmes había escuchado con el mayor interés el relato del afligido director de escuela. Sus cejas fruncidas y el profundo surco que había entre ellas demostraban que no era preciso insistirle para que concentrase toda su atención en un problema que, aparte de las enormes sumas que en él se barajaban, tenía forzosamente que atraerle, dada su afición a lo enigmático y lo extraño. Sacó su cuaderno de notas y garabateó en él algunas anotaciones.

—Ha sido una torpeza por su parte no acudir a mí antes —dijo en tono severo—. Me obliga a iniciar mi investigación con una grave desventaja. Es impensable, por ejemplo, que esa hiedra y ese césped no le revelaran nada a un observador experto.

—No ha sido culpa mía, señor Holmes. Su excelencia estaba empeñado en evitar a toda costa un escándalo público. Le asustaba que sus desgracias familiares quedaran expuestas a la vista de todos. Siente horror por ese tipo de cosas.

—¿Pero se ha realizado alguna investigación oficial?

—Sí, señor, pero sin ningún resultado. Al principio pareció que se había encontrado una pista, ya que alguien declaró haber visto a un hombre joven y un niño saliendo de una estación cercana en uno de los primeros trenes. Pero anoche supimos que se había seguido la pista de la pareja hasta Liverpool, y se ha comprobado que no tienen nada que ver con el asunto. Entonces fue cuando, desesperado, defraudado y tras una noche sin dormir, decidí tomar el primer tren y venir directamente a verle.

—Supongo que la investigación sobre el terreno aflojaría mientras se seguía esa pista falsa.

—Se interrumpió por completo.

—Con lo cual se han perdido tres días. No se podía haber manejado peor el asunto.

—Eso me parece a mí, lo reconozco.

—Sin embargo, debería poderse resolver el problema. Tendré mucho gusto en echarle un vistazo. ¿Ha descubierto usted alguna conexión entre el chico perdido y este profesor alemán?

—Absolutamente ninguna.

—¿Ni siquiera estaba en su clase?

—No; por lo que yo sé, jamás intercambiaron una palabra.

—Desde luego, esto es muy curioso. ¿Tenía bicicleta el chico?

—No.

—¿Se ha echado en falta alguna otra bicicleta?

—No.

—¿Está usted seguro?

–Completamente.

–Vamos a ver: ¿no pensará usted en serio que este alemán se marchó en bicicleta en plena noche con el chico en brazos? –Claro que no.



–Entonces, ¿cuál es su teoría?

–Lo de la bicicleta pudo ser un truco para despistar. Pueden haberla escondido en cualquier parte y luego marcharse a pie.

–Desde luego; pero parece un truco bastante absurdo, ¿no cree? ¿Había más bicicletas en ese cobertizo?

–Varias.

–¿Y no cree que si hubieran querido dar la impresión de que se marcharon de ese modo habrían escondido un par de bicicletas?

–Supongo que sí.

–Desde luego que sí. La teoría del truco para despistar no se sostiene. Sin embargo, el incidente constituye un magnífico punto de partida para una investigación. Al fin y al cabo, una bicicleta no es fácil de esconder o destruir. Otra pregunta: ¿Recibió el chico alguna visita el día antes de su desaparición?

–No.

–¿Recibió alguna carta?

–Sí, una.

–¿De quién?

–De su padre.

–¿Abren ustedes las cartas de los alumnos?

–No.

–Y entonces, ¿cómo sabe que era de su padre?

–Porque el sobre llevaba el escudo de armas y la dirección estaba escrita con la letra del duque, que es característicamente rígida. Además, el duque recuerda haber escrito.

–¿Recibió otras cartas antes de ésta?

–Ninguna en varios días.

–¿Y alguna vez ha recibido carta de Francia?

–No, nunca.

Supongo que se da usted cuenta de hacia dónde apuntan mis preguntas. Una de dos: o se llevaron al chico a la fuerza o se marchó por su propia voluntad. En este último caso, cabría suponer que sólo una llamada de fuera podría empujar a un muchacho tan joven a hacer semejante cosa. Si no recibió visitas, la llamada tuvo que llegar por carta. Por tanto, estoy intentando averiguar quién la escribió.

—Me temo que no puedo ayudarle mucho. Que yo sepa, el único que le escribía era su padre.

—El cual le escribió el mismo día de su desaparición. ¿Se llevaban muy bien el padre y el hijo?

—Su excelencia no se lleva bien con nadie. Vive sumergido por completo en los grandes asuntos públicos y resulta bastante inaccesible a las emociones normales. Pero, a su manera, siempre se portó bien con el niño.

—Sin embargo, las simpatías de éste se inclinaban por la madre, ¿no?

—Sí.

—¿Lo dijo él?

—No.

—Entonces, ¿el duque?

—¡Santo cielo, no!

—Entonces, ¿cómo lo sabe usted?

—Tuve algunas conversaciones confidenciales con el señor James Wilder, secretario de su excelencia. Fue él quien me informó acerca de los sentimientos de lord Saltire.

—Ya veo. Por cierto, esa última carta del duque, ¿se encontró en la habitación del muchacho después de que éste desapareciera?

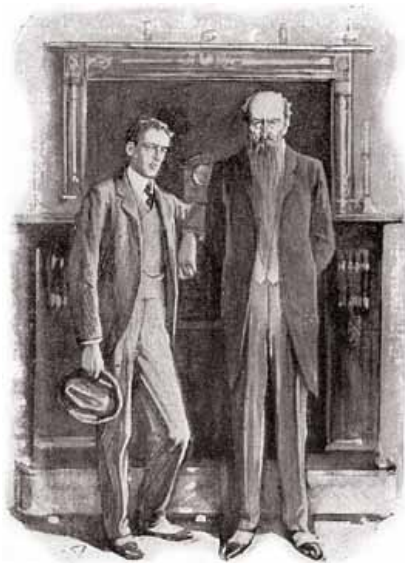
—No, se la había llevado. Creo, señor Holmes, que deberíamos ponernos en camino hacia la estación de Euston.

—Pediré un coche. Dentro de un cuarto de hora estaremos a su servicio. Y si va usted a telegrafiar, señor Huxtable, convendría que la gente de por allí creyera que las investigaciones aún siguen centradas en Liverpool, o dondequiera que conduzca esa pista falsa. De ese modo, yo podré trabajar tranquilamente en las puertas de su establecimiento, y tal vez el rastro no esté tan borrado como para que no podamos olfatearlo dos viejos sabuesos como Watson y yo.

Aquella noche la pasamos en la fría y vigorizante atmósfera de la región de Peak, donde se encuentra el famoso colegio del doctor Huxtable. Ya había oscurecido cuando llegamos. Sobre la mesa del vestíbulo había una tarjeta, y el mayordomo susurró algo al oído del director, que se volvió hacia nosotros con la alegría reflejada en todos sus macizos rasgos.

—¡El duque está aquí! —dijo—. El duque y el señor Wilder están en mi despacho. Vengan, caballeros, y los presentaré. Como es natural, yo había visto muchos retratos del famoso estadista, pero el hombre de carne y hueso era muy distinto de sus imágenes. Se trataba de una persona alta y majestuosa, vestida de manera inmaculada, con un rostro flaco y chupado, y una nariz grotescamente larga y encorvada. La mortal palidez de su piel contrastaba con la larga y ondulada barba roja que le caía por encima del chaleco blanco, en el que una cadena de reloj brillaba a través de las guedejas. Así era el majestuoso personaje que nos miraba con fría mirada desde el centro de la alfombra de la chimenea del doctor Huxtable. A su lado había un hombre muy joven, que supuse que sería Wilder, el secretario privado. Era

pequeño, nervioso, inquisitivo, con ojos inteligentes de color azul claro y expresión cambiante. Fue él quien inició en el acto la conversación, en tono cortante y decidido.



—Vine esta mañana, doctor Huxtable, pero llegué demasiado tarde para impedirle partir hacia Londres. Me enteré de que tenía la intención de solicitar al señor Sherlock Holmes que se hiciera cargo del caso. A su excelencia le sorprende, doctor Huxtable, que haya usted dado un paso semejante sin consultarlo.

—Al saber que la policía había fracasado...

—Su excelencia no está en modo alguno convencido del fracaso de la policía.

—Pero señor Wilde...

—Sabe usted muy bien, doctor Huxtable, que su excelencia tiene especial interés en evitar todo escándalo público. Prefiere que su intimidad la conozcan las menos personas posibles.

—La cosa tiene fácil remedio —dijo el acobardado doctor—.

El señor Sherlock Holmes puede regresar a Londres en el tren de la mañana.

—Nada de eso, doctor, nada de eso —dijo Holmes con su voz más meliflua—. Este aire del Norte resulta muy vigorizante y agradable, y me parece que voy a pasar unos días en estos páramos, ocupando la mente lo mejor que pueda. Naturalmente, a usted le toca decidir si me alojo bajo su techo o en la posada del pueblo.

Pude darme cuenta de que el pobre doctor se encontraba sumido en la más profunda indecisión, de donde fue rescatado por la voz grave y sonora del duque barbirrojo, que resonó como un gong llamando a comer.

—Doctor Huxtable, estoy de acuerdo con el señor Wilder en que tendría usted que haberme consultado. Pero ya que el señor Holmes está enterado de todo, sería verdaderamente absurdo no aprovechar sus servicios. En lugar de ir a la posada, señor Holmes, me agradecería mucho que se quedara conmigo en la mansión Holderness.

—Gracias, excelencia. Pero, a efectos de la investigación, creo que será más juicioso que me quede en el escenario del misterio.—Como desee, señor Holmes. Por supuesto, cualquier información que el señor Wilder o yo podamos proporcionarle está a su disposición.

—Lo más probable es que tenga que ir a visitarlos a la mansión —dijo Holmes—. Por el momento, señor, sólo deseo preguntarle si tiene formada alguna hipótesis que explique la misteriosa desaparición de su hijo.

—No, señor; ninguna.

—Perdóneme si hago alusión a algo que le resulta doloroso, pero no tengo más remedio. ¿Cree usted que la duquesa puede tener algo que ver con el asunto?

El ilustre ministro dio claras muestras de vacilación.

—No creo —dijo por fin.

—La otra explicación más evidente es que el chico haya sido secuestrado con objeto de pedir rescate por él. ¿No ha recibido ninguna petición en ese sentido?

—No, señor.

—Una pregunta más, excelencia. Tengo entendido que escribió usted a su hijo el día mismo del incidente.

—No; le escribí el día antes.

—Eso es. ¿Pero él recibió la carta ese día?

—Sí.

—¿Había algo en su carta que pueda haberlo trastornado o inducido a dar ese paso?

—No, señor, claro que no.

—¿Echó usted mismo la carta al correo?

La contestación del aristócrata quedó interrumpida por el secretario, que intervino algo acalorado.

—Su excelencia no tiene por costumbre llevar personalmente las cartas al correo —dijo—. La carta se dejó con las demás en la mesa del despacho, y yo mismo las eché al buzón.



—¿Está usted seguro de haber echado esta carta?

—Sí; me fijé en ella.

—¿Cuántas cartas escribió su excelencia aquel día?

—Veinte o treinta —dijo el duque—. Mantengo mucha correspondencia. Pero ¿no le parece esto un poco irrelevante?

—No del todo —respondió Holmes.

—Por mi parte —prosiguió el duque—, he aconsejado a la policía que dirija su atención hacia el sur de Francia. Ya he dicho que no creo que la duquesa haya incitado un acto tan monstruoso, pero el chico tenía ideas muy equivocadas, y es posible que haya huido para irse con ella, inducido y ayudado por ese alemán. Bien, doctor Huxtable, nos volvemos á la mansión.

Me di cuenta de que a Holmes aún le habría gustado hacer algunas preguntas más, pero el brusco comportamiento del noble daba a entender que la entrevista había terminado. Era evidente que aquello de discutir sus intimidades familiares con un extraño le resultaba absolutamente aborrecible a su exquisito carácter aristocrático, y que temía que cualquier nueva pregunta

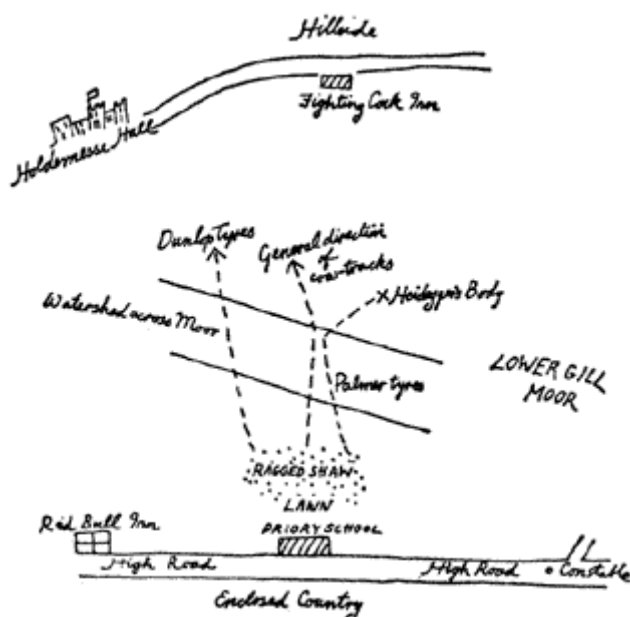
arrojara una desagradable luz sobre los rincones discretamente oscurecidos de su historia ducal.

En cuanto el aristócrata y su secretario se marcharon, mi amigo se lanzó de inmediato a la investigación, con su vehemencia habitual.

Examinamos minuciosamente la habitación del muchacho, que no nos proporcionó información alguna, aparte de dejarnos convencidos de que sólo pudo haber escapado por la ventana. Tampoco la habitación y los objetos personales del profesor alemán nos ofrecieron ninguna pista nueva. En este caso, un tallo de hiedra había cedido bajo su peso, y a la luz de la linterna pudimos ver en el césped la huella dejada por sus talones al bajar al suelo. Aquella marca solitaria en el bien cortado césped constituía el único testimonio material de la inexplicable fuga nocturna.

Sherlock Holmes salió del colegio solo y no regresó hasta después de las once. Se había hecho con un mapa militar de la zona y lo trajo a mi cuarto, lo extendió sobre la cama, colgó encima una lámpara y se puso a fumar mientras lo examinaba, señalando de cuando en cuando los puntos de interés con la humeante boquilla de ámbar de su pipa.

—Cada vez me gusta más este caso, Watson —dijo—. Decididamente, presenta aspectos muy interesantes. En esta fase inicial, quiero que se fije en estos detalles geográficos, que pueden tener mucha importancia para nuestra investigación.



»Mire este mapa. Este cuadrado oscuro es el colegio Priory. Voy a marcarlo con un alfiler. Y esta línea es la carretera principal. Ya ve que corre de Este a Oeste, pasando frente a la escuela, y que en ninguna de las dos direcciones existe una desviación en más de una milla. Si los dos fugitivos se marcharon por carretera, tuvo que ser por esta carretera.

—Exacto.

—Por una curiosa y afortunada casualidad, podemos saber hasta cierto punto lo que pasó por esta carretera durante la noche de autos. Aquí, donde señalo con la pipa, había un policía rural de servicio desde las doce hasta las seis. Como puede ver, se trata del primer cruce que existe por el lado este. El guardia declara que no se movió de su puesto ni un instante, y está seguro de que ni el hombre ni el niño pudieron pasar por allí sin que él los viera. He hablado esta noche con el policía en cuestión, y me ha parecido una persona de absoluta confianza. Con eso queda descartado este camino. Pasemos a ocuparnos del otro. Aquí hay una fonda, «El Toro Rojo», cuya propietaria estaba enferma. Había hecho llamar al médico de Mackleton, pero éste no llegó hasta por la mañana, porque estaba ocupado con otro caso. La gente de la fonda pasó toda

la noche en vela, aguardando su llegada, y parece que en todo momento había alguien vigilando la carretera. También ellos han declarado que no pasó nadie. Si hemos de creer en su declaración, podemos descartar también el lado oeste, y estamos en condiciones de asegurar que los fugitivos no utilizaron para nada la carretera.

—¿Y la bicicleta, qué? —objeté.

—Eso es. Ahora llegaremos a la bicicleta. Continuemos nuestro razonamiento: si estas personas no se marcharon por la carretera, tuvieron que ir campo a través, hacia el norte o hacia el sur del colegio. De eso no cabe duda. Consideremos las dos posibilidades. Al sur del colegio, como puede ver, hay una gran extensión de tierra cultivable, dividida en campos pequeños, separados por tapias de piedra.

Por ahí hay que reconocer que la bicicleta no sirve para nada. Podemos descartar la idea. Veamos ahora el terreno que hay al Norte. Aquí tenemos una arboleda, señalada en el mapa como Ragged Shaw, más allá de la cual comienza un extenso páramo, Lower Gill Moor, que se prolonga unas diez millas con una pendiente gradual hacia arriba. Aquí, a un lado de esta desolación, está la mansión Holderness, a diez millas de distancia por carretera, pero sólo a seis atravesando el páramo. Toda esta llanura es tremendamente árida. Hay unos pocos granjeros que tienen arrendadas pequeñas parcelas en el páramo, donde crían ovejas y vacas. Exceptuándolos a ellos, los únicos habitantes que uno encuentra hasta llegar a la carretera de Chesterfield son chorlitos y zarapitos. Aquí, como ve, hay una iglesia, unas pocas granjas y otra posada. Más allá comienzan a empinarse las montañas. Así pues, nuestra investigación debe dirigirse hacia aquí, hacia el Norte.

—¿Y la bicicleta, qué? —insistí.

—¡Ya va, ya va! —dijo Holmes con impaciencia—. Un buen ciclista no necesita carreteras. Hay muchos senderos que atraviesan el páramo, y esa noche había luna llena. ¡Caramba! ¿Qué pasa?

Alguien llamaba frenéticamente a la puerta, y un instante después el doctor Huxtable había entrado en la habitación. Traía en la mano una gorra azul de bicicleta, con una insignia blanca en lo alto.

—¡Al fin tenemos una pista! —exclamó—. ¡Gracias al cielo, por fin hemos encontrado el rastro del pobre chico! ¡Esta es su gorra!

—¿Dónde la encontraron?

—En el carromato de unos gitanos que habían acampado en el páramo. Se marcharon el martes. Hoy los localizó la policía, que registró la caravana y encontró esto.

—¿Qué explicación dieron?

—Evasivas y mentiras... Dicen que la encontraron en el páramo el martes por la mañana. ¡Los muy canallas saben dónde está el chico! Gracias a Dios, están a buen recaudo, guardados bajo siete llaves. El miedo a la justicia o la bolsa del duque acabarán por hacerles soltar todo lo que saben.

—De momento, no está mal —dijo Holmes cuando el doctor salió por fin de la habitación—. Por lo menos, concuerda con la teoría de que es por el lado del

páramo donde podemos esperar obtener resultados. La verdad es que la policía de aquí no ha hecho nada, aparte de detener a esos gitanos. ¡Mire aquí, Watson! Hay una corriente de agua que atraviesa el páramo. Aquí la tiene, marcada en el mapa. En algunas partes se ensancha, formando una ciénaga. Con este tiempo tan seco sería inútil buscar huellas en cualquier otro sitio; pero aquí sí que es posible que haya quedado algún rastro. Vendré a despertarlo mañana temprano y veremos si entre usted y yo podemos arrojar alguna luz sobre este misterio.

Apenas había amanecido cuando me desperté, descubriendo junto a mi cama la figura alta y delgada de Holmes. Estaba completamente vestido y, al parecer, ya había salido.

—Ya he visto el césped y el cobertizo de las bicicletas —dijo—. También he dado un paseo por la arboleda de Ragged Shaw. Y ahora, Watson, tenemos servido chocolate en el cuarto de al lado. Debo rogarle que se dé prisa, porque nos aguarda un gran día.

Le brillaban los ojos y tenía las mejillas coloreadas por la excitación con la que un maestro artesano contempla la tarea preparada ante él. Aquel Holmes activo y despierto era un hombre muy diferente del soñador pálido e introspectivo de Baker Street. Al mirar su elástica figura, que irradiaba energía nerviosa, tuve la sensación de que, en efecto, nos aguardaba un día agotador.

Y sin embargo, comenzó con una terrible decepción. Nos adentramos llenos de esperanza en la turba color canela del páramo, surcada por millares de senderos de ovejas, hasta llegar a la ancha franja de color verde claro correspondiente a la ciénaga que se extendía entre nosotros y Holderness. Indudablemente, si el muchacho se hubiera dirigido a su casa, habría pasado por allí, y no habría podido pasar sin dejar huellas. Pero no se veía ni rastro de él ni del alemán. Mi amigo recorrió los bordes de la ciénaga con expresión abatida, inspeccionando con ansiedad cada mancha de barro en el musgo que cubría el suelo. Abundaban las huellas de ovejas, y varias millas más abajo encontramos también huellas de vacas. Nada más.

—Chasco número uno —dijo Holmes, mirando con expresión abatida la ondulante extensión de páramo—. Allí abajo hay otra ciénaga, con un estrecho cuello entre las dos. ¡Caramba, caramba, caramba! ¿Qué tenemos aquí?

Habíamos llegado a un corto y negro tramo de sendero, en cuyo centro, perfectamente impresa sobre la tierra húmeda, se veía la huella de una bicicleta.

—¡Hurra! —exclamé—. ¡Ya lo tenemos!

Pero Holmes estaba sacudiendo la cabeza y su expresión, más que de alegría; era de desconcierto y curiosidad.

—Una bicicleta, desde luego, pero no la bicicleta —dijo—. Conozco a la perfección cuarenta y dos huellas de neumáticos diferentes. Esta, como puede ver, es de un Dunlop con un parche en la parte de fuera. La bicicleta de Heidegger llevaba neumáticos Palmer, que dejan una huella con franjas longitudinales. Aveling, el profesor de matemáticas, estaba seguro de eso. Por tanto, no son las huellas de Heidegger.

—¿Las del niño, entonces?

—Podría ser, si pudiéramos demostrar que disponía de una bicicleta. Pero en este aspecto hemos fracasado por completo. Esta huella, como puede usted ver, la ha dejado un ciclista que venía desde la zona del colegio.

—O que iba hacia allí.

—No, no, querido Watson. La impresión más profunda es, naturalmente, la de la rueda de atrás, que es donde se apoya el peso del cuerpo. Fíjese en que en varios puntos ha pasado por encima de la huella de la rueda delantera, que es menos profunda, borrándola. No cabe duda de que venía del colegio.³ Puede que esto tenga relación con nuestra investigación y puede que no, pero lo primero que vamos a hacer es seguir esta huella hacia atrás.

Así lo hicimos, pero a los pocos cientos de metros salimos de la zona pantanosa del páramo y perdimos la pista. Recorrimos el sendero en dirección inversa y encontramos otro punto por donde lo atravesaba un arroyo. Allí volvimos a descubrir las huellas de la bicicleta, aunque— casi borradas por las pezuñas de las vacas. Más allá no se veía ni rastro, pero el sendero penetraba en el bosque de Ragged Shaw, situado detrás del colegio. De este bosque tenía que haber salido la bicicleta. Holmes se sentó sobre una piedra y apoyó la barbilla en las manos. Antes de que volviera a moverse, yo ya me había fumado dos cigarrillos.

—Bien, bien —dijo por fin—. Desde luego, entra dentro de lo posible que un hombre astuto cambie los neumáticos de su bicicleta para dejar huellas diferentes. Un delincuente al que se le ocurriera esto sería un hombre con el que me sentiría orgulloso de medirme. Dejaremos pendiente esta cuestión y volveremos a nuestra ciénaga, porque hemos dejado mucho sin explorar.

Continuamos nuestra sistemática inspección de las orillas de la zona cenagosa del páramo, y nuestra perseverancia no tardó en verse magníficamente recompensada.



Un sendero embarrado cruzaba la parte baja de la ciénaga. Al acercarnos a él, Holmes dejó escapar un grito de alegría. Es su mismo centro se veía una huella que parecía un fino haz de cables de telégrafo. Era el neumático Palmer.

—¡Aquí sí que tenemos a herr Heidegger! —exclamó Holmes, radiante de júbilo—. Parece, Watson, que mi razonamiento ha estado bastante acertado.

—Le felicito.

—Pero aún nos queda mucho camino por

³ Este asunto de las huellas de la bicicleta es uno de los que más controversias ha provocado entre los holmesólogos. Efectivamente, aunque la impresión de la rueda trasera pise la de una rueda delantera, eso no ayuda a distinguir si van o vienen, va que la huella sería exactamente igual en ambos casos, a menos que una de las ruedas tuviera alguna marca identificable y Holmes supiera en qué lado se encontraba dicha marca, lo cual queda descartado. Posiblemente, Holmes se fijó en otros indicios, que Watson no comprendió bien, y por eso ofrece aquí esta explicación tan poco satisfactoria.

andar. Haga el favor de salirse del sendero. Y ahora, sigamos la pista. Me temo que no nos llevará muy lejos.

Sin embargo, según avanzábamos, descubrimos que en aquella parte del páramo abundaban las zonas blandas, y aunque perdíamos la pista con frecuencia, siempre conseguíamos encontrarla de nuevo.

—¿Se fija usted —dijo Holmes— en que el ciclista está apretando la marcha de manera inequívoca? No cabe ninguna duda. Fíjese aquí, donde las dos huellas se ven con claridad. Están las dos igual de marcadas. Eso sólo puede significar que el ciclista está doblado sobre el manillar, como en una carrera de velocidad. ¡Por Júpiter! ¡Se ha caído!

Un manchón de forma irregular cubría algunos metros de sendero. Más allá había unas pocas pisadas y luego reaparecían los neumáticos.

—Un patinazo de costado —aventuré.

Holmes recogió una rama aplastada de tojo en flor. Observé horrorizado que las flores amarillas estaban todas manchadas de sangre. También en el sendero y entre los brezos se veían manchas de sangre coagulada.

—¡Mala cosa! —dijo Holmes—. ¡Mala cosa! ¡Apártese, Watson! ¡No quiero pisadas innecesarias! ¿Qué sacamos de aquí? Cayó herido, se levantó, volvió a montar y siguió su camino. Pero no se ve ninguna otra huella. Sí, por aquí ha pasado ganado. ¿No le habrá corneado un toro? ¡Imposible! Pero no se ve ninguna otra clase de huellas. Sigamos adelante, Watson. Ahora que tenemos manchas de sangre además de las huellas de neumáticos, no es posible que se nos escape.

No tuvimos que buscar mucho. Las huellas de la bicicleta empezaron a describir fantásticas curvas sobre el sendero húmedo y brillante. De pronto, al mirar hacia adelante, distinguí un brillo metálico entre los espesos arbustos, de donde sacamos una bicicleta, con neumáticos Palmer, un pedal doblado y toda la parte delantera espantosamente manchada y embadurnada de sangre. Por el otro lado de los arbustos asomaba un zapato. Dimos corriendo la vuelta al



matorral y allí encontramos al desdichado ciclista. Era un hombre alto, con barba poblada y gafas, uno de cuyos cristales se había desprendido. La causa de su muerte había sido un terrible golpe en la cabeza que le había aplastado el cráneo. El hecho de que hubiera sido capaz de seguir adelante después de recibir semejante herida decía mucho de la vitalidad y el valor de aquel hombre. Llevaba zapatos, pero no calcetines, y bajo su chaqueta desabrochada se veía una camisa de noche. Sin duda alguna, se trataba del profesor alemán.

Holmes dio la vuelta al cuerpo con respeto y lo examinó con gran atención. Después permaneció bastante tiempo sentado, sumido en profundas reflexiones, y de su frente arrugada pude deducir que, en su opinión, aquel macabro descubrimiento no nos había hecho avanzar gran cosa en nuestra investigación.

—Es un poco difícil decir qué hacer ahora, Watson —dijo por fin—. Si fuera por mí, seguiríamos adelante con nuestra investigación, porque ya hemos perdido tanto tiempo que no podemos perder ni una hora más. Sin embargo, nuestra obligación es informar a la policía de este descubrimiento y procurar que el cuerpo de este pobre hombre reciba las atenciones debidas.

—Yo podría llevar una nota.

—Pero es que necesito su compañía y su ayuda. ¡Un momento! Allá lejos hay un tipo cortando turba. Hágalo venir aquí y él traerá a la policía.

Fui a buscar al campesino y Holmes lo envió, muerto del susto, con una nota para el doctor Huxtable.

—Y ahora, Watson —dijo—, esta mañana hemos encontrado dos pistas. Una, la de la bicicleta con los neumáticos Palmer, que ya hemos visto a dónde lleva. Otra, la de la bicicleta con el neumático Dunlop parcheado. Antes de ponernos a investigar ésa, hagamos balance de lo que sabemos para tratar de sacarle el máximo partido y poder separar lo esencial de lo accidental.

En primer lugar, quiero que quede bien claro para usted que el muchacho se marchó, sin duda alguna, por su propia voluntad. Se descolgó por la ventana y se largó, solo o acompañado. De eso no cabe la menor duda.

Asentí con la cabeza.

—Muy bien, pasemos ahora a este desdichado profesor alemán. El chico estaba completamente vestido cuando huyó. Pero el alemán salió sin calcetines. Está claro que tuvo que actuar con mucha precipitación.

—No cabe duda.

—¿Por qué salió? Porque presenció la fuga del chico desde la ventana de su dormitorio. Porque (quería alcanzarlo y hacerle volver. Montó en su bicicleta, salió en persecución del muchacho y, persiguiéndolo, encontró la muerte.

—Eso parece.

—Ahora llegamos a la parte crítica de mi argumentación. Lo natural es que un hombre que persigue a un niño eche a correr detrás de él. Sabe que podrá alcanzarlo. Pero este alemán no actúa así, sino que coge su bicicleta. Me han dicho que era un excelente ciclista. No habría hecho (eso de no haber visto que el chico disponía de algún medio de escape rápido.

—La otra bicicleta.

—Continuamos con nuestra reconstrucción. Encuentra la muerte a cinco millas del colegio... no de un tiro, fíjese, que eso tal vez podría haberlo hecho un muchacho, sino de un golpe salvaje, asestado por un brazo vigoroso. Así pues, el muchacho iba acompañado en su huida. Y la huida fue rápida, ya que un consumado ciclista necesitó cinco millas para alcanzarlos. Sin embargo, examinamos el terreno en torno al lugar de la tragedia y ¿qué encontramos? Nada más que unas cuantas pisadas de vaca. Eché un buen vistazo alrededor, y no hay ningún sendero en cincuenta metros. El crimen no pudo cometerlo otro ciclista. Y tampoco hay pisadas humanas.

—¡Holmes! —exclamé—. ¡Esto es imposible!

–¡Admirable! –dijo él–. Un comentario de lo más esclarecedor. Es imposible tal como yo lo expongo, y por tanto debo haber cometido algún error en mi exposición. Sin embargo, usted ha visto lo mismo que yo. ¿Es capaz de sugerir dónde está el fallo?

–¿No podría haberse roto el cráneo al caerse?

–¿En una ciénaga, Watson?

–No se me ocurre otra cosa.

–¡Bah, bah! Peores problemas hemos resuelto. Por lo menos, disponemos de material abundante, siempre que sepamos utilizarlo. En marcha, pues, y puesto que el Palmer ya no da más de sí, veamos lo que puede ofrecernos el Dunlop con el parche.

Encontramos la pista y la seguimos durante un buen trecho; pero en seguida el páramo empezó a elevarse, formando una larga curva cubierta de brezo, y dejamos atrás la corriente de agua. En aquel terreno, las huellas ya no podían ayudarnos más. En el punto donde vimos las últimas señales de neumáticos Dunlop, éstas lo mismo habrían podido dirigirse a la mansión Holdernes, cuyas señoriales torres se alzaban a varias millas de distancia por nuestra izquierda, que a una aldea de casas bajas y grises situada frente a nosotros y que indicaba la situación de la carretera de Chesterfield.

Al acercarnos a la destartada y cochambrosa posada, sobre cuya puerta se veía la figura de un gallo de pelea, Holmes soltó un súbito gemido y se agarró a mi hombro para no caer. Había sufrido una de esas violentas torceduras de tobillo que le dejan a uno incapacitado. Cojeando con dificultad, llegó hasta la puerta, donde un hombre moreno, achaparrado y entrado en años, fumaba una pipa de arcilla negra.



–¿Cómo está usted, señor Reuben Hayes? –dijo Holmes.

–¿Quién es usted y cómo conoce tan bien mi nombre? –replicó el campesino, con un brillo receloso en sus astutos ojos.

–Bueno, está escrito en el letrero que tiene sobre su cabeza. Y se nota cuando un hombre es el dueño de la casa. Supongo que no tendrá usted en sus establos nada parecido a un coche.

–No, no lo tengo.

–Apenas puedo apoyar el pie en el suelo.

–Pues no lo apoye en el suelo.

–Entonces no podré andar.

–Pues salte.

Los modales del señor Reuben Hayes no tenían nada de graciosos, pero Holmes se lo tomó con un buen humor admirable. –Mire, amigo –dijo–. Me encuentro en un apuro algo ridículo y no me importa cómo salir de él.

–A mí tampoco –dijo el huraño posadero.

—Se trata de un asunto muy importante. Le pagaría un soberano si me dejara una bicicleta.

El posadero aguzó el oído.

—¿Dónde quiere ir usted?

—A la mansión Holderness.

—Supongo que son amigos del duque —dijo el posadero, observando con mirada irónica nuestras ropas manchadas de barro.

Holmes se echó a reír alegremente.

—En cualquier caso, se alegrará de vernos.

—¿Por que?

—Porque le traemos noticias de su hijo desaparecido.

—¿Cómo? ¿Le siguen ustedes la pista?

—Se han tenido noticias suyas en Liverpool y esperan encontrarlo de un momento a otro.

De nuevo se produjo un rápido cambio en el rostro macizo y sin afeitado. Sus modales se hicieron de pronto más simpáticos.

—Tengo menos motivos que casi nadie para desearle buena suerte al duque —dijo—, porque en otro tiempo fui su jefe de cocheros y se portó muy mal conmigo. Me echó a la calle sin un certificado, fiándose de la palabra de un tratante de piensos mentiroso. Pero me alegra saber que se ha localizado al joven señor en Liverpool, y les ayudaré a llevar la noticia a la mansión.

—Se lo agradezco —dijo Holmes—. Pero primero comeremos algo. Luego me traerá usted la bicicleta.

—No tengo bicicleta.

Holmes le enseñó un soberano.

—Le digo que no tengo, hombre. Les prestaré dos caballos para llegar a la mansión.

Fue asombrosa la rapidez con que aquel tobillo torcido se curó en cuanto nos quedamos solos en la cocina embaldosada. Estaba a punto de anochecer y no habíamos probado bocado desde primeras horas de la mañana, de manera que dedicamos un buen rato a la comida. Holmes estaba sumido en sus pensamientos, y un par de veces se acercó a la ventana para mirar con gran interés hacia fuera. Daba a un patio mugriento, en cuyo rincón más alejado había una herrería, donde trabajaba un muchacho muy sucio. Al otro lado estaban los establos. Holmes acababa de sentarse después de una de estas excursiones, cuando de pronto saltó de la silla, lanzando una ruidosa exclamación.

—¡Por el cielo, Watson, creo que ya lo tengo! ¡Sí, sí, tiene que ser así! Watson, ¿recuerda usted haber visto hoy huellas de vaca?

—Sí, bastantes.

—¿Dónde?

–Bueno, por todas partes. Las había en la ciénaga, y también en el sendero, y también cerca de donde murió el pobre Heidegger.

–Exacto. Y ahora, Watson, ¿cuántas vacas ha visto usted en el páramo?

–No recuerdo haber visto ninguna.

–Qué raro, Watson, que hayamos visto huellas de vaca por todo nuestro recorrido, pero ni una sola vaca en todo el páramo. ¿No le parece muy raro, Watson?

–Sí, es raro.

–Ahora, Watson, haga un esfuerzo. Intente recordar. ¿Puede ver esas pisadas en el sendero?

–Sí que puedo.

–¿Y no recuerda, Watson, que a veces las pisadas eran así –colocó una serie de miguitas de pan de esta forma ::::– y otras veces así : : : : y muy de cuando en cuando así . . . ¿Se acuerda de eso?

–No, no me acuerdo.

–Pues yo sí. Podría jurarlo. No obstante, podemos volver cuando queramos a comprobarlo. He estado más ciego que un topo al no darme cuenta antes.

–¿Y de qué se ha dado cuenta?

–De lo extraordinaria que es esa vaca, que tan pronto anda al paso como al trote como al galope. ¡Por San Jorge, Watson, que una treta como ésa no ha podido salir del cerebro de un tabernero rural! Parece que el terreno está despejado, con excepción de ese chico de la herrería. Escurrámonos fuera, a ver qué encontramos.

En el destartado establo había dos caballos de pelo áspero y alborotado. Holmes levantó la pata trasera de uno de ellos y se echó a reír en voz alta.

–Zapatos viejos, pero recién calzados: herraduras viejas, pero clavos nuevos. Este caso merece pasar a la historia. Acerquémonos a la herrería.

El muchacho seguía trabajando sin fijarse en nosotros. Vi que la mirada de Holmes pasaba como un rayo de derecha a izquierda, revisando los fragmentos de hierro y madera que había desparramados por el suelo. Pero de pronto oímos pasos detrás de nosotros y apareció el propietario, con las pobladas cejas fruncidas sobre sus feroces ojos y sus morenas facciones retorcidas por la ira.

Llevaba en la mano una garrota corta con puño metálico y avanzaba de manera tan amenazadora que me alegré de palpar el revólver en mi bolsillo.

–¡Condenados espías! –gritó el hombre–. ¿Qué están haciendo aquí?

–¡Caramba, señor Reuben Hayes! –dijo Holmes muy tranquilo–. Cualquiera pensaría que tiene usted miedo de que descubramos algo.

El hombre se dominó con un violento esfuerzo y su crispada boca se aflojó en una risa falsa, aún más amenazadora que su ceño.

–Pueden ustedes descubrir lo que quieran en mi herrería –dijo–. Pero mire, señor, no me gusta que la gente ande fisgando por mi casa sin mi permiso, así

que, cuanto antes paguen ustedes su cuenta y se larguen de aquí, más contento quedaré.

—Muy bien, señor Hayes, no teníamos intención de molestar —dijo Holmes—. Hemos estado echando un vistazo a sus caballos; pero me parece que, después de todo, iremos andando. Creo que no está muy lejos.

—No hay más que dos millas hasta las puertas de la mansión. Por la carretera de la izquierda.

No nos quitó de encima sus ojos huraños hasta que salimos de su establecimiento.

No llegamos muy lejos por la carretera, ya que Holmes se detuvo en cuanto la curva nos ocultó de la vista del posadero.

—Como dicen los niños, en esa posada se estaba caliente, caliente —dijo—. A cada paso que doy alejándome de ella, me siento más frío. No, no; de aquí yo no me marchó.

—Estoy convencido —dije yo— de que ese Reuben Hayes lo sabe todo. En mi vida he visto un bandido al que se le note tanto.

—¡Vaya! ¿Esa impresión le dio, eh? Y además, tenemos los caballos, y tenemos la herrería. Sí, señor, un sitio muy interesante este «Gallo de Pelea». Creo que deberíamos echarle otro vistazo sin molestar a nadie.

Detrás de nosotros se extendía una prolongada ladera, salpicada de peñascos de caliza gris. Habíamos salido de la carretera y empezábamos a subir la cuesta cuando, al mirar en dirección a la mansión Holdernesse, vi un ciclista que se acercaba a toda velocidad.

—¡Agáchese, Watson! —exclamó Holmes, posando una pesada mano sobre mi hombro.

Apenas nos había dado tiempo a ocultarnos cuando el ciclista pasó como un rayo ante nosotros. En medio de una turbulenta nube de polvo pude vislumbrar un rostro pálido y agitado, con la boca abierta y los ojos mirando enloquecidos hacia delante. Era como una extraña caricatura del impecable James Wilder que habíamos conocido la noche anterior.



—¡El secretario del duque! —exclamó Holmes—. ¡Vamos, Watson, a ver qué hace!

Nos escabullimos de roca en roca y en pocos momentos alcanzamos una posición desde la que podíamos divisar la puerta delantera de la posada. Junto a ella, apoyada en la pared, estaba la bicicleta de Wilder. No se advertía ningún movimiento en la casa ni pudimos distinguir ningún rostro en las ventanas.

Poco a poco, el crepúsculo fue avanzando y el sol hundiéndose tras las altas torres de Holdernesse Hall. Entonces, en la oscuridad, vimos que en el patio de la posada se encendían los dos faroles laterales de un carricoche y poco

después oímos el repicar de los cascos, mientras el coche salía a la carretera y se alejaba a galope tendido en dirección a Chesterfield.

—¿Qué piensa usted de esto, Watson? —susurró Holmes.

—Parece una huida.

—Un hombre solo en un cochecillo, por lo que he podido ver. Y desde luego, no era el señor James Wilder, porque está ahí, en la puerta.

En la oscuridad había surgido un rojo cuadrado de luz, y en medio de él se encontraba la negra figura del secretario, con la cabeza adelantada, escudriñando en la noche. Era evidente que estaba esperando a alguien. Por fin se oyeron pasos en la carretera, una segunda figura se hizo visible por un instante, recortada en la luz, se cerró la puerta y todo quedó de nuevo a oscuras. Cinco minutos más tarde se encendió una lámpara en una habitación del primer piso.

—La clientela del «Gallo de Pelea» parece de lo más curiosa —dijo Holmes.

—El bar está por el otro lado.

—Efectivamente. Éstos deben de ser lo que podríamos llamar huéspedes privados. Ahora bien, ¿qué demonios hace el señor James Wilder en ese antro a estas horas de la noche, y quién es el individuo que se cita aquí con él? Vamos, Watson, tenemos que arriesgarnos y procurar investigar esto un poco más de cerca.



Nos deslizamos juntos hasta la carretera y la cruzamos sigilosamente hasta la puerta de la posada. La bicicleta seguía apoyada en la pared. Holmes encendió una cerilla y la acercó a la rueda trasera. Le oí reír por lo bajo cuando la luz cayó sobre un neumático Dunlop con un parche. Por encima de nosotros estaba la ventana iluminada.

—Tengo que echar un vistazo ahí dentro, Watson. Si dobla usted la espalda y se apoya en la pared, creo que podré arreglármelas.

Un instante después, tenía sus pies sobre mis hombros. Pero apenas se había subido cuando volvió a bajar.

—Vamos, amigo mío —dijo—. Ya hemos trabajado bastante por hoy. Creo que hemos cosechado todo lo posible. Hay un largo trayecto hasta el colegio, y cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

Durante la penosa caminata a través del páramo, Holmes apenas si abrió la boca. Tampoco quiso entrar en el colegio cuando llegamos a él, sino que seguimos hasta la estación de Mackleton, desde donde Holmes envió varios telegramas. Aquella noche, ya tarde, le oí consolar al doctor Huxtable, abrumado por la trágica muerte de su profesor, y más tarde entró en mi habitación, tan despierto y vigoroso como cuando salimos por la mañana.

–Todo va bien, amigo mío –dijo–. Le prometo que antes de mañana por la tarde habremos dado con la solución del misterio.

A las once de la mañana del día siguiente, mi amigo y yo avanzábamos por la famosa avenida de los tejos de Holderness Hall. Nos franquearon el magnífico portal isabelino y nos hicieron pasar al despacho de su excelencia. Allí encontramos al señor James Wilder, serio y cortés, pero todavía con algunas huellas del terrible espanto de la noche anterior acechando en su mirada furtiva y sus facciones temblorosas.

–¿Vienen ustedes a ver a su excelencia? Lo siento, pero el caso es que el duque no se encuentra nada bien. Le han trastornado muchísimo las trágicas noticias. Ayer por la tarde recibimos un telegrama del doctor Huxtable informándonos de lo que ustedes habían descubierto.

–Tengo que ver al duque, señor Wilder.

–Es que está en su habitación.

–Entonces, tendré que ir a su habitación.

–Creo que está en la cama.

–Pues lo veré en la cama.

La actitud fría e inexorable de Holmes convenció al secretario de que era inútil discutir con él.

–Muy bien, señor Holmes; le diré que están ustedes aquí.

Tras media hora de espera, apareció el gran personaje. Su rostro estaba más cadavérico que nunca, tenía los hombros hundidos y, en conjunto, parecía un hombre mucho más viejo que el de la mañana anterior. Nos saludó con señorial cortesía y se sentó ante su escritorio, con su barba roja cayéndole sobre la mesa.

–¿Y bien, señor Holmes? –dijo.

Pero los ojos de mi amigo estaban clavados en el secretario, que permanecía de pie junto al sillón de su jefe.

–Creo, excelencia, que hablaría con más libertad si no estuviera presente el señor Wilder.

El aludido palideció un poco más y dirigió a Holmes una mirada malévola.

–Si su excelencia lo desea...

–Sí, sí, será mejor que se retire. Y ahora, señor Holmes, ¿qué tiene usted que decir?

Mi amigo aguardó hasta que la puerta se hubo cerrado tras la salida del secretario.

–El caso es, excelencia, que mi compañero el doctor Watson y yo recibimos del doctor Huxtable la seguridad de que se había ofrecido una recompensa, y me gustaría oírlo confirmado por su propia boca.

–Desde luego, señor Holmes.

–Si no estoy mal informado, ascendía a cinco mil libras para la persona que le diga dónde se encuentra su hijo.

–Exacto.

–Y otras mil para quien identifique a la persona o personas que lo tienen retenido.

–Exacto.

–Y sin duda, en este último apartado están incluidos no sólo los que se lo llevaron, sino también los que conspiran para mantenerlo en su actual situación.

–¡Sí, sí! –exclamó el duque con impaciencia–. Si hace usted bien su trabajo, señor Sherlock Holmes, no tendrá motivos para quejarse de que se le ha tratado con tacañería.

Mi amigo se frotó las huesudas manos con una expresión de codicia que me sorprendió, conociendo como conocía sus costumbres frugales.

–Me parece ver el talonario de cheques de su excelencia sobre la mesa –dijo–. Me gustaría que me extendiera un cheque por la suma de seis mil libras, y creo que lo mejor sería que lo cruzase. Tengo mi cuenta en el Capital & Counties Bank, sucursal de Oxford Street.

Su excelencia se irguió muy serio en su sillón y dirigió a mi amigo una mirada gélida.

–¿Se trata de una broma, señor Holmes? No es un asunto como para hacer chistes.

–En absoluto, excelencia. En mi vida he hablado más en serio.

–Entonces, ¿qué significa esto?

–Significa que me he ganado la recompensa. Sé dónde está su hijo y conozco por lo menos a algunas de las personas que lo retienen.

La barba del duque parecía más rabiosamente roja que nunca, en contraste con la palidez cadavérica de su rostro.

–¿Dónde está? –preguntó con voz entrecortada.

–Está, o al menos estaba anoche, en la posada del «Gallo de Pelea», a unas dos millas de las puertas de su finca.

El duque se dejó caer hacia atrás en su asiento.

–¿Y a quién acusa usted?

La respuesta de Sherlock Holmes fue asombrosa. Dio un rápido paso hacia delante y tocó al duque en el hombro.

–Lo acuso a usted –dijo–. Y ahora, excelencia, tengo que insistir en lo del cheque.

Jamás olvidaré la expresión del duque cuando se levantó de un salto agarrando el aire con la mano, como quien cae en un abismo. Después, con un extraordinario esfuerzo de aristocrático autodominio, se sentó y sepultó la cabeza entre las manos. Transcurrieron algunos minutos antes de que hablara.

–¿Cuánto sabe usted? –preguntó por fin, sin levantar la cabeza.

–Los vi a ustedes dos juntos anoche.

—¿Lo sabe alguien más, aparte de su amigo? —No se lo he contado a nadie.

El duque tomó una pluma con sus dedos temblorosos y abrió su talonario de cheques.

—Cumpliré mi palabra, señor Holmes. Voy a extenderle su cheque, por mucho que me desagrade la información que usted me ha traído. Poco sospechaba, cuando ofrecí la recompensa, el giro que iban a tomar los acontecimientos. Supongo, señor Holmes, que usted y su amigo son personas discretas.

—Temo no entender a su excelencia.

—Lo diré claramente, señor Holmes. Si sólo ustedes dos están al corriente de los hechos, no hay razón para que esto siga adelante. Creo que la suma que les debo asciende a doce mil libras, ¿no es así?

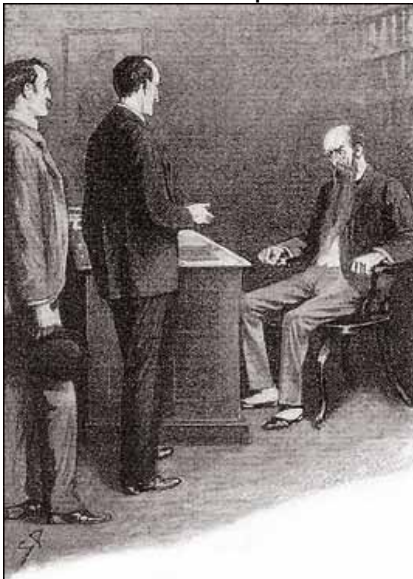
Pero Holmes sonrió y sacudió la cabeza.

—Me temo, excelencia, que las cosas no podrán arreglarse con tanta facilidad. Hay que tener en cuenta la muerte de ese profesor.

—Pero James no sabía nada de eso. No puede usted culparle de ello. Fue obra de ese canalla brutal que tuvo la desgracia de utilizar.

—Excelencia, yo tengo que partir del supuesto de que cuando un hombre se embarca en un delito es moralmente culpable de cualquier otro delito que se derive del primero.

—Moralmente, señor Holmes. Desde luego, tiene usted razón. Pero no a los ojos de la ley, sin duda. No se puede condenar a un hombre por un crimen en el que no estuvo presente y que le resulta tan odioso y repugnante como a usted. En cuanto se enteró de lo ocurrido me lo confesó todo, lleno de espanto y remordimiento. No tardó ni una hora en romper por completo con el asesino. ¡Oh, señor Holmes, tiene usted que salvarle! ¡Tiene que salvarle, le digo que tiene que salvarle! —el duque había abandonado todo intento de dominarse y daba zancadas por la habitación, con el rostro convulso y agitando furiosamente los puños en el aire. Por fin consiguió controlarse y se sentó de nuevo ante su escritorio—. Agradezco lo que ha hecho al venir aquí antes de hablar con nadie más. Al menos, así podremos cambiar impresiones sobre la manera de reducir al mínimo este horroroso escándalo.



—Exacto —dijo Holmes—. Creo, excelencia, que eso sólo podremos lograrlo si hablamos con absoluta y completa sinceridad. Estoy dispuesto a ayudar a su excelencia todo lo que pueda, pero para hacerlo necesito conocer hasta el último detalle del asunto. Creo haber entendido que se refería usted al señor James Wilder, y que él no es el asesino.

—No; el asesino ha escapado.

Sherlock Holmes sonrió con humildad.

—Se nota que su excelencia no está enterado de la modesta reputación que poseo, pues de lo contrario no pensaría que es tan fácil escapar de mí. El señor Reuben Hayes fue detenido en Chesterfield, por indicación mía, a las once en punto de anoche. Recibí un telegrama del jefe local de policía esta mañana antes de salir del colegio.

El duque se recostó en su silla y miró atónito a mi amigo.

—Parece que tiene usted poderes más que humanos —dijo—. ¿Así que han cogido a Reuben Hayes? Me alegro de saberlo, siempre que ello no perjudique a James.

—¿Su secretario?

—No, señor. Mi hijo.

Ahora le tocaba a Holmes asombrarse.

—Confieso que esto es completamente nuevo para mí, excelencia. Debo rogarle que sea más explícito.

—No le ocultaré nada. Estoy de acuerdo con usted en que la absoluta sinceridad, por muy penosa que me resulte, es la mejor política en esta desesperada situación a la que nos ha conducido la locura y los celos de James. Cuando yo era joven, señor Holmes, tuve un amor de esos que sólo se dan una vez en la vida. Me ofrecí a casarme con la dama, pero ella se negó, alegando que un matrimonio semejante podría perjudicar mi carrera. De haber seguido ella viva, jamás me habría casado con otra. Pero murió y me dejó este hijo, al que yo he cuidado y mimado por amor a ella. No podía reconocer la paternidad ante el mundo, pero le di la mejor educación y desde que se hizo hombre lo he mantenido cerca de mí. Descubrió mi secreto, y desde entonces se ha aprovechado de la influencia que tiene sobre mí y de su posibilidad de provocar un escándalo, que es algo que yo aborrezco. Su presencia ha tenido bastante que ver en el fracaso de mi matrimonio. Por encima de todo, odiaba a mi joven y legítimo heredero, desde el primer momento y con un odio incontenible. Se preguntará usted por qué mantuve a James bajo mi techo en semejantes circunstancias. La respuesta es que en él veía el rostro de su madre, y por devoción a ella aguanté sufrimientos sin fin. No sólo su rostro, sino todas sus maravillosas cualidades... no había una que él no me sugiriera y recordara. Pero tenía tanto miedo de que le hiciera algún daño a Arthur..., es decir, a lord Saltire... que, por su seguridad, envié a éste al colegio del doctor Huxtable.

»James se puso en contacto con este individuo Hayes, porque el hombre era arrendatario mío y James actuaba como apoderado. Este sujeto fue siempre un canalla, pero por alguna extraña razón James hizo amistad con él. Siempre le atrajeron las malas compañías. Cuando James decidió secuestrar a lord Saltire, recurrió a los servicios de este hombre. Recordará usted que yo escribí a Arthur el último día. Pues bien, James abrió la carta e introdujo una nota citando a Arthur en un bosquecillo llamado Ragged Shaw, que se encuentra cerca del colegio. Utilizó el nombre de la duquesa y de este modo consiguió que el muchacho acudiese. Aquella tarde, James fue al bosque en bicicleta —le estoy contando lo que él mismo me ha confesado— y le dijo a Arthur que su madre quería verlo, que le aguardaba en el páramo y que si volvía al bosque a medianoche encontraría a un hombre con un caballo que lo

llevaría hasta ella. El pobre Arthur cayó en la trampa. Acudió a la cita y encontró a este individuo, con un pony para él. Arthur montó, y los dos partieron juntos. Parece ser, aunque de esto James no se enteró hasta ayer, que los siguieron, que Hayes golpeó al perseguidor con su bastón y que el hombre murió a consecuencia de las heridas. Hayes llevó a Arthur a esa taberna, "El Gallo de Pelea", donde lo encerraron en una habitación del primer piso, al cuidado de la señora Hayes, una mujer bondadosa pero completamente dominada por su brutal marido.

»Pues bien, señor Holmes, así estaban las cosas cuando nos vimos por primera vez, hace dos días. Yo sabía tan poco como usted. Me preguntará usted qué motivos tenía James para cometer semejante fechoría. Yo le respondo que había mucho de locura y fanatismo en el odio que sentía por mi heredero. En su opinión, él era quien debería heredar todas mis propiedades, y experimentaba un profundo resentimiento por las leyes sociales que lo hacían imposible. Pero, al mismo tiempo, tenía también un motivo concreto. Pretendía que yo alterase el sistema de herencia, creyendo que entraba dentro de mis poderes hacerlo, y se proponía hacer un trato conmigo: devolverme a Arthur si yo alteraba el sistema, de manera que pudiera dejar—, le las tierras en testamento. Sabía muy bien que yo, por iniciativa propia, jamás recurriría a la policía contra él. He dicho que pensaba proponerme este trato, pero en realidad no llegó a hacerlo, porque todo ocurrió demasiado deprisa para él y no tuvo tiempo de poner en práctica sus planes.

»Lo que dio al traste con toda su malvada maquinación fue que usted descubriera el cadáver de ese Heidegger. La noticia dejó a James horrorizado. La recibimos ayer, estando los dos en este despacho. El doctor Huxtable envió un telegrama. James quedó tan abrumado por el dolor y la angustia, que las sospechas que yo no había podido evitar sentir se convirtieron al instante en certeza, y lo acusé del crimen. Hizo una confesión completa y voluntaria, y a continuación me suplicó que mantuviera su secreto durante tres días más, para darle a su miserable cómplice una oportunidad de salvar su criminal vida. Accedí a sus súplicas, como siempre he accedido, y al instante James salió disparado hacia "El Gallo de Pelea" para avisar a Hayes y proporcionarle medios de huida. Yo no podía presentarme allí a la luz del día sin provocar comentarios, pero en cuanto se hizo de noche acudí corriendo a ver a mi querido Arthur. Lo encontré sano y salvo, pero aterrado hasta lo indecible por el espantoso crimen que había presenciado. Ateniéndome a mi promesa, y de muy mala gana, consentí en dejarlo allí tres días, al cuidado de la señora Hayes, ya que, evidentemente, era imposible informar a la policía de su paradero sin decirles también quién era el asesino, y yo no veía la manera de castigar al criminal sin que ello acarrearla la ruina a mi desdichado James. Me pidió usted sinceridad, señor Holmes, y le he cogido la palabra. Ya se lo he contado todo, sin circunloquios ni ocultaciones. A su vez, sea usted igual de sincero conmigo.

—Lo seré —dijo Holmes—. En primer lugar, excelencia, tengo que decirle que se ha colocado usted en una posición muy grave a los ojos de la ley. Ha ocultado un delito y ha colaborado en la huida de un asesino. Porque no me cabe duda de que si James Wilder llevó algún dinero para ayudar a la fuga de su cómplice, este dinero salió de la cartera de su excelencia.

El duque asintió con la cabeza.

–Se trata de un asunto verdaderamente grave. Pero en mi opinión, excelencia, aún más culpable es su actitud para con su hijo pequeño. Lo ha dejado tres días en ese antro...

–Bajo solemnes promesas...

–¿Qué son las promesas para esa clase de gente? No tiene usted ninguna garantía de que no se lo vuelvan a llevar. Para complacer a su culpable hijo mayor, ha expuesto a su inocente hijo menor a un peligro inminente e innecesario. Ha sido un acto absolutamente injustificable.

El orgulloso señor de Holderness no estaba acostumbrado a que lo trataran de ese modo en su propio palacio ducal. Se le subió la sangre a su altiva frente, pero la conciencia le hizo permanecer mudo.

–Le ayudaré, pero sólo con una condición: que llame usted a su lacayo y me permita darle las órdenes que yo quiera.

Sin pronunciar palabra, el duque apretó un timbre eléctrico. Un sirviente entró en la habitación.

–Le alegrará saber –dijo Holmes– que su joven señor ha sido encontrado. El duque desea que salga inmediatamente un coche hacia la posada "El Gallo de Pelea" para traer a casa a lord Saltire. Y ahora –prosiguió Holmes cuando el jubiloso lacayo hubo desaparecido–, habiendo asegurado el futuro, podemos permitirnos ser más indulgentes con el pasado. Yo no ocupo un cargo oficial y mientras se cumplan los objetivos de la justicia no tengo por qué revelar todo lo que sé. En cuanto a Hayes, no digo nada. Le espera la horca, y no pienso hacer nada para salvarlo de ella. No puedo saber lo que va a declarar, pero estoy seguro de que su excelencia podrá hacerle comprender que le interesa guardar silencio. Desde el punto de vista de la policía, parecerá que ha secuestrado al niño con la intención de pedir rescate. Si no lo averiguan ellos por su cuenta, no veo por qué habría yo de ayudarlos a ampliar sus puntos de vista. Sin embargo, debo advertir a su excelencia de que la continua presencia del señor James Wilder en su casa sólo puede acarrear desgracias.

–Me doy cuenta de eso, señor Holmes, y ya está decidido que me dejaré para siempre y marcharé a buscar fortuna en Australia.

–En tal caso, excelencia, puesto que usted mismo ha reconocido que fue su presencia lo que estropeó su vida matrimonial, le aconsejaría que procurara arreglar las cosas con la duquesa e intentara reanudar esas relaciones que fueron tan lamentablemente interrumpidas.

–También eso lo he arreglado, señor Holmes. He escrito a la duquesa esta mañana.

–En tal caso –dijo Holmes, levantándose–, creo que mi amigo y yo podemos felicitarnos por varios excelentes resultados obtenidos en nuestra pequeña visita al Norte. Hay otro pequeño detalle que me gustaría aclarar. Este individuo Hayes había herrado sus caballos con herraduras que imitaban las pisadas de vacas. ¿Fue el señor Wilder quien le enseñó un truco tan extraordinario?

El duque se quedó pensativo un momento, con una expresión de intensa sorpresa en su rostro. Luego abrió una puerta y nos hizo pasar a un amplio salón, arreglado como museo. Nos guió a una vitrina de cristal instalada en un rincón y señaló la inscripción.

«Estas herraduras –decía– se encontraron en el foso de Holderness Hall. Son para herrar caballos, pero por abajo tienen la forma de una pezuña hendida para despistar a los perseguidores. Se supone que pertenecieron a alguno de los barones de Holderness que actuaron como salteadores en la Edad Media.»



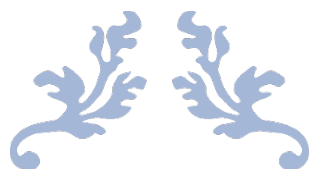
Holmes abrió la vitrina, se humedeció un dedo, lo pasó por la herradura. Sobre su piel quedó una fina capa de barro reciente.

–Gracias –dijo, volviendo a cerrar el cristal–. Es la segunda cosa más interesante que he visto en el Norte.

–¿Y cuál es la primera?

Holmes dobló su cheque y lo guardó con cuidado en su cuaderno de notas.

–Soy un hombre pobre –dijo, dando palmaditas cariñosas al cuaderno antes de introducirlo en las profundidades de un bolsillo interior.



EL PRINCIPITO

Antoine de Saint-Exupéry



TERCER CICLO DE PRIMARIA
C.E.I.P. "NTRA. SRA. DEL PRADO"



A León Werth:

Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una seria excusa: esta persona mayor es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra excusa: esta persona mayor es capaz de entenderlo todo, hasta los libros para niños. Tengo una tercera excusa: esta persona mayor vive en Francia, donde pasa hambre y frío. Verdaderamente necesita consuelo. Si todas esas excusas no bastasen, bien puedo dedicar este libro al niño que una vez fue esta persona mayor. Todos los mayores han sido primero niños. (Pero pocos lo recuerdan).

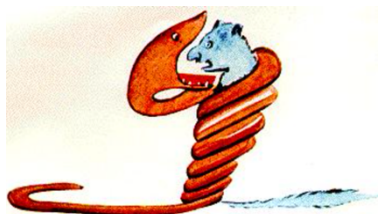
Corrijo, pues, mi dedicatoria:

**A LEON WERTH
CUANDO ERA NIÑO**

CAPÍTULO I

Cuando yo tenía seis años vi en un libro sobre la selva virgen que se titulaba "Historias vividas", una magnífica lámina. Representaba una serpiente boa que se tragaba a una fiera.

En el libro se afirmaba: "La serpiente boa se traga su presa entera, sin masticarla. Luego ya no puede moverse y duerme durante los seis meses que dura su digestión".



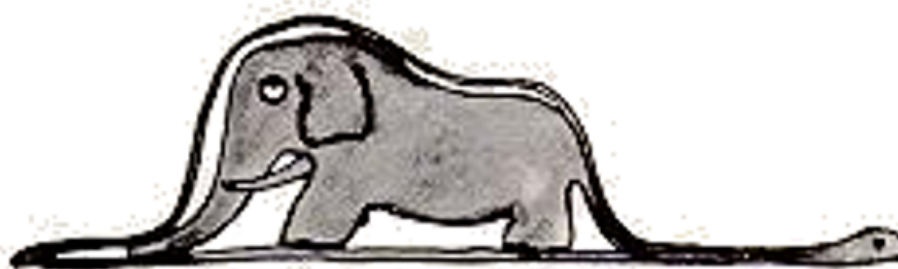
Reflexioné mucho en ese momento sobre las aventuras de la jungla y a mi vez logré trazar con un lápiz de colores mi primer dibujo. Mi dibujo número 1 era de esta manera:



Enseñé mi obra de arte a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo les daba miedo.

-¿Por qué habría de asustar un sombrero?- me respondieron.

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa que digiere un elefante. Dibujé entonces el interior de la serpiente boa a fin de que las personas mayores pudieran comprender. Siempre estas personas tienen necesidad de explicación. Mi dibujo número 2 era así:



Las personas mayores me aconsejaron abandonar el dibujo de serpientes boas, ya fueran abiertas o cerradas, y poner más interés en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. De esta manera a la edad de seis años abandoné una magnífica carrera de pintor. Había quedado desilusionado por el fracaso de mis dibujos número 1 y número 2. Las personas mayores nunca pueden comprender algo por sí solas y es muy aburrido para los niños tener que darles una y otra vez explicaciones.

Tuve, pues, que elegir otro oficio y aprendía pilotear aviones. He volado un poco por todo el mundo y la geografía, en efecto, me ha servido de mucho; al primer vistazo podía distinguir perfectamente la China de Arizona. Esto es muy útil, sobre todo si se pierde uno durante la noche. A lo largo de mi vida he tenido multitud de contactos con multitud de gente seria. Viví mucho con personas mayores y las he conocido muy de cerca; pero esto no ha mejorado demasiado mi opinión sobre ellas.

Cuando me he encontrado con alguien que me parecía un poco lúcido, lo he sometido a la experiencia de mi dibujo número 1 que he conservado siempre. Quería saber si verdaderamente ere un ser comprensivo. E invariablemente me contestaban siempre: "Es un sombrero". Me abstenia de hablarles de la serpiente boa, de la selva virgen y de las estrellas. Poniéndome a su altura, les hablaba del bridge, del golf, de política y de corbatas. Y mi interlocutor se quedaba muy contento de conocer a un hombre tan razonable.

CAPÍTULO II

Viví así, solo, nadie con quien poder hablar verdaderamente, hasta cuando hace seis años tuve una avería en el desierto de Sahara. Algo se había estropeado en el motor. Como no llevaba conmigo ni mecánico ni pasajero alguno, me dispuse a realizar, yo solo, una reparación difícil. Era para mí una cuestión de vida o muerte, pues apenas tenía agua de beber para ocho días.

La primera noche me dormí sobre la arena, a unas mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. Estaba más aislado que un naufrago en una balsa en medio del océano. Imagínense, pues, mi sorpresa cuando al amanecer me despertó una extraña vocecita que decía:

-¡Por favor... píntame un cordero!

-¿Eh?

-¡Píntame un cordero!

Me puse en pie de un salto como herido por el rayo. Me froté los ojos. Miré a mi alrededor. Vi a un extraordinario muchachito que me miraba gravemente. Ahí tienen el mejor retrato que más tarde logré hacer de él, aunque mi dibujo, ciertamente es menos encantador que el modelo. Pero no es mía la culpa. Las personas mayores me desanimaron de mi carrera de pintor a la edad de seis años y no había aprendido a dibujar otra cosa que boas cerradas y boas abiertas.



*Ahí tienen el mejor retrato que más tarde
logré hacer de él*

Miré, pues, aquella aparición con los ojos redondos de admiración. No hay que olvidar que me encontraba a unas mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. Y ahora bien, el muchachito no me parecía ni perdido, ni muerto de cansancio, de hambre, de sed o de miedo. No tenía en absoluto la apariencia de un niño perdido en el desierto, a mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. Cuando logré, por fin, articular palabra, le dije:

-Pero... ¿qué haces tú por aquí?

Y él respondió entonces, suavemente, como algo muy importante:

*-¡Por favor... píntame **un cordero**!*

Cuando el misterio es demasiado impresionante, es imposible desobedecer. Por absurdo que aquello me pareciera, a mil millas de distancia de todo lugar habitado y en peligro de muerte, saqué de mi bolsillo una hoja de papel y una pluma fuente. Recordé que yo había estudiado especialmente geografía, historia, cálculo y gramática y le dije al muchachito (ya un poco malhumorado), que no sabía dibujar.

*-¡No importa! -me respondió - ¡Píntame **un cordero**!*

*Como nunca había dibujado **un cordero**, rehíce para él uno de los dos únicos dibujos que yo era capaz de realizar: el de la serpiente boa cerrada. Y quedé estupefacto cuando oí decir al hombrecito:*

-¡No, no! Yo no quiero un elefante en una serpiente. La serpiente es muy peligrosa y el elefante ocupa mucho sitio. En mi tierra es todo muy pequeño. Necesito un cordero. ¡Píntame **un cordero**!

Dibujé **un cordero**. Lo miró atentamente y dijo:



-¡No! Este está ya muy enfermo. Haz otro.

Volví a dibujar.



Mi amigo sonrió dulcemente, con indulgencia.

-¿Ves? Esto no es **un cordero**, es un carnero. Tiene cuernos...

Rehíce nuevamente mi dibujo: fue rechazado igual que los anteriores.



-Este es demasiado viejo. Quiero **un cordero** que viva mucho tiempo.

Falto ya de paciencia y deseoso de comenzar a desmontar el motor, garrapateé rápidamente este dibujo, se lo enseñé, y le agregué:



-Esta es la caja. *El cordero* que quieres está adentro. Con gran sorpresa mía el rostro de mi joven juez se iluminó:

-¡Así es como yo lo quería! ¿Crees que sea necesario mucha hierba para este cordero?

-¿Por qué?

-Porque en mi tierra es todo tan pequeño...

Se inclinó hacia el dibujo y exclamó:

-¡Bueno, no tan pequeño...! Está dormido...

Y así fue como conocí al principito.

CAPÍTULO III

Me costó mucho tiempo comprender de dónde venía. *El principito*, que me hacía muchas preguntas, jamás parecía oír las mías. Fueron palabras pronunciadas al azar, las que poco a poco me revelaron todo. Así, cuando distinguí por vez primera mi avión (no dibujare mi avión, por tratarse de un dibujo demasiado complicado para mí) me preguntó.

-¿Qué cosa es esa? -Eso no es una cosa. Eso vuela. Es un avión, mi avión.

Me sentía orgulloso al decirle que volaba. El entonces gritó:

-¿Cómo! ¿Has caído del cielo? -Sí -le dije modestamente. -¡Ah, que curioso!

Y *el principito* lanzó una graciosa carcajada que me irritó mucho. Me gusta que mis desgracias se tomen en serio. Y añadió:

-Entonces ¿tú también vienes del cielo? ¿De qué planeta eres tú?

Divisé una luz en el misterio de su presencia y le pregunté bruscamente:

-¿Tu vienes, pues, de otro planeta?

Pero no me respondió; movía lentamente la cabeza mirando detenidamente mi avión.

-Es cierto, que, encima de eso, no puedes venir de muy lejos...

Y se hundió en un ensueño durante largo tiempo. Luego sacando de su bolsillo mi cordero se abismó en la contemplación de su tesoro.

Imagínense cómo me intrigó esta semiconfidencia sobre los otros planetas. Me esforcé, pues, en saber algo más:

-¿De dónde vienes, muchachito? ¿Dónde está "tu casa"? ¿Dónde quieres llevarte mi cordero?

Después de meditar silenciosamente me respondió:

-Lo bueno de la caja que me has dado es que por la noche le servirá de casa. -Sin duda. Y si eres bueno te daré también una cuerda y una estaca para atarlo durante el día.

Esta proposición pareció chocar al **principito**.

-¿Atarlo? ¡Qué idea más rara! -Si no lo atas, se irá quien sabe dónde y se perderá...

Mi amigo soltó una nueva carcajada.

-¿Y dónde quieres que vaya? -No sé, a cualquier parte. Derecho camino adelante...

Entonces **el principito** señaló con gravedad:

-¡No importa, es tan pequeña mi tierra!

Y agregó, quizás, con un poco de melancolía:

-Derecho, camino adelante... no se puede ir muy lejos.

CAPÍTULO IV

De esta manera supe una segunda cosa muy importante: su planeta de origen era apenas más grandes que una casa.



Esto no podía asombrarme mucho. Sabía muy bien que aparte de los grandes planetas como la Tierra, Júpiter, Marte, Venus, a los cuales se les ha dado nombre, existen otros centenares de ellos tan pequeños a veces, que es difícil distinguirlos aun con la ayuda del telescopio. Cuando un astrónomo descubre uno de estos planetas, le da por nombre un número. Le llama, por ejemplo, "el asteroide 3251"

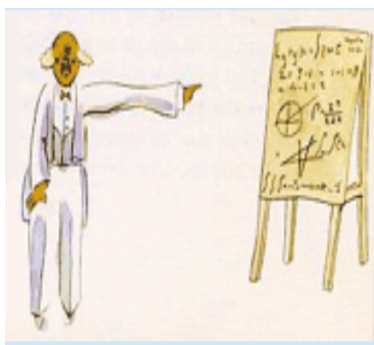
Tengo poderosas razones para creer que el planeta del cual venía el principito era el asteroide B 612. Este asteroide ha sido visto sólo una vez con el telescopio en 1909, por un astrónomo turco.

Este astrónomo hizo una gran demostración de su descubrimiento en un congreso internacional de Astronomía. Pero nadie le creyó a causa de su manera de vestir. Las personas mayores son así. Felizmente para la reputación del asteroide B 612, un dictador turco





impuso a su pueblo, bajo pena de muerte, el vestido a la europea. Entonces el astrónomo volvió a dar cuenta de su descubrimiento en 1920 y como lucía un traje muy elegante, todo el mundo aceptó su demostración.



Si les he contado de todos estos detalles sobre el asteroide B 612 y hasta les he confiado su número, es por consideración a las personas mayores. A los mayores les gustan las cifras. Cuando se les habla de un nuevo amigo, jamás preguntan sobre lo esencial del mismo. Nunca se les ocurre preguntar: "¿Qué tono tiene su voz? ¿Qué juego prefiere? ¿Le gusta coleccionar mariposas?" Pero en cambio pregunta: "¿Qué edad tienen? ¿Cuántos hermanos? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre?" Solamente con estos detalles creen conocerle. Si les decimos a las personas mayores: "He visto una casa preciosa de ladrillo rosa, con geranios en las ventanas y palomas en el tejado", jamás llegarán a imaginarse cómo es esa casa. Es preciso decirles: "He visto una casa que vale cien mil pesos". Entonces exclaman entusiasmados: "¡Oh, qué preciosa es!"

*De tal manera, si les decimos: "La prueba de que **el principito** ha existido está en que era un muchachito encantador, que reía y quería **un cordero**. Querer **un cordero** es prueba de que se existe", las personas mayores se encogerán de hombros y nos dirán que somos unos niños. Pero si les decimos: "el planeta de donde veía el principito era el asteroide B 612", quedarán convencidas y no se preocuparán de hacer más preguntas. Son así. No hay por qué guardarles rencor. Los niños deben ser muy indulgentes con las personas mayores.*

Pero nosotros, que sabemos comprender la vida, nos burlamos tranquilamente de los números. A mí me habría gustado más comenzar esta historia a la manera de los cuentos de hadas. Me habría gustado decir:

*"Era una vez un **principito** que habitaba un planeta apenas más grande que él y que tenía necesidad de un amigo..." para aquellos que comprenden la vida, esto hubiera parecido más real.*

*Porque no me gusta que mi libro sea tomado a la ligera. Siento tanta pena al contar estos recuerdos. Hace ya seis años que mi amigo se fue con su cordero. Y si intento describirlo aquí es sólo con el fin de no olvidarlo. Es muy triste olvidar a un amigo. No todos han tenido un amigo. Y yo puedo llegar a ser como las personas mayores, que sólo se interesan por las cifras. Para evitar esto he comprado una caja de lápices de colores. ¡Es muy duro, a mi edad, ponerse a aprender a dibujar, cuando en toda la vida no se ha hecho otra tentativa que la de una boa abierta y una boa cerrada a la edad de seis años! Ciertamente que yo trataré de hacer retratos lo más parecido posibles, pero no estoy muy seguro de lograrlo. Uno saldrá bien y otro no tiene parecido alguno. En las proporciones me equivoco también un poco. Aquí **el principito** es demasiado grande y allá es demasiado pequeño. Dudo también sobre el color de su traje. Titubeo sobre esto y lo otro y unas veces sale bien y otras mal. Es posible, en fin, que me equivoque sobre ciertos detalles muy*

importantes. Pero habrá que perdonármelo ya que mi amigo no me daba nunca explicaciones. Me creía semejante a sí mismo y yo, desgraciadamente, no sé ver un cordero a través de una caja. Es posible que yo sea un poco como las personas mayores. He debido envejecer.

CAPÍTULO V



Cada día yo aprendía algo nuevo sobre el planeta, sobre la partida y sobre el viaje. Esto venía suavemente al azar de las reflexiones. De esta manera tuve conocimiento al tercer día, del drama de los baobabs.

Fue también gracias al cordero y como preocupado por una profunda duda, cuando el principito me preguntó.

-¿Es verdad que los corderos se comen los arbustos?

-Sí, es cierto.

-¡Ah, qué contesto estoy!

No comprendí por qué era tan importante para él que los corderos se comieran los arbustos. Pero el principito añadió:



-Entonces se comen también los baobabs.

Le hice comprender al principito que los baobabs no son arbustos, sino árboles tan grandes como iglesias y que incluso si llevase consigo todo un rebaño de elefantes, el rebaño no lograría acabar con un solo baobab.

Esta idea del rebaño de elefantes hizo reír al principito.

-Habría que poner los elefantes unos sobre otros...

Y luego añadió juiciosamente:

-Los baobabs, antes de crecer, son muy pequeños.

-Es cierto. Pero ¿por qué quieres que tus corderos coman los baobabs?

Me contestó: "¡Bueno! ¡Vamos!" como si hablara de una evidencia. Me fue necesario un gran esfuerzo de inteligencia para comprender por mí mismo este problema.

En efecto, en el planeta del principito había, como en todos los planetas, hierbas buenas y hierbas malas. Por consiguiente, de buenas semillas salían buenas hierbas y de las semillas malas,



hierbas malas. Pero las semillas son invisibles; duermen en el secreto de la tierra, hasta que, un buen día una de ellas tiene la fantasía de despertarse. Entonces se alarga extendiendo hacia el sol, primero tímidamente, una encantadora ramita inofensiva. Si se trata de una ramita de rábano o de rosal, se la puede dejar que crezca como quiera. Pero si se trata de una mala hierba, es preciso, arrancarla inmediatamente en cuanto uno ha sabido reconocerla. En el planeta del principito había semillas terribles... como las semillas del baobab. El suelo del planeta está infectado de ellas. Si un baobab no se arranca a tiempo, no hay manera de desembarazarse de él mas tarde; cubre todo el planeta y lo perfora con sus raíces. Y si el planeta es demasiado pequeño y los baobabs son numerosos, lo hacen estallar.

"Es una cuestión de disciplina, me decía más tarde el principito. Cuando por la mañana uno termina de arreglarse, hay que hacer cuidadosamente la limpieza del planeta. Hay que dedicarse regularmente a arrancar los baobabs, cuando se les distingue de los rosales, a los cuales se parecen mucho cuando son pequeñitos. Es un trabajo muy fastidioso pero muy fácil".

Y un día me aconsejó que me dedicara a realizar un hermoso dibujo, que hiciera comprender a los niños de la tierra estas ideas. "Si alguna vez viajan, me decía, esto podrá servirles mucho. A veces no hay inconveniente en dejar para más tarde el trabajo que se ha de hacer; pero tratándose de baobabs, el retraso es siempre una catástrofe. Yo he conocido un planeta, habitado por un perezoso que descuidó tres arbustos..."



Siguiendo las indicaciones del principito, dibujé dicho planeta. Aunque no me gusta el papel de moralista, el peligro de los baobabs es tan desconocido y los peligros que puede correr quien llegue a perderse en un asteroide son tan grandes, que no vacilo en hacer una excepción y exclamar: "¡Niños, atención a los baobabs!" Y sólo con el fin de advertir a mis amigos de estos peligros a que se exponen desde hace ya tiempo sin saberlo, es por lo que trabajé y puse tanto empeño en realizar este dibujo. La lección que con él podía dar, valía la pena. Es muy posible que alguien me pregunte por qué no hay en este libro otros dibujos tan grandiosos como el dibujo de los baobabs. La respuesta es muy sencilla: he tratado de hacerlos, pero no lo he logrado. Cuando dibujé los baobabs estaba animado por un sentimiento de urgencia.

CAPÍTULO VI



¡Ah, principito, cómo he ido comprendiendo lentamente tu vida melancólica! Durante mucho tiempo tu única distracción fue la suavidad de las puestas del sol. Este nuevo detalle lo supe al cuarto día, cuando me dijiste:

-Me gustan mucho las puestas de sol; vamos a ver una puesta de sol...

-Tendremos que esperar...

-¿Esperar qué?

-Que el sol se ponga.

Pareciste muy sorprendido primero, y después te reíste de ti mismo. Y me dijiste:

-Siempre me creo que estoy en mi tierra.

En efecto, como todo el mundo sabe, cuando es mediodía en Estados Unidos, en Francia se está poniendo el sol. Sería suficiente poder trasladarse a Francia en un minuto para asistir a la puesta del sol, pero desgraciadamente Francia está demasiado lejos. En cambio, sobre tu pequeño planeta te bastaba arrastrar la silla algunos pasos para presenciar el crepúsculo cada vez que lo deseabas...

-¡Un día vi ponerse el sol cuarenta y tres veces!

Y poco más tarde añadiste:

-¿Sabes? Cuando uno está verdaderamente triste le gusta ver las puestas de sol.

-El día que la viste cuarenta y tres veces estabas muy triste ¿verdad?

Pero el principito no respondió.

CAPÍTULO VII

*Al quinto día y también en relación con **el cordero**, me fue revelado este otro secreto de la vida del **principito**. Me preguntó bruscamente y sin preámbulo, como resultado de un problema largamente meditado en silencio:*

*-Si un cordero se come los arbustos, se comerá también **las flores** ¿no?*

*-**Un cordero** se come todo lo que encuentra.*

*-¿Y también **las flores** que tienen espinas?*

*-Sí; también **las flores** que tienen espinas.*

-Entonces, ¿para qué le sirven las espinas?

*Confieso que no lo sabía. Estaba yo muy ocupado tratando de destornillar un **perno** (**tornillo con cabeza para unir piezas**) demasiado apretado del motor; la avería comenzaba a parecerme cosa grave y la circunstancia de que estuviera agotando mi provisión de agua, me hacía temer lo peor.*

-¿Para qué sirven las espinas?

***El principito** no permitía nunca que se dejara sin respuesta una pregunta formulada por él. Irritado por la resistencia que me oponía el perno, le respondí lo primero que se me ocurrió:*

*-Las espinas no sirven para nada; son pura maldad de **las flores**.*

-¡Oh!

Y después de un silencio, me dijo con una especie de rencor:

*-¡No te creo! **Las flores** son débiles. Son ingenuas. Se defienden como pueden. Se creen terribles con sus espinas...*

*No le respondí nada; en aquel momento me estaba diciendo a mí mismo: "Si este perno me resiste un poco más, lo haré saltar de un martillazo". **El principito** me interrumpió de nuevo mis pensamientos:*

*-¿Tú crees que **las flores**...?*

-¡No, no creo nada! Te he respondido cualquier cosa para que te calles. Tengo que ocuparme de cosas serias.

Me miró estupefacto.

-¡De cosas serias!

Me miraba con mi martillo en la mano, los dedos llenos de grasa e inclinado sobre algo que le parecía muy feo.

-¡Hablas como las personas mayores!

Me avergonzó un poco. Pero él, implacable, añadió:

-¡Lo confundes todo... todo lo mezclas...!

Estaba verdaderamente irritado; sacudía la cabeza, agitando al viento sus cabellos dorados.

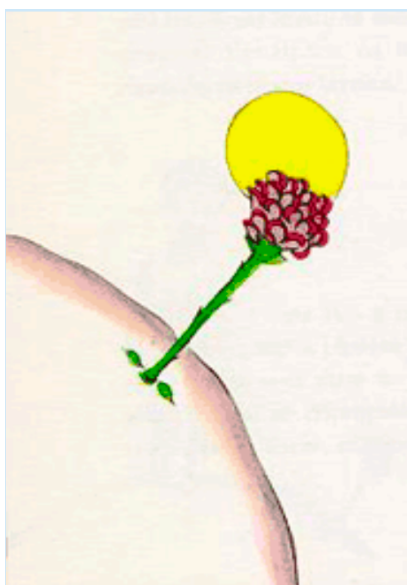
*-Conozco un planeta donde vive un señor muy colorado, que nunca ha olido una **flor**, ni ha mirado una estrella y que jamás ha querido a nadie. En toda su vida no ha hecho más que sumas. Y todo el día se lo pasa repitiendo como tú: "¡Yo soy un hombre serio, yo soy un hombre serio!"... Al parecer esto le llena de orgullo. Pero eso no es un hombre, ¡es un hongo!*

-¿Un qué?

-Un hongo.

***El principito** estaba pálido de cólera.*

*-Hace millones de años que **las flores** tiene espinas y hace también millones de años que los corderos, a pesar de las espinas, se comen **las flores**. ¿Es que no es cosa seria averiguar por qué las flores pierden el tiempo fabricando unas espinas que no les sirven para nada? ¿Es que no es importante la guerra de **los corderos** y **las flores**? ¿No es esto más serio e importante que las sumas de un señor gordo y colorado? Y si yo sé de una flor única en el mundo y que no existe en ninguna parte más que en mi planeta; si yo sé que un buen día un corderillo puede aniquilarla sin darse cuenta de ello, ¿es que esto no es importante?*



***El principito** enrojeció y después continuó:*

*-Si alguien ama a una **flor** de la que sólo existe un ejemplar en millones y millones de estrellas, basta que las mire para ser dichoso. Puede decir satisfecho: "**Mi flor** está allí, en alguna parte..." ¡Pero si **el cordero** se la come, para él es como si de pronto todas las estrellas se apagarán! ¡Y esto no es importante!*

No pudo decir más y estalló bruscamente en sollozos.

La noche había caído. Yo había soltado las herramientas y ya no importaban nada el martillo, el perno, la sed y la muerte. ¡Había en una estrella, en un planeta, el mío, la tierra, un principito a

quien consolar! Lo tomé en mis brazos y lo mecí diciéndole: “*la flor* que tú quieres no corre peligro... te dibujaré un bozal para tu *cordero* y una armadura para *la flor*... te ...”. No sabía qué decirle, cómo consolarle y hacer que tuviera nuevamente confianza en mí; me sentía torpe. ¡Es tan misterioso el país de las lágrimas!

CAPÍTULO VIII



Aprendí bien pronto a conocer mejor esta flor. Siempre había habido en el planeta del *principito* flores muy simples adornadas con una sola fila de pétalos que apenas ocupaban sitio y a nadie molestaban. Aparecían entre la hierba una mañana y por la tarde se extinguían. Pero aquella había germinado un día de una semilla llegada de quién sabe dónde, y *el principito* había vigilado cuidadosamente desde el primer día aquella ramita tan diferente de las que él conocía. Podía ser una nueva especie de *Baobab*. Pero el arbusto cesó pronto de crecer y comenzó a echar su *flor*. *El principito* observó el crecimiento de un enorme capullo y tenía el convencimiento de que habría de salir de allí una aparición milagrosa; pero *la flor* no acababa de preparar su belleza al abrigo de su envoltura

verde. Elegía con cuidado sus colores, se vestía lentamente y se ajustaba uno a uno sus pétalos. No quería salir ya ajada como las amapolas; quería aparecer en todo el esplendor de su belleza. ¡Ah, era muy coqueta aquella *flor*! Su misteriosa preparación duraba días y días. Hasta que una mañana, precisamente al salir el sol se mostró espléndida.

La flor, que había trabajado con tanta precisión, dijo bostezando:



-¡Ah, perdóname... apenas acabo de despertarme... estoy toda despeinada...!

El principito no pudo contener su admiración:

-¡Qué hermosa eres!

-¿Verdad? -respondió dulcemente *la flor*-. He nacido al mismo tiempo que el sol. *El principito* adivinó exactamente que ella no era muy modesta ciertamente, pero ¡era tan conmovedora!

-Me parece que ya es hora de desayunar -añadió *la flor* - ; si tuvieras la bondad de pensar un poco en mí...

Y *el principito*, muy confuso, habiendo ido a buscar una regadera la roció abundantemente con agua fresca.

Y así, ella lo había atormentado con su vanidad un poco sombría. Un día, por ejemplo, hablando de sus cuatro espinas, dijo al **principito**:

-¡Ya pueden venir los tigres, con sus garras!

-No hay tigres en mi planeta -observó **el principito** - y, además, los tigres no comen hierba.

-Yo no soy una hierba -respondió dulcemente **la flor**.

-Perdóname...

-No temo a los tigres, pero tengo miedo a las corrientes de aire. ¿No tendrás un biombo?

"Miedo a las corrientes de aire no es una suerte para una planta -pensó **el principito** -. Esta flor es demasiado complicada..."

-Por la noche me cubrirás con un **fanal** (**globo**)... hace mucho frío en tu tierra. No se está muy a gusto; allá de donde yo vengo...

La flor se interrumpió; había llegado allí en forma de semilla y no era posible que conociera otros mundos. Humillada por haberse dejado sorprender inventando una mentira tan ingenua, tosió dos o tres veces para atraerse la simpatía **del principito**.



-¿Y el biombo?

-Iba a buscarlo, pero como no dejabas de hablarme...

Insistió en su tos para darle al menos remordimientos.

De esta manera **el principito**, a pesar de la buena voluntad de su amor, había llegado a dudar de ella. Había tomado en serio palabras sin importancia y se sentía desgraciado.

"Yo no debía hacerle caso -me confesó un día **el principito** - nunca hay que hacer caso a las flores, basta con mirarlas y olerlas. **Mi flor** embalsamaba el planeta, pero yo no sabía gozar con eso... Aquella historia de garra y tigres que tanto me molestó, hubiera debido entermecerme"

Y me contó todavía:

"¡No supe comprender nada entonces! Debí juzgarla por sus actos y no por sus palabras. ¡La **flor** perfumaba e iluminaba mi vida y jamás debí huir de allí! ¡No supe adivinar la ternura que ocultaban sus pobres astucias! ¡Son tan contradictorias **las flores**! Pero yo era demasiado joven para saber amarla".



CAPÍTULO IX

Creo que *el principito* aprovechó la migración de una bandada de pájaros silvestres para su evasión. La mañana de la partida, puso en orden el planeta. Deshollinó cuidadosamente sus volcanes en actividad, de los cuales poseía dos, que le eran muy útiles para calentar el desayuno todas las mañanas. Tenía, además, un volcán extinguido. Deshollinó también el volcán extinguido, pues, como él decía, nunca se sabe lo que puede ocurrir. Si los volcanes están bien deshollinados, arden sus erupciones, lenta y regularmente. Las erupciones volcánicas son como el fuego de nuestras chimeneas. Es evidente que en nuestra Tierra no hay posibilidad de deshollinar los volcanes; los hombres somos demasiado pequeños. Por eso nos dan tantos disgustos.



El principito arrancó también con un poco de melancolía los últimos brotes de *baobabs*. Creía que no iba a volver nunca. Pero todos aquellos trabajos le parecieron aquella mañana extremadamente dulces. Y cuando regó por última vez *la flor* y se dispuso a ponerla al abrigo del fanal, sintió ganas de llorar.

-Adiós -le dijo a *la flor*. Esta no respondió.

-Adiós -repitió *el principito*.

La flor tosió, pero no porque estuviera resfriada.

-He sido una tonta -le dijo al fin *la flor* -. Perdóname. Procura ser feliz.

Se sorprendió por la ausencia de reproches y quedó desconcertado, con el fanal en el aire, no comprendiendo esta tranquila mansedumbre.

-Sí, yo te quiero -le dijo *la flor* -, ha sido culpa mía que tú no lo sepas; pero eso no tiene importancia. Y tú has sido tan tonto como yo. Trata de ser feliz... Y suelta de una vez ese fanal; ya no lo quiero.

-Pero el viento...

-No estoy tan resfriada como para... El aire fresco de la noche me hará bien. Soy *una flor*.

-Y los animales...

-Será necesario que soporte dos o tres orugas, si quiero conocer las mariposas; creo que son muy hermosas. Si no ¿quién vendrá a visitarme? Tú estarás muy lejos. En cuanto a las fieras, no las temo: yo tengo mis garras.

Y le mostraba ingenuamente sus cuatro espinas. Luego añadió:

-Y no prolongues más tu despedida. Puesto que has decidido partir, vete de una vez.

La flor no quería que la viese llorar: era tan orgullosa...

CAPÍTULO X

Se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330. Para ocuparse en algo e instruirse al mismo tiempo decidió visitarlos.

El primero estaba habitado por un rey. El rey, vestido de púrpura y armiño (piel de pelaje blanco), estaba sentado sobre un trono muy sencillo y, sin embargo, majestuoso.

-¡Ah, -exclamó el rey al divisar al principito -, aquí tenemos un súbdito!

El principito se preguntó:

“¿Cómo es posible que me reconozca si nunca me ha visto?”

Ignoraba que para los reyes el mundo está muy simplificado. Todos los hombres son súbditos.

-Aproxímate para que te vea mejor -le dijo el rey, que estaba orgulloso de ser por fin el rey de alguien. El principito buscó donde sentarse, pero el planeta estaba ocupado totalmente por el magnífico manto de armiño. Se quedó pues, de pie, pero como estaba cansado, bostezó.

-La etiqueta no permite bostezar en presencia del rey -le dijo el monarca -. Te lo prohíbo.

-No he podido evitarlo -respondió el principito muy confuso -, he hecho un viaje muy largo y apenas he dormido...

-Entonces -le dijo el rey – te ordeno que bosteces. Hace años que no veo bostezar a nadie. Los bostezos son para mí algo curioso. ¡Vamos, bosteza otra vez, te lo ordeno!

-Me da vergüenza... ya no tengo ganas... -dijo el principito enrojeciendo.

-¡Hum, hum! -respondió el rey -. ¡Bueno! Te ordeno tan pronto que bosteces y que no bosteces...

Tartamudeaba un poco y parecía vejado, pues el rey daba gran importancia a que su autoridad fuese respetada. Era un monarca absoluto, pero como era muy bueno, daba siempre órdenes razonables.

Si yo ordenar -decía frecuentemente -, si yo ordenara a un general que se transformara en ave marina y el general no me obedeciese, la culpa no sería del general, sino mía”.



-¿Puedo sentarme? -preguntó tímidamente *el principito*.

-Te ordeno sentarte -le respondió *el rey* -, recogiendo majestuosamente un faldón de su manto de armiño.

El principito estaba sorprendido. Aquel planeta era tan pequeño que no se explicaba sobre quién podría reinar aquel *rey*.

-Señor -le dijo -, permíname si le pregunto...

-Te ordeno que me preguntes -se apresuró a decir *el rey*.

-Señor... ¿sobre qué ejerce su poder?

-Sobre todo -contestó *el rey* con gran ingenuidad.

-¿Sobre todo?

El rey, con un gesto sencillo, señaló su planeta, los otros planetas y las estrellas.

-¿Sobre todo eso? -volvió a preguntar *el principito*.

-Sobre todo eso... -respondió *el rey*.

No era sólo un monarca absoluto, era, además, un monarca universal.

-¿Y las estrellas le obedecen?

-¡Naturalmente! -le dijo *el rey* -. Y obedecen en seguida, pues yo no tolero la indisciplina.

Un poder semejante dejó maravillado al principito. Si él disfrutara de un poder de tal naturaleza, hubiese podido asistir en el mismo día, no a cuarenta y tres, sino a setenta y dos, a cien, o incluso a doscientas puestas de sol, sin tener necesidad de arrastrar su silla. Y como se sentía un poco triste al recordar su pequeño planeta abandonado, se atrevió a solicitar una gracia al *rey*:

-Me gustaría ver una puesta de sol... Deme ese gusto... Ordénele al sol que se ponga...

-Si yo le diera a un general la orden de volar de flor en flor como una mariposa, o de escribir una tragedia, o de transformarse en ave marina y el general no ejecutase la orden recibida ¿de quién sería la culpa, mía o de él?

-La culpa sería de usted -le dijo *el principito* con firmeza.

-Exactamente. Sólo hay que pedir a cada uno, lo que cada uno puede dar -continuó *el rey*. La autoridad se apoya antes que nada en la razón. Si ordenas a tu pueblo que se tire al mar, el

pueblo hará la revolución. Yo tengo derecho a exigir obediencia, porque mis órdenes son razonables.

*-¿Entonces mi puesta de sol? -recordó **el principito**, que jamás olvidaba su pregunta una vez que la había formulado.*

-Tendrás tu puesta de sol. La exigiré. Pero, según me dicta mi ciencia gobernante, esperaré que las condiciones sean favorables.

-¿Y cuándo será eso?

*-¡Ejem, ejem! -le respondió **el rey**, consultando previamente un enorme calendario -, ¡ejem, ejem! Será hacia... hacia... será hacia las siete cuarenta. Ya verás cómo se me obedece.*

***El principito** bostezó. Lamentaba su puesta de sol frustrada y además se estaba aburriendo ya un poco.*

*-Ya no tengo nada que hacer aquí -le dijo al **rey** -. Me voy.*

-No partas -le respondió el rey que se sentía muy orgulloso de tener un súbdito -, no te vayas y te hago ministro.

-¿Ministro de qué?

-¡De... de justicia!

-¡Pero si aquí no hay nadie a quien juzgar!

*-Eso no se sabe -le dijo **el rey** -. Nunca he recorrido todo mi reino. Estoy muy viejo y el caminar me cansa. Y como no hay sitio para una carroza...*

*-¡Oh! Pero yo ya he visto... -dijo **el principito** que se inclinó para echar una ojeada al otro lado del planeta -. Allá abajo no hay nadie tampoco.*

*-Te juzgarás a ti mismo -le respondió **el rey** -. Es lo más difícil. Es mucho más difícil juzgarse a sí mismo, que juzgar a los otros. Si consigues juzgarte rectamente es que eres un verdadero sabio.*

-Yo puedo juzgarme a mí mismo en cualquier parte y no tengo necesidad de vivir aquí.

*-¡Ejem, ejem! Creo -dijo **el rey** - que en alguna parte del planeta vive una rata vieja; yo la oigo por la noche. Tu podrás juzgar a esta rata vieja. La condenarás a muerte de vez en cuando. Su vida dependería de tu justicia y la indultarás en cada juicio para conservarla, ya que no hay más que una.*

*-A mí no me gusta condenar a muerte a nadie -dijo **el principito** -. Creo que me voy a marchar.*

-No -dijo *el rey*.

Pero *el principito*, que habiendo terminado ya sus preparativos, no quiso disgustar al viejo monarca, dijo:

-Si Vuestra Majestad deseara ser obedecido puntualmente, podría dar una orden razonable. Podría ordenarme, por ejemplo, partir antes de un minuto. Me parece que las condiciones son favorables...

Como *el rey* no respondiera nada, *el principito* vaciló primero y con un suspiro emprendió la marcha.

-¡Te nombro mi embajador! -se apresuró a gritar *el rey*. Tenía un aspecto de gran autoridad.

"Las personas mayores son muy extrañas", se decía *el principito* para sí mismo durante el viaje.

CAPÍTULO XI

El segundo planeta estaba habitado por *un vanidoso*:



-¡Ah! ¡Ah! ¡Un admirador viene a visitarme! -Gritó *el vanidoso* al divisar a lo lejos al principito.

Para los *vanidosos* todos los demás hombres son admiradores.

-¡Buenos días! -dijo *el principito* -. ¡Qué sombrero tan raro tiene!

-Es para saludar a los que me aclaman -respondió *el vanidoso*. Desgraciadamente nunca pasa nadie por aquí.

-¿Ah, sí? -preguntó sin comprender *el principito*.

-Golpea tus manos una contra otra -le aconsejó *el vanidoso*.

El principito aplaudió y *el vanidoso* le saludó modestamente levantando el sombrero.

"Esto parece más divertido que la visita al *rey*", se dijo para sí *el principito*, que continuó aplaudiendo mientras *el vanidoso* volvía a saludarle quitándose el sombrero.

A los cinco minutos *el principito* se cansó con la monotonía de aquel juego.

-¿Qué hay que hacer para que el sombrero se caiga? -preguntó *el principito*.

Pero *el vanidoso* no le oyó. *Los vanidosos* sólo oyen las alabanzas.

-Tú me admiras mucho, ¿verdad? -preguntó *el vanidoso* al *principito*.

-¿Qué significa *admirar*?

-Admirar significa reconocer que yo soy el hombre más bello, el mejor vestido, el más rico y el más inteligente del planeta.

-¡Si tú estás solo en tu planeta!

-¡Hazme ese favor, admírame de todas maneras!

-¡Bueno! Te admiro -dijo *el principito* encogiéndose de hombros -, pero ¿para qué te sirve?

Y *el principito* se marchó.

"Decididamente, las personas mayores son muy extrañas", se decía para sí *el principito* durante su viaje.

CAPÍTULO XII

El tercer planeta estaba habitado por *un bebedor*. Fue una visita muy corta, pues hundió al principito en una gran melancolía.



-¿Qué haces ahí? -preguntó *al bebedor* que estaba sentado en silencio ante un sinnúmero de botellas vacías y otras tantas botellas llenas.

-¡Bebo! -respondió *el bebedor* con tono *lúgubre* (*sombrío, triste*).

-¿Por qué bebes? -volvió a preguntar *el principito*.

-Para olvidar.

-¿Para olvidar qué? -inquirió *el principito* ya compadecido.

-Para olvidar que siento vergüenza -confesó *el bebedor* bajando la cabeza.

-¿Vergüenza de qué? - se informó *el principito* deseoso de ayudarle.

-¡Vergüenza de beber! -concluyó *el bebedor*, que se encerró nueva y definitivamente en el silencio.

Y *el principito*, *perplejo* (*desconcertado*), se marchó.

"No hay la menor duda de que las personas mayores son muy extrañas", seguía diciéndose para sí *el principito* durante su vieja.

CAPÍTULO XIII

El cuarto planeta estaba ocupado por un *hombre de negocios*. Este hombre estaba abstraído que ni siquiera levantó la cabeza a la llegada *del principito*.



-¡Buenos días! -le dijo éste -. Su cigarro se ha apagado.

-Tres y dos cinco. Cinco y siete doce. Doce y tres quince. ¡Buenos días! Quince y siete veintidós. Veintidós y seis veintiocho. No tengo tiempo de encenderlo. Veintiocho y tres treinta y uno. ¡Uf! Esto suma quinientos un millón, seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

-¿Quinientos millones de qué?

-¿Eh? ¿Está ahí todavía? Quinientos millones de... ya no sé... ¡He trabajado tanto! ¡Yo soy un hombre serio y no me entretengo en tonterías!

Dos y cinco siete...

-¿Quinientos millones de qué? -volvió a preguntar el principito, que nunca en su vida había renunciado a una pregunta una vez que la había formulado.

El hombre de negocios levantó la cabeza:

-Desde hace cincuenta y cuatro años que habito este planeta, sólo me han molestado tres veces. La primera, hace veintidós años, fue por un abejorro que había caído aquí de Dios sabe dónde. Hacía un ruido insoportable y me hizo cometer cuatro errores en una suma. La segunda vez por una crisis de reumatismo, hace once años. Yo no hago ningún ejercicio, pues no tengo tiempo de callejear. Soy un hombre serio. Y la tercera vez... ¡la tercera vez es ésta! Decía, pues quinientos uno millones...

-¿Millones de qué?

El hombre de negocios comprendió que no tenía ninguna esperanza de que lo dejaran en paz.

-Millones de esas pequeñas cosas que algunas veces se ven en el cielo.

-¿Moscas?

-¡No, cositas que brillan!

-¿Abejas?

-No. Unas cositas doradas que hacen desvariar a los holgazanes. ¡Yo soy un hombre serio y no tengo tiempo de desvariar!

-¡Ah! ¿Estrellas?

-Eso es. Estrellas.

-¿Y qué haces tú con quinientos millones de estrellas?

-Quinientos un millón seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno. Yo soy un hombre serio y exacto.

¿Y qué hace con esas estrellas? -¿Que qué hago con ellas?

-Sí.

-Nada. Las poseo.

-¿Qué las estrellas son tuyas?

-Sí.

-Yo he visto un rey que...

-Los reyes no poseen nada... Reinan. Es muy diferente.

-¿Y de qué te sirve poseer las estrellas?

-Me sirve para ser rico.

-¿Y de qué te sirve ser rico?

-Me sirve para comprar más estrellas si alguien las descubre.

*"Este, se dijo a sí mismo **el principito**, razona poco más o menos como mi borracho".*

No obstante, le siguió preguntando:

-¿Y cómo es posible poseer estrellas?

*-¿De quién son las estrellas? -contestó punzante el **hombre de negocios**.*

-No sé... De nadie.

-Entonces son mías, puesto que he sido el primero a quien se la ha ocurrido la idea.

-¿Y eso basta?

-Naturalmente. Si te encuentras un diamante que nadie reclama, el diamante es tuyo. Si encontraras una isla que a nadie pertenece, la isla es tuya. Si eres el primero en tener una idea y la haces patentar, nadie puede aprovecharla: es tuya. Las estrellas son mías, puesto que nadie, antes que yo, ha pensado en poseerlas.

*-Eso es verdad -dijo **el principito** - ¿y qué haces con ellas?*

*-Las administro. Las cuento y las recuento una y otra vez -contestó el **hombre de negocio** -. Es algo difícil. ¡Pero yo soy un hombre serio!*

***El principito** no quedó del todo satisfecho.*

-Si yo tengo una bufanda, puedo ponérmela al cuello y llevármela. Si soy dueño de una flor, puedo cortarla y llevármela también. ¡Pero tú no puedes llevarte las estrellas!

*-Pero puedo **depositar** en un banco.*

-¿Qué quiere decir eso?

-Quiere decir que escribo en un papel el número de estrellas que tengo y guardo bajo llave en un cajón ese papel.

-¿Y eso es todo?

-¡Es suficiente!

*"Es divertido", pensó **el principito**. "Es incluso bastante poético. Pero no es muy serio"*

***El principito** tenía sobre las cosas serias ideas muy diferentes de las ideas de las personas mayores.*

*-Yo -dijo aún – tengo **una flor** a la que riego todos los días; poseo tres volcanes a los que deshollino todas las semanas, pues también me ocupo del que está extinguido; nunca se sabe lo que puede ocurrir. Es útil, pues, para mis volcanes y para mi flor que yo las posea. Pero tú, tú no eres nada útil para las estrellas...*

El *hombre de negocios* abrió la boca, pero no encontró respuesta.

El *principito* abandonó aquel planeta.

"Las personas mayores, decididamente, son extraordinarias", se decía a sí mismo con sencillez durante el viaje.

CAPÍTULO XIV

El *quinto planeta* era muy curioso. Era el más pequeño de todos, pues apenas cabían en él un farol y *el farolero* que lo habitaba. *El principito* no lograba explicarse para qué servirían allí, en el cielo, en un planeta sin casa y sin población un farol y *un farolero*. Sin embargo, se dijo a sí mismo:



"Este hombre, quizás, es absurdo. Sin embargo, es menos absurdo que *el rey*, el *vanidoso*, el *hombre de negocios* y el *bebedor*. Su trabajo, al menos, tiene sentido. Cuando enciende su farol, es igual que si hiciera nacer una estrella más o una flor y cuando lo apaga hace dormir a la flor o a la estrella. Es una ocupación muy bonita y por ser bonita es verdaderamente útil".

Cuando llegó al planeta saludó respetuosamente al *farolero*:

-¡Buenos días! ¿Por qué acabas de apagar tu farol?

-Es la *consigna* -respondió *el farolero* -. ¡Buenos días!

-¿Y que es *la consigna*?

-Apagar mi farol. ¡Buenas noches! Y encendió el farol.

-¿Y por qué acabas de volver a encenderlo?

-Es la *consigna*.

-No lo comprendo -dijo *el principito*.

-No hay nada que comprender -dijo *el farolero* -. La *consigna* es la *consigna*. ¡Buenos días!

Y apagó su farol

Luego se enjugó la frente con un pañuelo de cuadros rojos.

-Mi trabajo es algo terrible. En otros tiempos era razonable; apagaba el farol por la mañana y lo encendía por la tarde. Tenía el resto del día para reposar y el resto de la noche para dormir.

-¿Y luego cambiaron la *consigna*?

-Ese es el drama, que la *consigna* no ha cambiado -dijo *el farolero* -. El planeta gira cada vez más de prisa de año en año y la *consigna* sigue siendo la misma.

-¿Y entonces? -dijo *el principito*.

-Como el planeta da ahora una vuelta completa cada minuto, yo no tengo un segundo de reposo. Enciendo y apago una vez por minuto.

-¡Eso es raro! ¡Los días sólo duran en tu tierra un minuto!

-Esto no tiene nada de divertido -dijo *el farolero* -. Hace ya un mes que tú y yo estamos hablando.

-¿Un mes?

-Sí, treinta minutos. ¡Treinta días! ¡Buenas noches!

Y volvió a encender su farol.

El principito lo miró y le gustó este *farolero* que tan fielmente cumplía la *consigna*. Recordó las puestas de sol que en otro tiempo iba a buscar arrastrando su silla. Quiso ayudarle a su amigo.

-¿Sabes? Yo conozco un medio para que descanses cuando quieras...

-Yo quiero descansar siempre -dijo *el farolero*.

Se puede ser a la vez fiel y perezoso.

El principito prosiguió:

-Tu planeta es tan pequeño que puedes darle la vuelta en tres zancadas. No tienes que hacer más que caminar muy lentamente para quedar siempre al sol. Cuando quieras descansar, caminarás... y el día durará tanto tiempo cuanto quieras.

-Con eso no adelanto gran cosa -dijo *el farolero* -, lo que a mí me gusta en la vida es dormir.

-No es una suerte -dijo *el principito*.

-No, no es una suerte -replicó *el farolero* -. ¡Buenos días!

Y apagó su farol.

Mientras *el principito* proseguía su viaje, se iba diciendo para sí: "Este sería despreciado por los otros, por *el rey*, por *el vanidoso*, por *el bebedor*, por *el hombre de negocios*. Y, sin embargo, es el único que no me parece ridículo, quizás porque se ocupa de otra cosa y no de sí mismo. Lanzó un suspiro de pena y continuó diciéndose:

"Es el único de quien puede haberme hecho amigo. Pero su planeta es demasiado pequeño y no hay lugar para dos..."

*Lo que **el principito** no se atrevía a confesarse, era que la causa por la cual lamentaba no quedarse en este bendito planeta se debía a las mil cuatrocientas cuarenta puestas de sol que podría disfrutar cada veinticuatro horas.*

CAPÍTULO XV

***El sexto planeta** era diez veces más grande. Estaba habitado por un anciano que escribía grandes libros.*



*-¡Anda, un explorador! -exclamó cuando divisó al **principito**.*

*Este se sentó sobre la mesa y reposó un poco.
¡Había viajado ya tanto!*

-¿De dónde vienes tú? -le preguntó el anciano.

*-¿Qué libro es ese tan grande? -preguntó a su vez **el principito** -. ¿Qué hace usted aquí?*

*-Soy **geógrafo** -dijo el anciano.*

*-¿Y qué es un **geógrafo**?*

-Es un sabio que sabe donde están los mares, los ríos, las ciudades, las montañas y los desiertos.

*-Eso es muy interesante -dijo **el principito** -. ¡Y es un verdadero oficio!*

Dirigió una mirada a su alrededor sobre el planeta del geógrafo; nunca había visto un planeta tan majestuoso.

-Es muy hermoso su planeta. ¿Hay océanos aquí?

*-No puedo saberlo -dijo **el geógrafo**.*

*-¡Ah! (**El principito** se sintió decepcionado). ¿Y montañas!*

*-No puedo saberlo -repitió **el geógrafo**.*

-¿Y ciudades, ríos y desiertos?

-Tampoco puedo saberlo.

-¡Pero usted es geógrafo!

-Exactamente -dijo *el geógrafo* -, pero no soy explorador, ni tengo exploradores que me informen. *El geógrafo* no puede estar de acá para allá contando las ciudades, los ríos, las montañas, los océanos y los desiertos; es demasiado importante para deambular por ahí. Se queda en su despacho y allí recibe a los exploradores. Les interroga y toma nota de sus informes. Si los informes de alguno de ellos le parecen interesantes, manda hacer una investigación sobre la moralidad del explorador.

-¿Para qué?

-Un explorador que mintiera sería una catástrofe para los libros de geografía. Y también lo sería un explorador que bebiera demasiado.

-¿Por qué? -preguntó *el principito*.

-Porque los borrachos ven doble y *el geógrafo* pondría dos montañas donde sólo habría una.

-Conozco a alguien -dijo *el principito* -. Que sería un mal explorador.

-Es posible. Cuando se está convencido de que la moralidad del explorador es buena, se hace una investigación sobre su descubrimiento.

-¿Se va a ver?

-No, eso sería demasiado complicado. Se exige al explorador que suministre pruebas. Por ejemplo, si se trata del descubrimiento de una gran montaña, se le pide que traiga grandes piedras.

Súbitamente *el geógrafo* se sintió emocionado:

-Pero... ¡tú vienes de muy lejos! ¡Tú eres un explorador! Vas a describirme tu planeta.

Y *el geógrafo* abriendo su registro afiló el lápiz. Los relatos de los exploradores se escriben primero con lápiz. Se espera que el explorador presente sus pruebas para pasarlos a tinta.

-¿Y bien? -interrogó *el geógrafo*.

-¡Oh! Mi tierra -dijo *el principito* - no es interesante, todo es muy pequeño. Tengo tres volcanes, dos en actividad y uno extinguido; pero nunca se sabe...

-No, nunca se sabe -dijo *el geógrafo*.

-Tengo también *una flor*.

-De *las flores* no tomamos nota.

-¿Por qué? ¡Son lo más bonito!

-Porque las flores son *efímeras*.

-¿Qué significa "*efímera*"?

-Las geografías -dijo *el geógrafo* -son los libros más preciados e interesantes; nunca pasan de moda. Es muy raro que una montaña cambie de sitio o que un océano quede sin agua. Los geógrafos escribimos sobre cosas eternas.

-Pero los volcanes extinguidos pueden despertarse -interrumpió *el principito* -. ¿Qué significa "*efímera*"?

-Que los volcanes estén o no en actividad es igual para nosotros. Lo interesante es la montaña que nunca cambia.

-Pero, ¿qué significa "*efímera*"? -repitió el principito que en su vida había renunciado a una pregunta una vez formulada.

-Significa que está amenazada de próxima desaparición.

-¿*Mi flor* está amenazada de desaparecer próximamente?

-Indudablemente.

"*Mi flor* es *efímera* -se dijo *el principito* - y no tiene más que cuatro espinas para defenderse contra el mundo. ¡Y la he dejado allá sola en mi casa!". Por primera vez se arrepintió de haber dejado su planeta, pero bien pronto recobró su valor.

-¿Qué me aconseja usted que visita ahora? -preguntó.

-*La Tierra* -le contestó *el geógrafo* -. Tiene muy buena reputación...

Y *el principito* partió pensando en su flor.

CAPÍTULO XVI

El séptimo planeta fue, por consiguiente, *la Tierra*.

¡*La Tierra* no es un planeta cualquiera! Se cuentan en él ciento once *reyes* (sin olvidar, naturalmente, *los reyes negros*), siete mil *geógrafos*, novecientos mil *hombres de negocios*, siete millones y medio de *borrachos*, trescientos once millones de *vanidosos*, es decir, alrededor de dos mil millones de personas mayores.

Para darles una idea de las dimensiones de *la Tierra* yo les diría que antes de la invención de la electricidad había que mantener sobre el conjunto de los seis continentes un verdadero ejército de cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos once *faroleros*.

Vistos desde lejos, hacían un espléndido efecto. Los movimientos de este ejército estaban regulados como los de un ballet de ópera. Primero venía el turno de *los faroleros* de Nueva Zelandia y de Australia, Encendían sus faroles y se iban a dormir. Después tocaba el turno en la danza a los *faroleros* de China y Siberia, que a su vez se perdían entre bastidores. Luego seguían *los faroleros* de Rusia y la India, después los de África y Europa y finalmente, los de América del Sur y América del Norte. Nunca se equivocaban en su orden de entrada en escena. Era grandioso.

Solamente *el farolero* del único farol del polo norte y su colega del único farol del polo sur, llevaban una vida de ociosidad y descanso. No trabajaban más que dos veces al año.

CAPÍTULO XVII

Cuando se quiere ser ingenioso, sucede que se miente un poco. No he sido muy honesto al hablar de *los faroleros* y corro el riesgo de dar una falsa idea de nuestro planeta a los que no lo conocen. Los hombres ocupan muy poco lugar sobre *la Tierra*. Si los dos mil millones de habitantes que la pueblan se pusieran de pie y un poco apretados, como en un *mitin* (reunión de personas para escuchar), cabrían fácilmente en una plaza de *veinte millas* (32 kilómetros aprox.) de largo por veinte de ancho. La humanidad podría amontonarse sobre el más pequeño islote del Pacífico.

Las personas mayores no les creerán, seguramente, pues siempre se imaginan que ocupan mucho sitio. Se creen importantes como *los baobabs*. Les dirán, pues, que hagan el cálculo; eso les gustará ya que adoran las cifras. Pero no es necesario que pierdan el tiempo inútilmente, puesto que tienen confianza en mí.



El principito, una vez que llegó a *la Tierra*, quedó sorprendido de no ver a nadie. Tenía miedo de haberse equivocado de planeta, cuando un anillo de color de luna se revolvió en la arena.

-¡Buenas noches! -dijo *el principito*.

-¡Buenas noches! -dijo *la serpiente*.

-¿Sobre qué planeta he caído? -preguntó *el principito*.

-Sobre la Tierra, en África -respondió *la serpiente*.

-¡Ah! ¿Y no hay nadie sobre *la Tierra*?

-Esto es el desierto. En los desiertos no hay nadie. *La Tierra* es muy grande -dijo *la serpiente*.

El principito se sentó en una piedra y elevó los ojos al cielo.

-Yo me pregunto -dijo – si las estrellas están encendidas para que cada cual pueda un día encontrar la suya. Mira mi planeta; está precisamente encima de nosotros... Pero... ¡qué lejos está!

-Es muy bella -dijo *la serpiente* -. ¿Y qué vienes tú a hacer aquí?

-Tengo problemas con una flor -dijo *el principito*.

-¡Ah!

Y se callaron.

-¿Dónde están los hombres? -prosiguió por fin *el principito*. Se está un poco solo en el desierto...

-También se está solo donde los hombres -afirmó *la serpiente*.

El principito la miró largo rato y le dijo: -Eres un bicho raro, delgado como un dedo...

-Pero soy más poderoso que el dedo de un *rey* -le interrumpió *la serpiente*.

El principito sonrió:

-No me pareces muy poderoso... ni siquiera tienes patas... ni tan siquiera puedes viajar...

-Puedo llevarte más lejos que un navío -dijo *la serpiente*.

Se enroscó alrededor del tobillo del principito como un brazalete de oro.

-Al que yo toco, le hago volver a la tierra de donde salió. Pero tú eres puro y vienes de una estrella...

El principito no respondió.

-Me das lástima, tan débil sobre esta tierra de granito. Si algún día echas mucho de menos tu planeta, puedo ayudarte. Puedo...

-¡Oh! -dijo *el principito* -. Te he comprendido. Pero ¿por qué hablas con enigmas?

-Yo los resuelvo todos -dijo *la serpiente*.

Y se callaron.

CAPÍTULO XVIII

El principito atravesó el desierto en el que sólo encontró una *flor de tres pétalos*, una *flor* de nada.

-¡Buenos días! -dijo *el principito*.

-¡Buenos días! -dijo *la flor*.

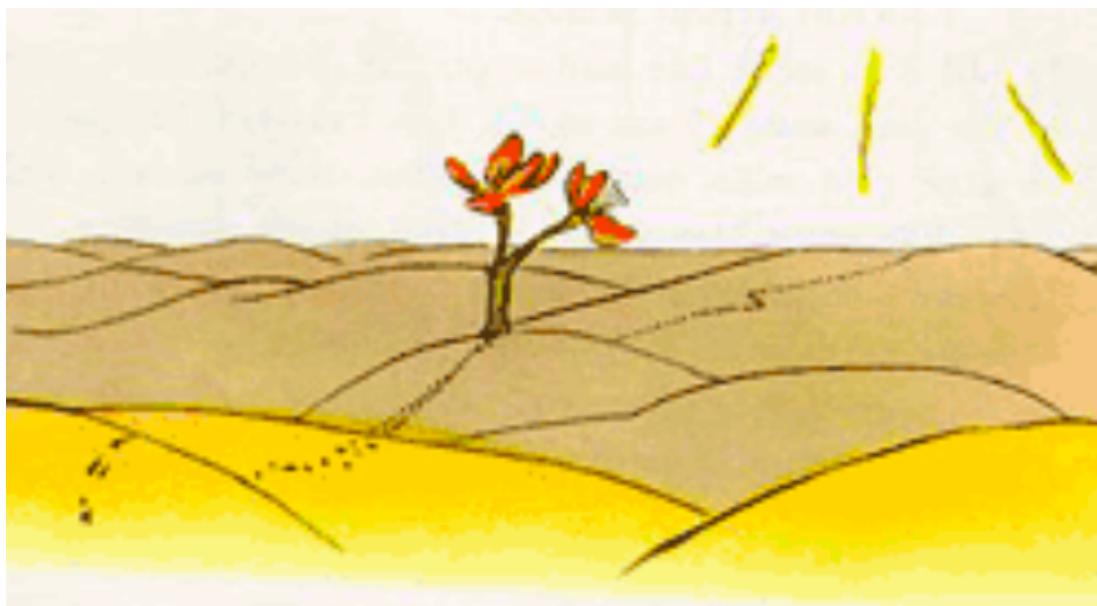
-¿Dónde están los hombres? -preguntó cortésmente *el principito*.

La flor, un día, había visto una caravana.

-¿Los hombres? No existen más que seis o siete, me parece. Los he visto hace ya años y nunca se sabe dónde encontrarlos. El viento los pasea. Les faltan las raíces. Esto les molesta.

-Adiós -dijo *el principito*.

-Adiós -dijo *la flor*.



CAPÍTULO XIX

El principito escaló hasta la cima de una alta montaña. Las únicas montañas que él había conocido eran los tres volcanes que le llegaban a la rodilla. El volcán extinguido lo utilizaba como taburete. "Desde una montaña tan alta como ésta, se había dicho, podré ver todo el planeta y a todos los hombres..." Pero no alcanzó a ver más que algunas puntas de rocas.



-¡Buenos días! -exclamó *el principito* al ocaso.

-¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Buenos días! -respondió *el eco*.

-¿Quién eres tú? -preguntó *el principito*.

-¿Quién eres tú?... ¿Quién eres tú?... ¿Quién eres tú?... -contestó *el eco*.

-Sed mis amigos, estoy solo -dijo *el principito*.

-Estoy solo... estoy solo... estoy solo... -repitió *el eco*.

"¡Qué planeta más raro! -pensó entonces *el principito* -, es seco, puntiagudo y salado. Y los hombres carecen de imaginación; no hacen más que repetir lo que se les dice... En mi tierra tenía una flor: hablaba siempre la primera..."

CAPÍTULO XX

Pero sucedió que *el principito*, habiendo atravesado arenas, rocas y nieves, descubrió finalmente un camino. Y los caminos llevan siempre a la morada de los hombres.



-¡Buenos días! -dijo.

Era un jardín cuajado de *rosas*.

-¡Buenos días! -dijeran *las rosas*.

El principito las miró. ¡Todas se parecían tanto a su *flor*!

-¿Quiénes son ustedes? -les preguntó estupefacto.

-Somos *las rosas* -respondieron éstas.

-¡Ah! -exclamó *el principito*.

Y se sintió muy desgraciado. Su *flor* le había dicho que era la única de su especie en todo el universo. ¡Y ahora tenía ante sus ojos más de cinco mil todas semejantes, en un solo jardín!

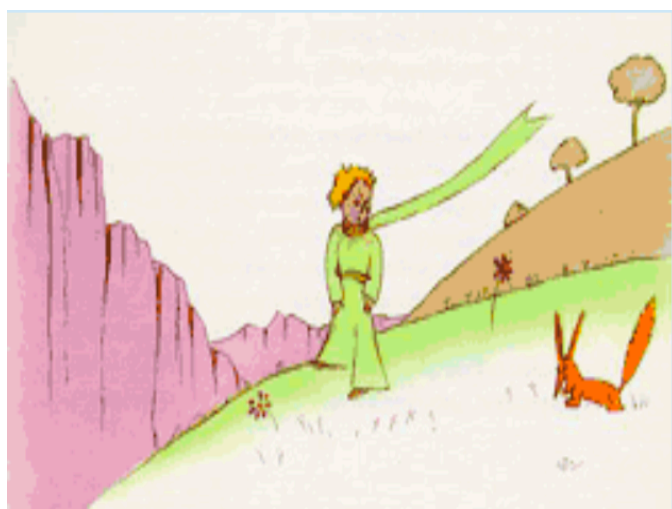
"Si ella viese todo esto, se decía *el principito*, se sentiría vejada, tosería muchísimo y simularía morir para escapar al ridículo. Y yo tendría que fingirle cuidados, pues sería capaz de dejarse morir verdaderamente para humillarme a mí también..."



Y luego continuó diciéndose: "Me creía rico con una *flor* única y resulta que no tengo más que una *rosa* ordinaria. Eso y mis tres volcanes que apenas me llegan a la rodilla y uno de los cuales acaso esté extinguido para siempre. Realmente no soy un gran príncipe..." Y echándose sobre la hierba, *el principito* lloró.

CAPÍTULO XXI

Entonces apareció *el zorro*:



-¡Buenos días! -dijo *el zorro*.

-¡Buenos días! -respondió cortésmente *el principito* que se volvió, pero no vio nada.

-Estoy aquí, bajo el manzano -dijo la voz.

-¿Quién eres tú? -preguntó *el principito*.
¡Qué bonito eres!

-Soy *un zorro* -dijo *el zorro*.

-Ven a jugar conmigo -le propuso *el principito*-, ¡estoy tan triste!

-No puedo jugar contigo -dijo *el zorro*-, no estoy *domesticado*.

-¡Ah, perdón! -dijo *el principito*.

Pero después de una breve reflexión, añadió:

-¿Qué significa "*domesticar*"?

-Tú no eres de aquí -dijo *el zorro* - ¿qué buscas?

-Busco a los hombres -le respondió *el principito*-. ¿Qué significa “domesticar”?

-Los hombres -dijo *el zorro*- tienen escopetas y cazan. ¡Es muy molesto! Pero también crían gallinas. Es lo único que les interesa. ¿Tú buscas gallinas?

-No -dijo *el principito*-. Busco amigos. ¿Qué significa “domesticar”? -volvió a preguntar el Principito.

-Es una cosa ya olvidada -dijo *el zorro*-, significa “crear lazos...”

-¿Crear vínculos?

-Efectivamente, verás -dijo *el zorro*-. Tú para mí todavía no eres más que un niño igual a otros cien mil niños. Y no te necesito. Tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un *zorro* entre otros cien mil *zorros*. Pero si me domesticas, entonces tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo, yo seré para ti único en el mundo...

-Comienzo a comprender -dijo *el principito*-. Hay *una flor*... creo que ella me ha domesticado...

-Es posible -dijo *el zorro*-, en la Tierra se ve todo tipo de cosas.

-¡Oh, no es en la Tierra! -exclamó *el principito*.

El zorro pareció intrigado:

-¿En otro planeta?

-Sí.

-¿Hay cazadores en ese planeta?

-No.

-¡Qué interesante! ¿Y gallinas?

-No.

-Nada es perfecto -suspiró *el zorro*.

Y añadió:

-Mi vida es monótona. Cazos gallinas y los hombres me cazan a mí. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres se parecen. Así es que me aburro un poco. Pero si tú me domesticas, mi vida se llenará de luz. Reconoceré el sonido de tus pasos que serán distintos de todos los demás. Los otros pasos harán que me esconda bajo la tierra. Los tuyos, en cambio, me harán salir de mi madriguera como una música ¡Mira! ¿Ves allá los trigales? Yo no como pan. Los trigales no

significan nada para mí y eso es triste. Pero tú tienes los cabellos color de oro. Entonces, si me domesticas, será maravilloso, porque el trigo, que es dorado, me hará recordarte. Y amaré el sonido del viento en el trigo...

El zorro guardó silencio y miró detenidamente al principito:

-¡Por favor... domesticáme! -dijo el zorro.

-Me encantaría -respondió el principito-, pero no tengo mucho tiempo. Tengo que descubrir amigos y conocer muchas otras cosas.

-Sólo se conocen las cosas que se domestican -dijo el zorro-. Los hombres ya no se dan tiempo para conocer nada. Compran todo hecho en las tiendas. Pero como en las tiendas no venden amigos, los hombres ya no tienen amigos. ¡Si quieres un amigo, domesticáme!

-¿Qué debo hacer? -preguntó el principito.

-Debes tener mucha paciencia -respondió el zorro-. Al principio te sentarás un poco lejos de mí, así, de esta manera, sobre la hierba. Te miraré de reojo y tú no dirás nada. El lenguaje es fuente de malentendidos. Pero cada día podrás sentarte un poco más cerca...

El principito volvió al día siguiente.



-Hubiera sido mejor -dijo el zorro- que volvieras a la misma hora. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, desde las tres comenzaré a ser feliz. Y cuanto más avance la hora, más feliz me sentiré. A las cuatro ya estaré inquieto y preocupado; ¡y así, cuando llegues, descubriré el precio de la felicidad! Pero si llegas a cualquier momento, nunca sabré a qué hora preparar mi corazón... Los ritos son necesarios.

-¿Qué es un rito? -dijo el principito.

-Es también algo demasiado olvidado -dijo el zorro-. Es lo que hace que un día sea distinto de otros días, una hora, distinta de otras horas. Entre los cazadores, por ejemplo, hay un rito. Los jueves bailan con las muchachas del pueblo. El jueves salen a bailar con las muchachas del pueblo. Entonces el jueves para mí es un día maravilloso, porque puedo ir de paseo hasta la viña. Si los cazadores bailaran en cualquier momento, todos los días serían iguales y yo no tendría vacaciones.

Así fue como el principito domesticó al zorro. Y cuando se fue acercando la hora de partir, el zorro dijo:

-¡Ay... lloraré!

-Es tu culpa -dijo *el principito*-. Yo no deseaba hacerte daño, pero tú quisiste que te domesticara.

-Por supuesto -dijo *el zorro*.

-¡Pero vas a llorar!

-Claro que sí.

-¡Entonces no has ganado nada! -dijo *el principito*.

-Claro que sí -dijo *el zorro*- Gané el color del trigo.

Y agregó: -Ve a ver *las rosas* otra vez; comprenderás que la tuya es única en el mundo. Luego vuelve para que me digas adiós y te regalaré un secreto.

El principito fue a ver *las rosas*.

-Ustedes no se parecen en nada a mi *rosa*; no son nada aún -les dijo-. Nadie las ha domesticado ni ustedes han domesticado a nadie. Son como era mi *zorro*: *un zorro* parecido a miles de *zorros*. Pero yo le hice mi amigo y ahora él es único en el mundo.

Las rosas se sintieron molestas.

-Ustedes son muy bellas, pero están vacías -les dijo *el Principito*-. Nadie daría la vida por ustedes. Por supuesto que cualquiera al pasar podría creer que mi rosa se les parece. Pero ella sola es más importante que todas ustedes juntas, porque fue a ella a quien regué. Fue a ella a quien abrigué con un fanal y a quién protegí detrás de un biombo. Porque por ella eliminé las orugas (salvo dos o tres que se hicieron mariposas), y es a ella a quién escuché quejarse o vanagloriarse y algunas veces hasta callarse. Porque es *mi rosa*.

Y volvió donde *el zorro*:

-Adiós... -dijo *el principito*.

-Adiós -dijo *el zorro*-. He aquí mi secreto. Es muy sencillo: sólo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible para los ojos.

-Lo esencial es invisible a los ojos -repitió *el principito*, para recordar.

-Es el tiempo que has dedicado a *tu rosa* lo que la hace importante.

-Es el tiempo que he dedicado a mi rosa... -repitió *el principito*, para recordar.

-Los hombres han olvidado esta verdad, pero tú no debes olvidarla -agregó *el zorro*-. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...

-Soy responsable de mi *rosa*... -repitió *el principito*, para recordar.

Y tendido sobre el césped lloró.

CAPÍTULO XXII

-¡Buenos días! -dijo *el principito*.

-¡Buenos días! -respondió *el guardavía*.

-¿Qué haces aquí? -le preguntó *el principito*.

-Formo con los viajeros paquetes de mil y despacho los trenes que los llevan, ya a la derecha, ya a la izquierda.

Y un tren rápido iluminado, rugiendo como el trueno, hizo temblar la caseta del *guardavía*.

-Tienen mucha prisa -dijo *el principito* -. ¿Qué buscan?

-Ni siquiera el conductor de la locomotora lo sabe -dijo *el guardavía*.

Un segundo rápido iluminado rugió en sentido inverso.

-¿Ya vuelve? -preguntó *el principito*.

-No son los mismos -contestó *el guardavía* -. Es un cambio.

-¿No se sentían contentos donde estaban?

-Nunca se siente uno contento donde está -respondió *el guardavía*.

Y rugió el trueno de un tercer rápido iluminado.

-¿Van persiguiendo a los primeros viajeros? -preguntó *el principito*.

-No persiguen absolutamente nada -le dijo *el guardavía* -; duermen o bostezan allí dentro. Únicamente los niños aplastan su nariz contra los vidrios.

-Únicamente los niños saben lo que buscan -dijo *el principito*. Pierden el tiempo con una muñeca de trapo que bien a ser lo más importante para ellos y si se la quitan, lloran...

-¡Qué suerte tienen! -dijo *el guardavía*.

CAPÍTULO XXIII

-¡Buenos días! -dijo *el principito*.

-¡Buenos días! -respondió *el comerciante*.

Era *un comerciante* de píldoras perfeccionadas que quitan la sed. Se toma una por semana y ya no se sienten ganas de beber.

-¿Por qué vendes eso? -preguntó *el principito*.

-Porque con esto se economiza mucho tiempo. Según el cálculo hecho por los expertos, se ahorra cincuenta y tres minutos por semana.

-¿Y qué se hace con esos cincuenta y tres minutos?

-“Lo que cada uno quiere...”

“Si yo dispusiera de cincuenta y tres minutos -pensó *el principito* – caminaría suavemente hacia una fuente...”

CAPÍTULO XXIV

Era **el octavo día** de mi avería en el desierto y había escuchado la historia del comerciante bebiendo la última gota de mi provisión de agua.

-¡Ah -le dije al **principito** -, son muy bonitos tus cuentos, pero yo no he reparado mi avión, no tengo nada para beber y sería muy feliz si pudiera irme muy tranquilo en busca de una fuente!

-Mi amigo **el zorro**..., me dijo...

-No se trata ahora **del zorro**, muchachito...

-¿Por qué?

-Porque nos vamos a morir de sed...

No comprendió mi razonamiento y replicó:

-Es bueno haber tenido un amigo, aún si vamos a morir. Yo estoy muy contento de haber tenido un **amigo zorro**.

"Es incapaz de medir el peligro -me dije – Nunca tiene hambre ni sed y un poco de sol le basta..."

El principito me miró y respondió a mi pensamiento:

-Tengo sed también... vamos a buscar un pozo...

Tuve un gesto de cansancio; es absurdo buscar un pozo, al azar, en la inmensidad del desierto. Sin embargo, nos pusimos en marcha.

Después de dos horas de caminar en silencio, cayó la noche y las estrellas comenzaron a brillar. Yo las veía como en sueño, pues a causa de la sed tenía un poco de fiebre. Las palabras **del principito** danzaban en mi mente.

-¿Tienes sed, tú también? -le pregunté. Pero no respondió a mi pregunta, diciéndome simplemente.

-El agua puede ser buena también para el corazón...

No comprendí sus palabras, pero me callé; sabía muy bien que no había que interrogarlo.

El principito estaba cansado y se sentó; yo me senté a su lado y después de un silencio me dijo:

-Las estrellas son hermosas, por una flor que no se ve...

Respondí "seguramente" y miré sin hablar los pliegues que la arena formaba bajo la luna.

-El desierto es bello -añadió **el principito**.

Era verdad; siempre me ha gustado el desierto. Puede uno sentarse en una duna nada se ve, nada se oye y sin embargo, algo resplandece en el silencio.

-Lo que más embellece al desierto -dijo **el principito** – es el pozo que oculta en algún sitio...

Me quedé sorprendido al comprender súbitamente ese misterioso resplandor de la arena. Cuando yo era niño vivía en una casa antigua en la que, según la leyenda, había un tesoro escondido. Sin duda que nadie supo jamás descubrirlo y quizás nadie lo buscó, pero parecía toda encantada por ese tesoro. Mi casa ocultaba un secreto en el fondo de su corazón...

-Sí -le dije al **principito**- ya se trate de la casa, de las estrellas o del desierto, lo que les embellece es invisible.

-Me gusta -dijo **el principito** – que estés de acuerdo con **mi zorro**.

Como **el principito** se dormía, lo tomé en mis brazos y me puse nuevamente en camino. Me sentía emocionado llevando aquel frágil tesoro, y me parecía que nada más frágil había sobre la Tierra. Miraba a la luz de la luna aquella frente pálida, aquellos ojos cerrados, los cabellos agitados por el viento y me decía: “lo que veo es sólo la corteza; lo más importante es invisible...”

Como sus labios entreabiertos esbozaron una sonrisa, me dije: “Lo que más me emociona de este **principito** dormido es su fidelidad a una flor, es la imagen de la rosa que resplandece en él como la llama de una lámpara, incluso cuando duerme...” Y lo sentí más frágil aún. Pensaba que a las lámparas hay que protegerlas: una racha de viento puede apagarlas...

Continué caminando y al rayar el alba descubrí el pozo.

CAPÍTULO XXV

-Los hombres -dijo **el principito** – se meten en los rápidos pero no saben dónde van ni lo que quieren... Entonces se agitan y dan vueltas...

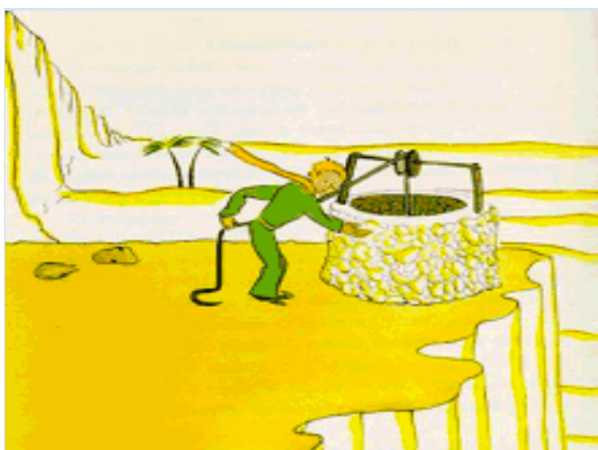
Y añadió:

-¡No vale la pena!...

El pozo que habíamos encontrado no se parecía en nada a los pozos saharianos. Estos pozos son simples agujeros que se abren en la arena. El que teníamos ante nosotros parecía el pozo de un pueblo; pero por allí no había ningún pueblo y me parecía estar soñando.

-¡Es extraño! -le dije al **principito** -. Todo está a punto: la **roldana** (**polea**), el balde y la cuerda...

Se rió y tocó la cuerda; hizo mover la roldana. Y la roldana gimió como una vieja veleta cuando el viento ha dormido mucho.



-¿Oyes? -dijo **el principito** -. Hemos despertado al pozo y canta.

No quería que **el principito** hiciera el menor esfuerzo y le dije:

-Déjame a mí, es demasiado pesado para ti.

Lentamente subí el cubo hasta el brocal donde lo dejé bien seguro. En mis oídos sonaba aún el canto de la roldana y veía temblar al sol en el agua agitada.

-Tengo sed de esta agua -dijo **el principito** -, dame de beber...

¡Comprendí entonces lo que él había buscado!

Levanté el **balde** (cazo con asa) hasta sus labios y el principito bebió con los ojos cerrados. Todo era bello como una fiesta. Aquella agua era algo más que un alimento. Había nacido del caminar bajo las estrellas, del canto de la roldana, del esfuerzo de mis brazos. Era como un regalo para el corazón. Cuando yo era niño, las luces del árbol de Navidad, la música de la misa de medianoche, la dulzura de las sonrisas, daban su resplandor a mi regalo de Navidad.

-Los hombres de tu tierra -dijo *el principito* – cultivan cinco mil rosas en un jardín y no encuentran lo que buscan.

-No lo encuentran nunca -le respondí. -Y, sin embargo, lo que buscan podrían encontrarlo en una sola rosa o en un poco de agua...

-Sin duda, respondí. Y *el principito* añadió:

-Pero los ojos son ciegos. Hay que buscar con el corazón.

Yo había bebido y me encontraba bien. La arena, al alba, era color de miel, del que gozaba hasta sentirme dichoso. ¿Por qué había de sentirme triste?

-Es necesario que cumplas tu promesa -dijo dulcemente *el principito* que nuevamente se había sentado junto a mí.

-¿Qué promesa?

-Ya sabes... el bozal para mi cordero... soy responsable de mi flor.

Saqué del bolsillo mis esbozos de dibujo. *El principito* los miró y dijo riendo:

-Tus *baobabs* parecen repollos...

-¡Oh! ¡Y yo que estaba tan orgulloso de mis *baobabs*!

-*Tu zorro* tiene orejas que parecen cuernos, son demasiado largas.

Y volvió a reír.

-Eres injusto, muchachito; yo no sabía dibujar más que boas cerradas y boas abiertas.

-¡Oh, todo se arreglará! -dijo *el principito* -. Los niños entienden.

Bosquejé, pues, un bozal y se lo alargué con el corazón oprimido:

-Tú tienes proyectos que yo ignoro...

Pero no me respondió.

-¿Sabes? -me dijo -. Mañana hace un año de caída en la Tierra...

Y después de un silencio, añadió:

-Caí muy cerca de aquí...

El principito se sonrojó y nuevamente, sin comprender por qué, experimenté una extraña tristeza.

Sin embargo, se me ocurrió preguntar:

-Entonces no te encontré por azar hace ocho días, cuando paseabas por estos lugares, a mil millas de distancia del lugar habitado más próximo. ¿Es que volvías al punto de tu caída?

El principito enrojeció nuevamente.

Y añadí vacilante.

-¿Quizás por el aniversario?

El principito se ruborizó una vez más. Aunque nunca respondía a las preguntas, su rubor significaba una respuesta afirmativa.

-¡Ah! -le dije – tengo miedo.

Pero él me respondió:

-Tú debes trabajar ahora; vuelve, pues, junto a tu máquina, que yo te espero aquí. Vuelve mañana por la tarde.

Pero yo no estaba tranquilo y me acordaba del zorro. Si se deja uno domesticar, se expone a llorar un poco...

CAPÍTULO XXVI

Al lado del pozo había una ruina de un viejo muro de piedras. Cuando volví de mi trabajo al día siguiente por la tarde, vi desde lejos al **principito** sentado en lo alto con las piernas colgando. Lo oí que hablaba.



-¿No te acuerdas? ¡No es aquí con exactitud!
Alguien le respondió sin duda, porque él replicó:
-¡Sí, sí; es el día, pero no es este el lugar!
Proseguí mi marcha hacia el muro, pero no veía ni oía a nadie. Y sin embargo, **el principito** replicó de nuevo.

-¡Claro! Ya verás dónde comienza mi huella en la arena. No tienes más que esperarme, que allí estaré yo esta noche.

Yo estaba a veinte metros y continuaba sin distinguir nada.

El principito, después de un silencio, dijo aún:

-¿Tienes un buen veneno? ¿Estás segura de no hacerme sufrir mucho?

Me detuve con el corazón oprimido, siempre sin comprender.

-¡Ahora vete -dijo **el principito** -, quiero volver a bajarme!

Dirigí la mirada hacia el pie del muro e instintivamente di un brinco. **Una serpiente** de esas amarillas que matan a una persona en menos de treinta segundos, se erguía en dirección al principito. Echando mano al bolsillo para sacar mi revólver, apreté el paso, pero, al ruido que hice, la serpiente se dejó deslizar suavemente por la arena como un surtidor que muere, y, sin apresurarse demasiado, se escurrió entre las piedras con un ligero ruido metálico.

Llegué junto al muro a tiempo de recibir en mis brazos a mi **principito**, que estaba blanco como la nieve.

-¿Pero qué historia es ésta? ¿De charla también con las serpientes?

Le quité su eterna bufanda de oro, le humedecí las sienes y le di de beber, sin atreverme a hacerle pregunta alguna. Me miró gravemente rodeándome el cuello con sus brazos. Sentí latir su corazón, como el de un pajarillo que muere a tiros de carabina.

-Me alegra -dijo **el principito** - que hayas encontrado lo que faltaba a tu máquina. Así podrás volver a tu tierra...

-¿Cómo lo sabes?

Precisamente venía a comunicarle que, a pesar de que no lo esperaba, había logrado terminar mi trabajo.

No respondió a mi pregunta, sino que añadió:

-También yo vuelvo hoy a mi planeta...

Luego, con melancolía:

-Es mucho más lejos... y más difícil...

Me daba cuenta de que algo extraordinario pasaba en aquellos momentos. Estreché al principito entre mis brazos como si fuera un niño pequeño, y no obstante, me pareció que descendía en picada hacia un abismo sin que fuera posible hacer nada para retenerlo.



*Su mirada, seria, estaba perdida en la lejanía.
-Tengo tu cordero y la caja para el cordero. Y tengo también el bozal.
Y sonreía melancólicamente.
Esperé un buen rato. Sentía que volvía a entrar en calor poco a poco:
-Has tenido miedo, muchachito...
Lo había tenido, sin duda, pero sonrió con dulzura:
-Esta noche voy a tener más miedo...
Me quedé de nuevo helado por un sentimiento de algo irreparable. Comprendí que no podía soportar la idea de no volver a oír nunca más su risa. Era para mí como una fuente en el desierto.*

-Muchachito, quiero oír otra vez tu risa...

Pero él me dijo:

-Esta noche hará un año. Mi estrella se encontrará precisamente encima del lugar donde caí el año pasado...

-¿No es cierto -le interrumpí – que toda esta historia de serpientes, de citas y de estrellas es tan sólo una pesadilla?

*Pero **el principito** no respondió a mi pregunta y dijo:*

-Lo más importante nunca se ve...

-Indudablemente.

*-Es lo mismo que **la flor**. Si te gusta una flor que habita en una estrella, es muy dulce mirar al cielo por la noche. Todas las estrellas han florecido.*

-Es indudable...

-Es como el agua. La que me diste a beber, gracias a la roldana y la cuerda, era como una música ¿te acuerdas? ¡Qué buena era!

-Sí, cierto...

-Por la noche mirarás las estrellas; mi casa es demasiado pequeña para que yo pueda señalarte dónde se encuentra. Así es mejor; mi estrella será para ti una cualquiera de ellas. Te gustará entonces mirar todas las estrellas. Todas ellas serán tus amigas. Y además, te haré un regalo...

Y rió una vez más.

-¡Ah!, muchachito, muchachito, ¡cómo me gusta oír tu risa!

-Mi regalo será ése precisamente, será como el agua...

-¿Qué quieres decir?

La gente tiene estrellas que no son las mismas. Para los que viajan, las estrellas son guías; para otros sólo son pequeñas lucecitas. Para los sabios las estrellas son problemas. Para mi hombre

de negocios, eran oro. Pero todas esas estrellas se callan. Tú tendrás estrellas como nadie ha tenido...

-¿Qué quieres decir? -Cuando por las noches mires al cielo, al pensar que en una de aquellas estrellas estoy yo riendo, será para ti como si todas las estrellas riesen. ¡Tú sólo tendrás estrellas que saben reír!

Y rió nuevamente.

-Cuando te hayas consolado (*siempre se consuela uno*) estarás contento de haberme conocido. Serás mi amigo y tendrás ganas de reír conmigo. Algunas veces abrirás tu ventana sólo por placer y tus amigos quedarán asombrados de verte reír mirando al cielo. Tú les explicarás: "Las estrellas me hacen reír siempre". Ellos te creerán loco. Y yo te habré jugado una mala pasada...

Y se ríó otra vez.

-Será como si en vez de estrellas, te hubiese dado multitud de cascabelitos que saben reír...

Una vez más dejó oír su risa y luego se puso serio.

-Esta noche ¿sabes? No vengas...

-No te dejaré.

-Pareceré enfermo... Parecerá un poco que me muero... es así. ¡No vale la pena que vengas a ver eso...!

-No te dejaré.

Pero estaba preocupado.

-Te digo esto por *la serpiente*; no debe morderte. *Las serpientes* son malas. A veces muerden por gusto...

-He dicho que no te dejaré.

Pero algo lo tranquilizó.

-Bien es verdad que no tienen veneno para la segunda mordedura...



Aquella noche no lo vi ponerse en camino. Cuando le alcancé marchaba con paso rápido y decidido y me dijo solamente:

-¡Ah, estás ahí!

Me cogió de la mano y todavía se atormentó:

-Has hecho mal. Tendrás pena. Parecerá que estoy muerto, pero no es verdad.

Yo me callaba.

-¿Comprendes? Es demasiado lejos y no puedo llevar este cuerpo que pesa demasiado.

Seguí callado.

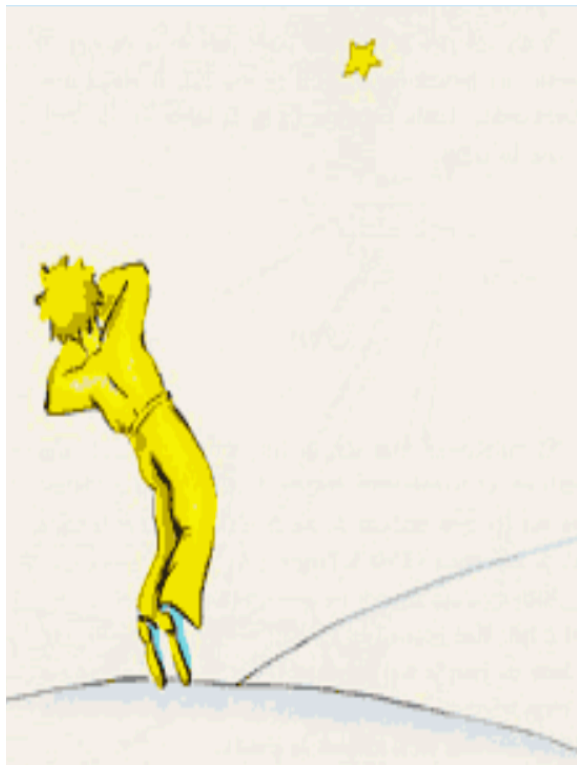
-Será como una corteza vieja que se abandona. No son nada triste las viejas cortezas...

Yo me callaba. *El principito* perdió un poco de ánimo. Pero hizo un esfuerzo y dijo:

-Será agradable ¿sabes? Yo miraré también las estrellas. Todas serán pozos con roldana herrumbrosa. Todas las estrellas me darán de beber.

Yo me callaba.

-¡Será tan divertido! Tú tendrás quinientos millones de cascabeles y yo quinientos millones de fuentes...



El principito se calló también: estaba llorando.

-Es allí; déjame ir solo.

Se sentó porque tenía miedo. Dijo aún:

-¿Sabes?... mi flor... soy responsable... ¡y ella es tan débil y tan inocente! Sólo tiene cuatro espinas para defenderse contra todo el mundo...

Me senté, ya no podía mantenerme en pie.

-Ahí está... eso es todo...

Vaciló todavía un instante, luego se levantó y dio un paso. Yo no pude moverme.

Un relámpago amarillo centelleó en su tobillo. Quedó un instante inmóvil, sin exhalar un grito. Luego cayó lentamente como cae un árbol, sin hacer el menor ruido a causa de la arena.

CAPÍTULO XXVII

Ahora hace ya seis años de esto. Jamás he contado esta historia y los compañeros que me vuelven a ver se alegran de encontrarme vivo. Estaba triste, pero yo les decía: "Es el cansancio".

Al correr del tiempo me he consolado un poco, pero no completamente. Sé que ha vuelto a su planeta, pues al amanecer no encontré su cuerpo, que no era en realidad tan pesado... Y me gusta por la noche escuchar a las estrellas, que suenan como quinientos millones de cascabeles...

*Pero sucede algo extraordinario. Al bozal que dibujé para **el principito** se me olvidó añadirle la correa de cuero; no habrá podido atárselo al cordero. Entonces me pregunto:*

*"¿Qué habrá sucedido en su planeta? Quizás **el cordero** se ha comido **la flor**..."*

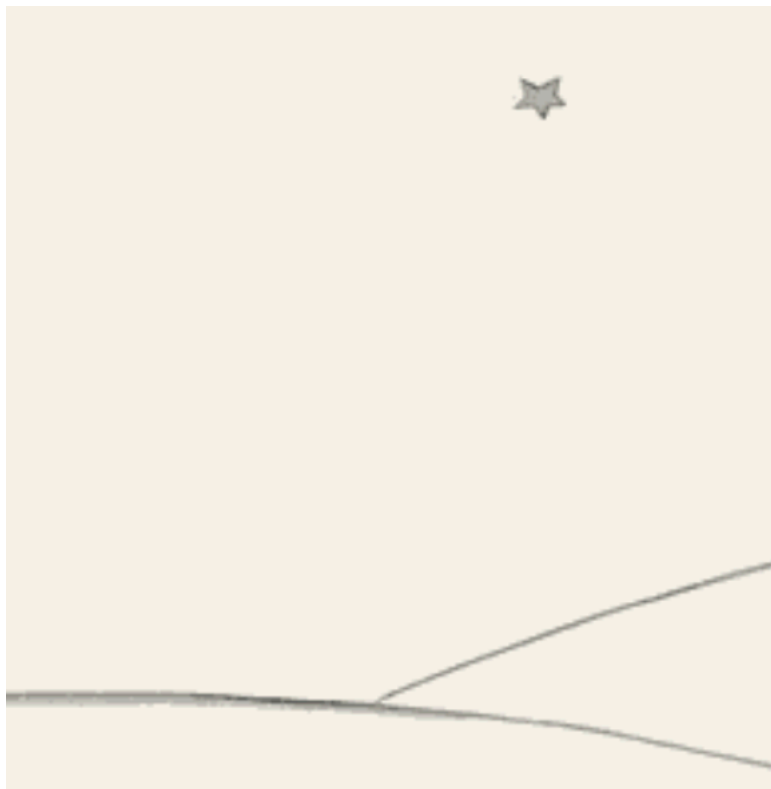
*A veces me digo: "¡Seguro que no! **El principito** cubre la flor con su fanal todas las noches y vigila a su cordero". Entonces me siento dichoso y todas las estrellas ríen dulcemente.*

*Pero otras veces pienso: "Alguna que otra vez se distrae uno y eso basta. Si una noche ha olvidado poner el fanal o **el cordero** ha salido sin hacer ruido, durante la noche...". Y entonces los cascabeles se convierten en lágrimas...*

*Y ahí está el gran misterio. Para ustedes que quieren al **principito**, lo mismo que para mí, nada en el universo habrá cambiado si en cualquier parte, quien sabe dónde, **un cordero** desconocido se ha comido o no se ha comido una rosa...*

*Pero miren al cielo y pregúntense: **el cordero** ¿se ha comido **la flor**? Y veréis cómo todo cambia...*

¡Ninguna persona mayor comprenderá jamás que esto sea verdaderamente importante!



*Este es para mí el paisaje más hermoso y el más triste del mundo. Es el mismo paisaje de la página anterior que he dibujado una vez más para que lo vean bien. Fue aquí donde **el principito** apareció sobre **la Tierra**, desapareciendo luego.*

Examínenlo atentamente para que sepan reconocerlo, si algún día, viajando por África cruzan el desierto. Si por casualidad pasan por allí, no se apresuren, se los ruego, y deténganse un poco, precisamente bajo la estrella. Si un niño llega hasta ustedes, si este niño ríe y tiene cabellos de oro y nunca responde a sus preguntas, adivinarán en seguida quién es. ¡Sean amables con él! Y comuníquenme rápidamente que ha regresado. ¡No me dejen tan triste!

FIN



EL ROSTRO AMARILLO



Sir Arthur Conan Doyle



El rostro amarillo

Febrero de 1893

Sir Arthur Conan Doyle



Sherlock-Holmes.es

Es perfectamente natural que yo, al publicar estos breves bocetos, basados en los numerosos casos en que las extraordinarias cualidades de mi compañero me convirtieron a mí en un oyente y, en ocasiones, en actor de algún drama extraño, es perfectamente natural, digo, que yo ponga de relieve con preferencia sus éxitos y no sus fracasos. No lo hago tanto por cuidar de su reputación, porque era precisamente cuando él ya no sabía qué hacer cuando su energía y su agilidad mental resultaban más admirables; lo hago más bien porque solía ser lo más frecuente que nadie tuviese éxito allí donde él había fracasado, quedando en tales casos, para siempre, la novela sin un final. Sin embargo, dio varias veces la casualidad de que se descubriese la verdad, aun en aquellos casos en que él iba equivocado. Tengo tomadas notas de una media docena de casos de esta clase; de todos ellos, el de la segunda mancha, y este que voy a relatar ahora, son los que ofrecen rasgos de mayor interés.

Sherlock Holmes era un hombre que rara vez hacía ejercicio físico por el puro placer de hacerlo. Pocos hombres eran capaces de un esfuerzo muscular mayor, y resultaba, sin duda alguna, uno de los más hábiles boxeadores de su peso que yo he conocido; pero el ejercicio corporal sin una finalidad concreta lo consideraba como un derroche de energía, y era raro que él se ajetrase si no existía alguna finalidad de su profesión a la que acudir. Cuando esto ocurría, era hombre incansable e infatigable. Resultaba digno de notar que Sherlock Holmes se conservase muscularmente a punto en tales condiciones, pero su régimen de comidas era de ordinario de lo más sobrio, y sus costumbres llegaban en su sencillez hasta el borde de la austeridad. Salvo que, de cuando en cuando, recurría a la cocaína, Holmes no tenía vicios, y si echaba mano de esa droga era como protesta contra la monotonía de la vida, cuando escaseaban los asuntos y cuando los periódicos no ofrecían interés.

Cierto día, en los comienzos de la primavera, llegó hasta el extremo de holgarse dando conmigo un paseo por el Park, en el que los primeros blandos brotes de verde asomaban en las ramas de los olmos y las pegajosas moharras de los castaños comenzaban a romperse y dejar paso a sus hojas quíntuples. Vagabundeamos juntos por espacio de dos horas, en silencio la mayor parte del tiempo, como cumple a dos hombres que se conocen íntimamente. Eran casi las cinco cuando nos hallábamos otra vez en Baker Street.

-Con permiso, señor -nos dijo el muchacho, al abrirnos la puerta-. Estuvo un caballero preguntando por usted.

Holmes me dirigió una mirada cargada de reproches, y me dijo:

-Se acabaron los paseos vespertinos. ¿De modo que ese caballero se marchó?

-Sí, señor.

-¿Le invitaste a entrar?

-Sí señor, entró.

-¿Cuánto tiempo estuvo esperando?

-Media hora, señor. Estaba muy inquieto, señor, y no hizo otra cosa que pasearse y patear mientras permaneció aquí. Yo le oí porque estaba de guardia del lado de acá de la puerta. Finalmente, salió al pasillo, y me gritó: «¿No va a venir nunca ese hombre?» Esas fueron sus mismas palabras, señor. «Bastará con que espere usted un poquito más», le dije. «Pues entonces, esperaré al aire libre, porque me siento medio ahogado -me contestó-. Volveré dentro de poco.» Y dicho esto, se levanta y se marcha, sin que nada de lo que yo le decía fuese capaz de retenerlo.

-Bueno, bueno; has obrado lo mejor que podías -dijo Holmes, cuando entrábamos en nuestra habitación-. Sin embargo, Watson, esto me molesta mucho, porque necesitaba perentoriamente un caso, y, a juzgar por la impaciencia de este hombre, se diría que el de ahora es importante. ¡Hola! Esa pipa que hay encima de la mesa no es la de usted. Con seguridad que él se la dejó aquí. Es una bonita pipa de eglantina, con una larga boquilla de eso que los tabaqueros llaman ámbar. Yo me pregunto cuántas boquillas de ámbar auténtico habrá en Londres. Hay quienes toman como demostración de que lo es el que haya una mosca dentro de la masa. Pero eso de meter falsas moscas en la masa del falso ámbar es casi una rama del comercio. Bueno, muy turbado estaba el espíritu de ese hombre para olvidarse de una pipa a la que es evidente que él tiene en gran aprecio.

-¿Cómo sabe usted que él la tiene en gran aprecio? -le pregunté.

-Veamos. Yo calculo que el precio primitivo de la pipa es de siete chelines y seis peniques. Fíjese ahora en que ha sido arreglada dos veces: la una, en la parte de madera de la boquilla, y la otra, en la parte de ámbar. Las dos composturas, hechas con aros de plata, como puede usted ver, le



han tenido que costar más que la pipa cuando la compró. Un hombre que prefiere remendar la pipa a comprar una nueva con el mismo dinero, es que la aprecia en mucho.

-¿Nada más? -le pregunté, porque Holmes daba vueltas a la pipa en su mano y la examinaba con la expresión pensativa característica en él.

Holmes levantó en alto la pipa y la golpeó con su dedo índice, largo y delgado, como pudiera hacerlo un profesor que está dando una lección sobre un hueso.

-Las pipas ofrecen en ocasiones un interés extraordinario -dijo-. No hay nada, fuera de los relojes y de los cordones de las botas, que tenga mayor

individualidad. Sin embargo, las indicaciones que hay en ésta no son muy importantes ni muy marcadas. El propietario de la misma es, evidentemente, un hombre musculoso, zurdo, de muy, buena dentadura, despreocupado y que no necesita ser económico.

Mi amigo largó todos estos datos como al desgaire; pero me fijé en que me miraba con el rabillo del ojo para ver si yo seguía su razonamiento.

-¿De modo que usted considera como de buena posición a un hombre que emplea para fumar una pipa de siete chelines? -le pregunté.

-Este tabaco es la mezcla Grosvenor, y cuesta ocho peniques la onza -contestó Holmes, sacando a golpecitos una pequeña cantidad de la cazoleta sobre la palma de su mano-. Como es posible comprar tabaco excelente a la mitad de ese precio, está claro que no necesita economizar.

-¿Y los demás puntos de que habló?

-Este hombre tiene la costumbre de encender la pipa en las lámparas y en los picos de gas. Fíjese que está completamente chamuscada de arriba abajo por un lado. Claro está que esto no le habría ocurrido de haberla encendido con una cerilla. ¿Cómo va nadie a aplicar una cerilla al costado de su pipa? Pero no es posible encenderla en una lámpara sin que la cazoleta de la pipa resulte chamuscada. Esto le ocurre a esta pipa en el lado derecho, y de ello deduzco que este hombre es zurdo. Acerque usted su propia pipa a la lámpara y verá con qué naturalidad, usted, que es diestro, aplica el lado izquierdo a la llama. Es posible que le ocurra una vez hacer lo contrario, pero no constantemente. Esta pipa ha sido aplicada siempre de esa forma. Además, los dientes del fumador han penetrado en el ámbar. Esto denota que se trata de un hombre musculoso, enérgico y con buena dentadura. Pero, si no me equivoco, le oigo subir por las escaleras, de manera que vamos a tener algo más interesante que su pipa como tema de estudio.



Un instante después se abrió la puerta y entró un hombre alto y joven. Vestía traje correcto, pero poco llamativo, de color gris oscuro, y llevaba en la mano un sombrero pardo de fieltro, blando y de casco bajo. Yo le habría calculado unos treinta años, aunque, en realidad, tenía alguno más.

-Ustedes perdonen -dijo con cierto embarazo-. Me olvidé de llamar. Sí, porque debí haber llamado. La verdad es que estoy un poco trastornado, y pueden ustedes atribuirlo a eso.

Se pasó la mano por la frente como quien está medio aturdido, y, acto continuo, se dejó caer en la silla, más bien que se sentó.

-Veo que usted lleva una o dos noches sin dormir -le dijo Holmes con su simpática familiaridad-. El no dormir agota los nervios más que el trabajo, y aún más que el placer. ¿En qué puedo servir a usted?

-Quería que me diese consejo. No sé qué hacer, y parece como si mi vida se hubiese hecho pedazos.

-¿Desea usted emplearme como detective consultor?

-No es eso sólo. Necesito su opinión de hombre de buen criterio..., de hombre de mundo. Necesito saber qué pasos tengo que dar inmediatamente. ¡Quiera Dios que usted pueda decírmelo!

Se expresaba en estallidos cortos, secos y nerviosos, y me pareció que incluso el hablar le resultaba doloroso, haciéndolo únicamente porque su voluntad se sobreponía a su tendencia.

-Se trata de un asunto muy delicado -dijo-. A uno le molesta tener que hablar a gentes extrañas de sus propios problemas domésticos. Es angustioso el discutir la conducta de mi propia mujer con dos hombres a los que no conocía hasta ahora. Es horrible tener que hacer semejante cosa. Pero yo he llegado al límite extremo de mis fuerzas, y necesito consejo.



-Mi querido señor Grant Munro... -empezó a decir Holmes.

Nuestro visitante se puso en pie de un salto, exclamando:

-¡Cómo! ¿Sabe usted cómo me llamo?

-Me permito apuntarle la idea de que cuando usted desee conservar el incógnito -le dijo Holmes, sonriente-, deje de escribir su nombre en el forro de su sombrero, o, si lo escribe, vuelva la parte exterior del caso hacia la persona con quien está usted hablando. Yo iba a decirle que mi amigo y yo hemos escuchado en esta habitación muchas confidencias extraordinarias y que hemos tenido la buena suerte de llevar la paz a muchas almas conturbadas. Confío en que nos será posible hacer lo mismo en favor de usted. Como quizá el tiempo pueda ser un factor importante, yo le ruego que me exponga sin más dilación todos los hechos referentes a su asunto.

Nuestro visitante volvió a pasarse la mano por la frente como si aquello le resultase muy cuesta arriba. Yo estaba viendo, por todos sus gestos y su expresión, que teníamos delante a un hombre reservado y circunspecto, de carácter algo orgulloso, más propenso a ocultar sus heridas que a mostrarlas. Pero de pronto, con fiero ademán de su mano cerrada con el que pareció arrojar a los vientos su reserva, empezó a decir.

-El hecho es, señor Holmes, que yo soy un hombre casado, y que llevo tres años de matrimonio. Durante ese tiempo mi esposa y yo nos hemos querido el uno al otro con tanta ternura y hemos vivido tan felices como la pareja más feliz que haya existido. No hemos tenido diferencia alguna, ni una sola, de pensamiento, palabra o hecho. Y de pronto, desde el lunes pasado, ha surgido entre nosotros una barrera y me encuentro con que, en su vida y en sus pensamientos, existe algo tan escondido para mí como si se tratase de una mujer que pasa a mi lado en la calle. Somos dos extraños, y yo quiero saber la causa.

Antes de seguir adelante, señor Holmes, quiero dejarle convencido de una cosa. Effie me ama. Que no haya ningún error acerca de este punto. Ella me ama con todo su corazón y con toda su alma, hoy más que nunca. Lo sé, lo palpo. Sobre esto no quiero discutir. El hombre puede fácilmente ver si su mujer le ama. Pero se interpone entre nosotros este secreto, y ya no podremos ser los mismos mientras no lo aclaremos.

-Señor Munro, tenga la amabilidad de exponerme los hechos.

-dijo Holmes, con cierta impaciencia.

-Voy a decirle lo que yo sé de la vida anterior de Effie. Era viuda cuando yo la conocí, aunque muy joven, pues sólo tenía veinticinco años. Su apellido de entonces era señora Hebron. Marchó a Norteamérica siendo joven y residió en la ciudad de Atlanta, donde contrajo matrimonio con este Hebron, que era abogado con buena clientela. Tenían una hija única pero se declaró en la población una grave epidemia de fiebre amarilla y murieron ambos el marido y la niña. Yo he visto el certificado de defunción del marido. Esto hizo que ella sintiese disgusto de vivir en América. Regresó a Middlesex, donde vivió con una tía soltera en Pinner. No estará de más que diga que su madre la dejó en una posición bastante buena y que disponía de un capital de unas cuatro mil quinientas libras, tan bien invertidas por él, que le producía una renta media del siete por ciento. Cuando yo conocí a mi mujer ella llevaba sólo seis meses en Pinner, -nos enamoramos el uno del otro y nos casamos pocas semanas más tarde.

Yo soy un comerciante de lúpulo, y como tengo un ingreso de setecientas a ochocientas libras al año, nuestra situación era próspera y alquilamos en Norbury un lindo chalet por ochenta libras

anuales. Teniendo en cuenta lo cerca que vivíamos de la capital, nuestro pequeño pueblo resulta muy campero. Poco antes de nuestra casa hay un mesón y dos casas; al otro lado del campo que tenemos delante hay una casita aislada; fuera de éstas no se encuentran más casas hasta llegar a la mitad de camino de la estación. La índole de mi negocio me llevaba a la capital en determinadas estaciones, pero el trabajo aflojaba durante el verano y entonces mi esposa y yo vivíamos en nuestra casa todo lo felices que se puede desear. Le aseguro a usted que jamás hubo entre nosotros una sombra hasta que empezó este condenado asunto de ahora.

Antes de pasar adelante tengo que decirle una cosa. Cuando nos casamos, mi mujer me hizo entrega de sus bienes..., bastante a disgusto mío, porque yo comprendía que si mis negocios me iban mal, la situación resultaría bastante molesta. Sin embargo, ella se empeñó, y así se hizo. Pues bien, hará seis semanas ella vino a decirme:

-Jack, cuando te hiciste cargo de mi dinero me dijiste que siempre que yo necesitase una cantidad debía pedírtela.

-Claro que sí, porque todo él es tuyo -le contesté.

-Pues bien: necesito cien libras -me dijo ella.

Me causó gran sorpresa aquello, porque yo creí que se trataría simplemente de un vestido nuevo o de algo por el estilo, y le pregunté:

-¿Para qué diablos las quieres?

-Mira -me dijo ella, juguetona-, me dijiste que tú eras únicamente mi banquero, y ya sabes que los banqueros no hacen nunca preguntas.

-Naturalmente que tendrás ese dinero, si verdaderamente lo quieres.

-¡Oh!, sí, lo quiero.

-¿Y no quieres decirme para qué lo necesitas?

-Quizá te lo diga algún día Jack, pero no por el momento.

Tuve, pues, que conformarme con eso, aunque era la primera vez que surgía entre nosotros un secreto. Le di un cheque, y ya no volví a pensar más en el asunto. Quizá nada tenga que ver con lo que vino después, pero me pareció justo contárselo.

Pues bien: hace un momento les he dicho que no lejos de nuestro chalet hay una casita aislada. Nos separa nada más que un campo; pero si se quiere ir hasta allí es preciso tomar por la carretera y meterse luego por un sendero. Al final del sendero hay un lindo bosquecillo de pinos albares, y a mí me gustaba mucho ir paseando hasta ese lugar, porque los árboles son siempre cosa simpática. La casita aquella llevaba sin habitar los últimos ocho meses, y era una lástima, porque se trata de un lindo edificio de dos pisos, con un pórtico al estilo antiguo, rodeado de madre selvas. Yo lo contemplé muchas veces pensando que era una linda casita para hacer en ella un hogar.

Pues bien: el lunes pasado iba yo al atardecer paseándome por ese camino, cuando me crucé con un carro de transporte, vacío, que volvía a la carretera por ese sendero, y vi junto al pórtico un montón de alfombras y de enseres amontonados en la cespidera. Era evidente que la casita se había alquilado por fin. Pasé por delante de ella y me detuve a examinarla, como pudiera hacerlo un desocupado, preguntándome qué clase de gente sería la que venía a vivir cerca de nosotros. Estando mirando, advertí que desde una de las ventanas del piso superior me estaba acechando una cara.

Yo no sé, señor Holmes, qué tenía aquella cara; pero el hecho es que sentí un escalofrío por toda la espalda. Yo estaba un poco apartado, y por eso no pude distinguir bien sus facciones, pero era una cara que tenía un algo de antinatural y de inhumano. Esa fue la impresión que me produjo, y avancé rápidamente para poder examinar más de cerca a la persona que me estaba mirando. Pero, al hacer eso, la cara desapareció súbitamente, tan súbitamente como si alguien la hubiese apartado a viva fuerza para meterla en la oscuridad de la habitación. Permanecí durante cinco minutos meditando sobre lo ocurrido y esforzándome por analizar mis impresiones. No habría podido decir si la cara era de un hombre o de una mujer. Lo que se me había quedado impreso con más fuerza era su color. Un color amarillo lívido, apagado, con algo como rígido y yerto, dolorosamente antinatural. Me produjo tal turbación que resolví enterarme algo más acerca de los nuevos inquilinos de la casita. Me acerqué y llamé a la puerta, siendo ésta abierta en el acto por una mujer, alta y trasijada, de rostro duro y antipático.



-¿Qué desea usted? -preguntó con acento norteco.

-Soy el vecino de ustedes y vivo allí -le dije apuntando con un movimiento de mi cabeza hacia mi casa-. Veo que acaban de trasladarse aquí, y pensé que si puedo ayudarlos en algo...

-Cuando lo necesitemos, le pediremos ayuda -dijo, y me cerró la puerta en la cara.

Molesto por una respuesta tan descortés, volví la espalda y me encaminé a mi casa. Durante toda la velada, y a pesar de que yo me esforzaba por pensar en otras cosas, mi imaginación volvía siempre a aquella visión que yo había visto en la ventana y a la grosería de la mujer. Decidí no hablar nada a mi esposa de aquella aparición, porque es de temperamento nervioso y muy excitado, y yo no quería que participase de la molesta impresión que a mí me había producido. Sin embargo, le comuniqué antes de dormirme que la casita se había alquilado, a lo que ella no contestó.

Yo soy por lo general hombre de sueño muy pesado. En la familia siempre bromean diciéndome que no había nada capaz de despertarme durante la noche; pero lo cierto es que precisamente aquella noche, ya fuese por la ligera excitación que me había producido mi pequeña aventura, o por otra causa, que yo no lo sé, lo cierto es, digo, que mi sueño fue más ligero que de costumbre. Y entre mis sueños tuve una confusa sensación de que algo ocurría en mi cuarto; me fui despertando gradualmente hasta caer en la cuenta de que mi esposa se había vestido y se estaba echando encima el abrigo y el sombrero. Abrí los labios para murmurar algunas palabras, adormilado, de sorpresa y de reconvención por una cosa tan a destiempo, cuando de pronto mis ojos entreabiertos cayeron sobre su cara, iluminada por la luz de una vela. El asombro me dejó mudo. Tenía ella una expresión como jamás yo la había visto hasta entonces..., una expresión de la que yo la habría creído incapaz.- Estaba mortalmente pálida y respiraba agitadamente; mientras se abrochaba el abrigo, dirigía miradas furtivas hacia la cama para ver si me había despertado. Luego, creyéndose todavía dormido, se deslizó con mucho tiento fuera de la habitación, y a los pocos momentos llegó a mis oídos un agudo rechinar que sólo podía ser producido por los goznes de la puerta delantera. Me senté en la cama y di con mis nudillos en la barandilla de la misma para cerciorarme de que estaba verdaderamente despierto. Luego saqué mi reloj de debajo de la almohada. Eran las tres de la madrugada ¿Qué diablos podía estar haciendo mi esposa en la carretera a las tres de la madrugada?

Llevaba sentado unos veinte minutos, dándole vueltas en mi cerebro al asunto, y procurando encontrarle una posible explicación. Cuanto más lo pensaba, más extraordinario y más inexplicable me parecía. Todavía estaba tratando de solucionar el enigma, cuando oí que la puerta volvía a cerrarse con mucho tiento, y acto seguido los pasos de mi mujer que subía por las escaleras:

-¿Dónde diablos has estado, Effie? -le pregunté al entrar ella.

Al oírme hablar dio un violento respingo y lanzó un grito que parecía de persona que se ha quedado sin habla. Ese grito y aquel sobresalto me turbaron aún más, porque había en ambos una sensación indescriptible de culpabilidad. Mi esposa se había portado siempre con sinceridad y franqueza, y me dio un escalofrío al verla penetrar furtivamente en su propia habitación y dejar escapar un grito y dar un respingo cuando su marido habló.

-¿Tú despierto, Jack? -exclamó con risa nerviosa-. Yo creí que no había nada capaz de despertarte.

-¿Dónde has estado? -le pregunté con mayor serenidad.

-No me extraña que te sorprendas -me dijo, y yo pude ver que sus dedos temblaban al soltar los cierres de su capa-. No recuerdo haber hecho otra cosa igual en toda mi vida. Lo que me ocurrió fue que sentí como que me ahogaba, y que tuve un ansia incontenible de respirar aire puro. Creo firmemente que de no haber salido fuera, me habría desmayado. Permanecí en la puerta algunos minutos, y ya me he repuesto.

Mientras hacía este relato no miró ni una sola vez hacia donde yo estaba, y el tono de su voz era completamente distinto del corriente. Vi claro que lo que decía era falso. Nada le contesté, pero me volví hacia la pared, con el corazón asqueado y el cerebro lleno de mil venenosas dudas y recelos.

¿Qué era lo que mi mujer me ocultaba? ¿Dónde estuvo durante aquella extraña excursión? Tuve la sensación de que ya no volvería a gozar de paz mientras no lo supiese, y, sin embargo, me abstuve de hacerle más preguntas después que ella me contó una falsedad. En todo el resto de aquella noche no hice sino revolverme y dar saltos en la cama, haciendo hipótesis y más hipótesis, todas ellas a cuál más inverosímiles.

Tenía necesidad de ir aquel día a la City, pero mis pensamientos estaban demasiado revueltos para poder atender a los negocios. Mi mujer parecía tan trastornada como yo, y las rápidas miradas escrutadoras que a cada momento me dirigía, me hicieron comprender que ella se daba cuenta de que yo no creía sus explicaciones, y que ella no sabía qué hacer.

Apenas si durante el desayuno cambiamos algunas palabras, e inmediatamente después salí yo a dar un paseo a fin de poder meditar, oreado por el aire puro de la mañana, en lo ocurrido.

Llegué en mi paseo hasta el Crystal Palace, pasé una hora en sus terrenos y regresé a Norbury para la una de la tarde. Mi caminata me llevó casualmente por delante de la casita de campo, y me detuve un instante para ver si conseguía ver por alguna ventana a aquella extraña cara que el día anterior me había estado mirando. ¡Imagínese, señor Holmes, mi sorpresa cuando mientras yo miraba, se abrió la puerta y salió por ella mi esposa!

Al verla me quedé mudo de asombro, pero mis emociones no eran nada comparadas con las que exteriorizó su cara cuando nuestras miradas se encontraron. En el primer momento pareció querer echarse hacia atrás y meterse de nuevo en la casa, pero luego, al ver que todo ocultamiento era inútil, avanzó palidísima y con una mirada de susto que desmentía la sonrisa de sus labios.

-¡Oh Jack! -me dijo-. Acababa de entrar en esa casa para ver si podía ser útil en algo a nuestros nuevos convecinos. ¿Por qué me miras de ese modo, Jack? ¿Verdad que no estás enojado conmigo?

-¿De modo que es ahí donde fuiste la noche pasada? -le dije.

-Pero ¿adónde vas a parar? -gritó ella.

-Tú viniste aquí. Estoy seguro de ello. ¿Qué gentes son esas para que tú tengas que visitarlas a una hora semejante?



-Yo no había venido aquí hasta ahora.

-¿Cómo puedes decirme una cosa que tú sabes que es falsa? -exclamé yo-. Si hasta la voz se te altera cuando hablas. ¿Tuve yo alguna vez un secreto para ti? Entraré en esa casa y veré lo que hay en el fondo de todo eso.

-¡No, Jack; no lo hagas, por amor de Dios!--dijo ella, jadeante y sin poder dominar su emoción.

Y al ver que yo me acercaba a la puerta, me agarró de la manga y tiró de mí hacia atrás con energía convulsiva:

-Jack, yo te suplico que no hagas eso. Te juro que algún día te lo contaré todo; pero tu entrada en esa casa sólo puede acarrear desdichas.

Y como intentase librarme de ella, se aferró a mí, y llegó en sus súplicas hasta desvariar.

-Ten fe en mí, Jack --exclamó--. Ten fe en mí, por esta vez. No tendrás nunca motivos para arrepentirte. Sabes que yo no soy capaz de tener un secreto como no sea en bien de ti mismo. Están en juego aquí para siempre nuestras vidas. Si vienes a nuestra casa conmigo, nada malo ocurrirá. Si entras a la fuerza en esta casita, todo habrá terminado entre nosotros.

Tenían sus palabras tal ansiedad y delataban sus maneras tal desesperación, que conseguieron detenerme, y me quedé indeciso delante de la puerta.



-Tendré fe en ti con una condición, y sólo con una condición

-dije, al fin-. Todos esos manejos misteriosos deben terminar ahora mismo. Eres libre de guardar tu secreto, pero has de prometerme que no habrá más visitas nocturnas, ni más andanzas a espaldas mías. Estoy dispuesto a olvidar los hechos pasados, a condición de que me prometas que no volverán a repetirse en adelante.

-Estaba segura de que tendrías fe en mí -exclamó, dando un gran suspiro de alivio-. Se hará como tú lo deseas. ¡Vámonos de aquí! ¡Oh, vámonos de aquí hasta nuestro hogar! -me alejó de la casita, sin dejar de tirar de mi manga.

Mientras íbamos caminando, volví yo la vista hacia atrás, y allí estaba aquella cara amarilla y cadavérica, mirándonos desde la venta del piso alto. ¿Qué eslabón podía unir a aquel ser y a mí esposa? ¿O cómo aquella mujer ruda y grosera estaba ligada a Effie? Era aquél un enigma extraño, y yo estaba seguro de que no podría sosegar hasta haberlo aclarado.

Permanecí sin salir de casa dos días, y pareció que mi mujer cumplía lealmente nuestro compromiso; no salió a la calle ni una sola vez, por lo que yo supe. Sin embargo, al tercer día tuve pruebas sobradas de que ni siquiera una solemne promesa bastaba para impedir que aquella influencia secreta la arrastrase, alejándola de su marido y de su deber.

Yo vine ese día a la capital; pero regresé con el tren de las dos y cuarenta, en vez de hacerlo, como es mi costumbre, con el de las tres y treinta y seis. Al entrar yo en mi casa, acudió la doncella presurosa al vestíbulo, con la cara sobresaltada.

-¿Dónde está la señora? -le pregunté.

-Creo que ha salido a dar un paseo -me contestó.

Se me llenó el alma instantáneamente de celos. Corrí al piso superior para cerciorarme de que no estaba en la casa. Una vez arriba, miré casualmente por una de las ventanas, y vi que la doncella con la que yo acababa de hablar corría a campo traviesa en dirección a la casita. Comprendí con exactitud lo que había ocurrido. Mi esposa había ido allí, dejando encargo a la criada de que se le avisase si yo regresaba. Eché a correr escaleras abajo, ardiendo en ira, y tiré a campo traviesa, resuelto a terminar de una vez para siempre con aquel asunto. Vi que mi mujer y la doncella venían a toda prisa por el sendero, pero no me detuve a hablar con ella. Era en la casa donde estaba el secreto que ensombrecía mi vida. Me juré que dejaría de serlo, ocurriese lo que ocurriese. Ni siquiera llamé al llegar a la casa. Hice girar el manillar de la puerta y me abalancé pasillo adelante.

Todo era quietud y silencio en la planta baja. Una olla cantaba puesta al fuego en la cocina, y un gatito negro dormía acurrucado dentro de un canasto, pero no había ni rastro de la mujer que yo había visto en una ocasión anterior. Corrí a la otra habitación, y también la encontré vacía. Me precipité entonces escaleras arriba, sólo para encontrarme con que las dos habitaciones estaban vacías y desiertas. No había nadie en toda la casa. Mobiliario y cuadros eran de lo más corriente y vulgares, salvo los de la habitación en cuya ventana yo había visto la cara extraña. Esta habitación era cómoda y elegante, y todas mis sospechas se inflamaron hasta convertirse en una hoguera furiosa y violenta cuando descubrí, encima de la repisa de la chimenea, una fotografía, a todo tamaño, de mi mujer, que había sido hecha, a petición mía, sólo tres meses antes.

Permanecí dentro de la casa todo el tiempo necesario para convencerme de que estaba vacía en absoluto. Luego la dejé, sintiendo sobre mi corazón un peso como jamás lo había sentido. Al entrar yo en casa, mi mujer salió al vestíbulo; pero yo me encontraba demasiado dolido y enojado para hablar con ella. La aparté a un lado y me metí en mi despacho. Sin embargo, ella se metió detrás de mí, antes que yo pudiera cerrar la puerta.



-Me pesa el haber roto mi promesa, Jack -me dijo entonces-. Pero estoy segura de que me lo perdonarías si lo supieses todo.

-Cuéntamelo, pues.

-¡No puedo, Jack, no puedo! -exclamó ella

-No puede existir confianza alguna entre nosotros dos mientras no me expliques quién vive en esa casita y

a quién has dado tu fotografía -le contesté, me aparté de ella y abandoné mi casa.

Eso ocurrió ayer, señor Holmes, y desde entonces no he vuelto a ver a mi esposa, y nada más he sabido de este extraño suceso. Es la primera sombra que se ha interpuesto entre nosotros, y me ha trastornado de tal manera, que no sé lo que más me conviene hacer. Esta mañana se me ocurrió de pronto que era usted el hombre indicado para aconsejarme, me he dado prisa en venir y me pongo sin reservas entre sus manos. Por encima de todo, le suplico que me diga rápidamente qué es lo que debo hacer, porque esta calamidad me resulta insoportable.

Holmes y yo habíamos escuchado con el máximo interés tan extraordinario relato, hecho de la manera nerviosa e inconexa propia de una persona que se encuentra bajo la influencia de una emoción extremada. Mi compañero permaneció algún tiempo sentado y en silencio, con la barbilla apoyada en la mano, perdido en sus pensamientos.

-Veamos -dijo al fin-. ¿Podría usted jurar que la cara que vio en la ventana era la de un hombre?

-Me sería imposible afirmar tal cosa, porque siempre que la vi fue desde bastante distancia

-Sin embargo, la impresión que a usted le produjo fue de desagrado.

-No parecía ser el suyo un color natural, y mostraba además una rara rigidez de facciones. Cuando me acerqué, la cara desapareció como de un tirón.

-¿Cuánto tiempo hace que su señora le pidió las cien libras?

-Cerca de dos meses.

-¿Ha visto usted en alguna ocasión una fotografía de su primer marido?

-No; muy poco después de la muerte de éste hubo en Atlanta un gran incendio, y quedaron destruidos todos los documentos de mi esposa.

-Pero ella conservaba un certificado de defunción. Usted ha dicho que lo vio con sus propios ojos ¿no es así?

-Sí; ella consiguió un certificado después del incendio.

-¿Ha tratado usted con alguna persona que conociera a su esposa en Norteamérica?

-No.

-¿Le ha hablado en alguna ocasión de volver por aquel país?

-No.

-¿Tampoco ha recibido cartas de allí?

-No, que yo sepa.

-Gracias. Desearía poder meditar un poco más sobre el asunto. Si la casita en cuestión se halla deshabitada constantemente, quizá tengamos alguna dificultad. Por otro lado, si sus moradores fueron advertidos por alguien de que usted iba a presentarse allí, y eso es lo que yo me imagino, y se marcharon ayer antes de que usted llegase, entonces es posible que estén ya de regreso, y podríamos aclararlo todo con facilidad. Permítame, pues, que le aconseje que regrese a Norbury y que vuelva a fijarse en las ventanas de la casita. Si usted llega a la convicción de que la casa está habitada, no entre en ella a la fuerza y envíenos un telegrama a mi amigo y a mí. A la hora de recibirlo estaremos con usted, y nos costará muy poco tiempo llegar al fondo del asunto.

-¿Y si la casa sigue vacía?

-En ese caso iremos a visitarlo a usted mañana, y charlaremos del asunto. Adiós, y por encima de todo, no se preocupe hasta que esté seguro de que tiene razón sería para ello.

-Me temo, Watson, que este negocio resulte desagradable -dijo -mi compañero, después de acompañar al señor Grant Munro hasta la puerta-. ¿Usted qué ha sacado en limpio?

-A mí me sonó a cosa fea- contesté.

-En efecto. O mucho me equivoco o hay en el fondo un caso de chantaje.

-Pero ¿quién es el chantajista?

-Pues verá usted: debe de ser esa persona que vive en la única habitación cómoda de la casita de campo y que tiene la fotografía de la señora encima de la repisa de la chimenea. Le aseguro, Watson, que en eso de la cara cadavérica de la ventana hay algo muy atrayente, y que por nada del mundo querría haberme perdido este caso.

-¿Tiene usted formada ya una teoría?

-Sí, una teoría provisional. Pero me sorprendería que no resulte correcta. En esa casita está el primer marido de esta señora

-¿Por qué piensa usted semejante cosa?

-¿Cómo podemos explicar de otra manera la ansiedad febril de que su segundo marido no entre allí? Los hechos, tal como yo los veo, son, más o menos, así: esta mujer se casó en Norteamérica. Su marido resultó tener ciertas cualidades odiosas, o quizá estemos en lo cierto diciendo que contrajo alguna enfermedad repugnante, y resultó ser leproso o idiota. Ella, entonces, huyó de su lado, regresó a Inglaterra, cambió de nombre e inició de nuevo, ella al menos así lo creía, su vida. Llevaba ya aquí casada tres años, y se creía en una situación completamente segura... porque había mostrado a su marido el certificado de defunción de algún hombre cuyo apellido ella se había apropiado... De pronto el primer marido, o también cabe suponer, alguna mujer falta de escrúpulos que se había unido al inválido, descubrió el paradero suyo. Escribieron a la señora Munro y la amenazaron con presentarse y ponerla en la picota. Ella pide entonces cien libras, e intenta comprar su silencio. A pesar de todo, ellos vienen a Inglaterra. Cuando el señor trae casualmente a colación la noticia de que en la casita hay gente nueva, la señora sabe ya, de una manera u otra, que se trata de sus perseguidores. Entonces espera a que su marido esté dormido, y sale de casa precipitadamente para tratar de convencerlos de que la dejen en paz. No habiendo tenido éxito, vuelve otra vez, a la mañana siguiente, y es entonces cuando su marido tropieza con ella en el momento en que salía de la casita, tal como él nos lo ha explicado. La mujer le promete entonces que no volverá a ir, pero dos días más tarde el anhelo de desembarazarse de aquellos vecinos temibles se impone a ella con demasiada fuerza, y hace otra tentativa, llevando la fotografía, que es probable le hubiesen exigido antes. Cuando se hallan en esa entrevista, llega corriendo la doncella para anunciar que el amo está de regreso; la esposa, entonces, segura de que aquél irá derecho a la casita, hace salir apresuradamente a sus moradores por la puerta trasera, y ellos se esconden probablemente en el bosquecillo de pinos albares que, según dijo antes, hay cerca de allí. De ese modo el marido se encuentra con la casa desierta. Sin embargo, me sorprendería muchísimo que siga estándolo cuando el señor Munro lleve a cabo esta noche su reconocimiento. ¿Qué opina usted de mi teoría?

-Que toda ella es una pura suposición.

-Por lo menos con ella se explican todos los hechos. Tendremos tiempo de rectificarla cuando lleguen a nuestro conocimiento otros hechos nuevos que no quepan en la misma. Por ahora no podemos hacer otra cosa hasta que recibamos un nuevo mensaje de nuestro amigo de Norbury.

No tuvimos que esperar mucho. Nos llegó en el momento que acabábamos de tomar el té. El mensaje decía

«La casita sigue habitada. He vuelto a ver la cara en la ventana. Saldré a la llegada del tren de las siete, y no daré ningún paso hasta entonces.»

Nos esperaba en el andén cuando nosotros nos apeamos, y pudimos ver, a la luz de las lámparas de la estación, que se hallaba muy pálido y que temblaba de excitación.

-Señor Holmes, siguen allí -dijo, apoyando una mano en el brazo de mi amigo-. Cuando venía para aquí vi las luces. Ahora lo pondremos todo en claro de una vez y para siempre.

-¿Qué plan tiene usted, según eso? -preguntó Holmes, mientras avanzábamos por la carretera, oscura y bordeada de árboles.

-Voy a entrar a la fuerza, y veré con mis propios ojos quién hay dentro de la casa. Quisiera que ustedes dos estuvieran allí en calidad de testigos.

-¿Está usted completamente resuelto a ello, no obstante la advertencia de su esposa de que es preferible que usted no aclare ese misterio?

-Sí, estoy resuelto.

-Yo creo que hace usted bien. Es preferible la verdad, cualquiera que sea, a una duda indefinida. Lo mejor que podemos hacer es llegarnos allí ahora mismo. Mirando las cosas desde el punto de

vista legal, no cabe duda de que cometemos un acto indudablemente incorrecto; pero yo creo que vale la pena correr ese riesgo.

La noche era muy oscura, y empezaba a caer una fina llovizna, cuando desembocamos desde la carretera en un estrecho sendero, de profundas huellas y con setos a uno y otro lado. Sin embargo, el señor Grant Munro avanzó impaciente, y nosotros le seguimos a trompicones lo mejor que pudimos.

-Aquellas luces son las de mi casa -nos dijo por lo bajo, apuntando hacia un leve resplandor que se veía entre los árboles-, y aquí tenemos la casita en la que yo voy a entrar.

Al decir esto, doblamos un recodo del sendero y nos encontramos muy cerca del edificio en cuestión. Una franja amarilla que cruzaba en sentido vertical el fondo negro nos mostró que la puerta no se hallaba cerrada del todo, y en el piso de arriba velase una ventana brillantemente iluminada. Al dirigir hacia ella nuestra vista, vimos cruzar por detrás del visillo una sombra negra borrosa

-Allí la tienen ustedes -exclamó Grant Munro-. Ya ven por sus propios ojos que en esa habitación hay alguien. Y ahora, síganme, y pronto lo sabremos todo.

Se acercó a la puerta, pero súbitamente salió de la oscuridad una mujer, y quedó dibujada por el foco luminoso de la lámpara. Yo no podía verle la cara en la oscuridad del contraluz, pero sí vi que ella alzaba los brazos en actitud de súplica

-¡Por amor de Dios, Jack, no entres! -gritó-. Tenía el presentimiento de que vendrías esta noche. Piénsalo mejor, corazón. Vuelve a tener fe en mí, y nunca tendrás que arrepentirte de ello.

-Effie, he tenido fe en ti demasiado tiempo -exclamó él con severidad-. ¡Suéltame! Tengo que seguir adelante. Mis amigos y yo vamos a poner en claro el asunto de una vez y para siempre.

Hizo a un lado a su esposa, y nosotros le seguimos, muy de cerca. Cuando abrió de par en par la puerta, corrió a cerrarle el paso una mujer anciana, pero él la hizo retroceder, y un instante después todos subíamos escaleras arriba. Grant Munro se abalanzó hacia el cuarto iluminado, y nosotros entramos pisándole los talones.

Era un cuartito acogedor y bien amueblado, con dos velas ardiendo encima de la mesa y otras dos encima de la repisa de la chimenea. En un ángulo, inclinada sobre un pupitre, se hallaba una persona, que parecía ser una muchachita. Cuando entramos, ella tenía vuelta la cara hacia otro lado, pero pudimos ver que vestía un vestido encarnado y tenía puestos unos guantes blancos y largos. Al darse media vuelta para mirarnos, yo dejé escapar un pequeño grito de sorpresa y horror. La cara que nos presentó era del más extraordinario color cadavérico y sus rasgos carecían en absoluto de expresión. Un instante después quedaba aclarado el misterio. Holmes, acompañando su acción con una risa, pasó sus manos por detrás de la oreja de la niña y arrancó de su cara la corteza de una máscara, presentándonos delante una niña negrita como el carbón, que mostraba todo el brillo de su blanca dentadura con una expresión divertida al ver el asombro pintado en nuestros rostros. La alegría de la niña hizo que rompiera yo a reír por un efecto de simpatía; pero Grant Munro permaneció inmóvil, asombrado, y agarrándose la garganta con la mano.



-¡Válgame Dios! ¿Qué puede significar esto? - exclamó.

-Yo te diré lo que significa -le gritó su mujer, entrando en la habitación con una expresión de orgullo y de firmeza en su rostro-. Me has obligado, contrariando mi propio criterio, a que te lo diga, y ya veremos cómo tú y yo podemos arreglarlo. Mi marido falleció en Atlanta. Mi hija le sobrevivió.

-¡Tu hija!

La señora Munro se sacó del pecho un gran medallón de plata, y dijo:

-Nunca lo has visto abierto.

-Yo tenía entendido que no se abría.

Ella apretó un resorte, y la parte delantera del medallón giró hacia atrás. En el interior había el retrato de un hombre, de gran belleza y expresión inteligente, pero cuyos rasgos llevaban el sello inconfundible de su raza africana.

-Este es John Hebron, de Atlanta--dijo la señora-, y no hubo jamás en el mundo un hombre más noble. Yo rompí con mi raza por casarme con él. Mientras él vivió yo no lamenté ni un instante ese matrimonio. Nuestra desgracia consistió en que la hija única que tuvimos sacó el parecido a la raza de mi marido más bien que a la mía. Es cosa que ocurre con frecuencia en semejantes matrimonios, y la pequeña Lucy salió más morena aún que su padre. Pero, morena o rubia, ella es mi hijita querida, y el cariño de su madre -la muchachita al oír esas palabras, cruzó corriendo el cuarto y se apretujó contra el vestido de la señora Munro. Esta agregó:

-Cuando vine de Norteamérica la dejé allí; pero fue únicamente porque andaba delicada de salud y el cambio de clima pudiera haberle perjudicado. La entregué al cuidado de una leal escocesa que había sido en tiempos sirvienta nuestra. Jamás pensé ni por un momento negar que ella fuese hija mía. Pero cuando la casualidad te puso a ti en mi camino, Jack, y aprendí a quererte, me entró miedo de hablarte acerca de mi hija. Que Dios me perdone. Temía perderte, y me faltó valor entonces para confesártelo. Me veía en la necesidad de escoger entre vosotros dos, y tuve la flaqueza de alejarme de mi hijita. He mantenido oculta su existencia durante tres años para que tú no lo supieses, pero recibía noticias de su niñera y sabía que vivía bien. Sin embargo, acabó por apoderarse de mí un abrumador deseo de volver a estar con mi hija. Luché contra ese deseo, pero fue en vano. Aunque sabía el peligro a que me exponía, decidí que viniese mi hija, aunque sólo fuese por algunas semanas. Envié un centenar de libras a la niñera, y le di instrucciones acerca de la casita, a fin de que pudiera venir como vecina sin que yo apareciese en modo alguno como relacionada con ella. Llevé mis precauciones hasta el punto de darle orden de que no dejase salir de casa durante el día a la niña y de que le cubriese la carita y las manos de manera que ni aún quienes la veían en la ventana pudiesen chismorrear con la noticia de que había una niña negra en la vecindad. Si no hubiese tomado tantas precauciones, quizá hubiese demostrado una prudencia mayor pero me volvía medio loca el temor de que tú averiguases la verdad. Fuiste tú quien primero me anunció que la casita estaba ocupada. Yo habría esperado hasta la mañana, pero no pude dormir del nerviosismo, y acabé escabulléndome fuera, sabedora de que era muy difícil que tú te despertases. Pero me viste, marchar, y allí empezaron todas mis dificultades. Al siguiente día estaba mi secreto a merced tuya; pero tú te abstuviste noblemente de llevar adelante tu ventaja. Sin embargo, tres días más tarde la niñera y la niña tuvieron el tiempo justo para escapar por la puerta trasera en el momento en que tú te metías en casa por la puerta delantera. Y esta noche lo has sabido por fin todo. Ahora yo te pregunto qué va a ser de nosotros, de mi niña y de mí.

La señora Munro entrelazó las manos en ademán de súplica y esperó la contestación.

Pasaron dos largos minutos antes de que Grant Munro rompiese el silencio, y cuando contestó, lo hizo con una respuesta de la que a mí me agrada hacer memoria. Alzó del suelo a la niña, la besó, y luego, siempre con ella en brazos, alargó la otra mano a su esposa y dio media vuelta en dirección a la puerta.



-Podemos hablar de todo esto con más comodidad en nuestra casa dijo-. Effie, yo no soy un hombre muy bueno; pero creo, con todo, que soy mejor de lo que tú me has juzgado.

Holmes y yo bajamos tras ellos hasta salir al sendero, y mi amigo me tiró de la manga en el momento en que cruzamos la puerta, diciéndome:

-Estoy pensando que seremos más útiles en Londres que en Norbury.

Ya no volvió a hablar una palabra de aquel caso hasta muy entrada la noche, en el momento en que, con la palmatoria encendida en la mano, se dirigía a su dormitorio.

-Watson -me dijo-, si en alguna ocasión le parece que yo me muestro demasiado confiado en mis facultades, o si dedico a un caso un esfuerzo menor del que se merece, tenga usted la amabilidad de cuchichearme al oído la palabra Norbury, y le quedaré infinitamente agradecido.

LA CASA DEL JUEZ

BRAM STOKER

Próxima la época de exámenes, Malcolm Malcolmson decidió ir a algún lugar solitario donde poder estudiar sin ser interrumpido. Temía las playas por su atractivo, y también desconfiaba del aislamiento rural, pues conocía desde hacía mucho tiempo sus encantos. Lo que buscaba era un pequeño pueblo sin pretensiones donde nada le distrajera del estudio. Refrenó sus deseos de pedir consejo a algún amigo, pues pensó que cada uno le recomendaría un sitio ya conocido donde, indudablemente, tendría amigos. Malcolmson deseaba evitar las amistades, y todavía tenía menos deseos de establecer contacto con los amigos de los amigos. Así que decidió buscar por sí mismo el lugar. Hizo su equipaje, tan sólo una maleta con un poco de ropa y todos los libros que necesitaba, y compró un billete para el primer nombre desconocido que vio en los itinerarios de los trenes de cercanías.

Cuando al cabo de tres horas de viaje se bajó en Benchurch, se sintió satisfecho de lo bien que había conseguido borrar sus pistas para poder disponer del tiempo y la tranquilidad necesarios para proseguir sus estudios. Acudió de inmediato a la única fonda del pequeño y soñoliento lugar, y tomó una habitación para la noche. Benchurch era un pueblo donde se celebraban regularmente mercados, y una semana de cada mes era invadido por una enorme muchedumbre; pero durante los restantes veintinueve días no tenía más atractivos que los que pueda tener un desierto.

Al día siguiente de su llegada, Malcolmson buscó una residencia aún más aislada y apacible que una fonda tan tranquila como «El Buen Viajero». Sólo encontró un lugar que satisfacía realmente sus más exageradas ideas acerca de la tranquilidad. Realmente, tranquilidad no era la palabra más apropiada para aquel sitio; desolación era el único término que podía transmitir una cierta idea de su aislamiento. Era una casa vieja, anticuada, de construcción pesada y estilo jacobino, con macizos gabletes y ventanas, más pequeñas de lo acostumbrado y situadas más alto de lo habitual en esas casas; estaba rodeada por un alto muro de ladrillos sólidamente construido. En realidad, daba más la impresión de un edificio fortificado que de una simple vivienda. Pero todo esto era lo que le gustaba a Malcolmson. «He aquí —pensó— el lugar que estaba buscando, y sólo si lo consigo me sentiré feliz.» Su alegría aumentó cuando se dio cuenta que estaba sin alquilar en aquel momento.

En la oficina de correos averiguó el nombre del agente, que se sorprendió mucho al saber que alguien deseaba ocupar parte de la vieja casona. El señor Carnford, abogado local y agente inmobiliario, era un amable caballero de edad avanzada que confesó con franqueza el placer que le producía el que alguien deseara alquilar la casa.

—A decir verdad —señaló—, me alegraría mucho, por los dueños, naturalmente, que alguien ocupase la casa durante años, aunque fuera de forma gratuita, si con ello el pueblo pudiera acostumbrarse a verla habitada. Ha estado vacía durante tanto tiempo que se ha levantado una especie de prejuicio absurdo a su alrededor, y la mejor manera de acabar con él es ocuparla..., aunque sólo sea —añadió, alzando una astuta mirada hacia Malcolmson— por un estudiante como usted, que desea quietud durante algún tiempo.

Malcolmson juzgó inútil pedir detalles al hombre acerca del «absurdo prejuicio»; sabía que sobre aquel tema podría conseguir más información en cualquier otro lugar. Pagó pues por adelantado el alquiler de tres meses, se guardó el recibo y el nombre de una señora que posiblemente se comprometería a ocuparse de él, y se marchó con las llaves en el bolsillo. De ahí fue directamente a hablar con la dueña de la fonda, una mujer alegre y bondadosa a la que pidió consejo acerca de qué clase y cantidad de víveres y provisiones necesitaría. Ella alzó las manos con estupefacción cuando él le dijo dónde pensaba alojarse.

—¡En la Casa del Juez no! —exclamó, palideciendo.

Él respondió que ignoraba el nombre de la casa, pero le explicó dónde estaba situada. Cuando hubo terminado, la mujer contestó:

—¡Sí, no cabe duda..., no cabe duda que es el mismo sitio! Es la Casa del Juez.

Entonces él le pidió que le hablase de la casa, por qué se llamaba así y qué tenía ella en contra. La mujer le contó que en el pueblo la llamaban así porque hacía muchos años (no podía decir exactamente cuántos, puesto que ella era de otra parte de la región, pero debían ser al menos unos cien o quizá más) había sido el domicilio de cierto juez que en su tiempo inspiró gran espanto a causa del rigor de sus sentencias y de la hostilidad con la que siempre se enfrentó a los acusados en su tribunal. Acerca de lo que había en contra de la casa no podía decir nada. Ella misma lo había preguntado a menudo, pero nadie la supo informar. De todos modos, el sentimiento general era que allí había *algo*, y ella por su parte no aceptaría ni todo el dinero del Banco de Drinkswater si a cambio se le pedía que permaneciera una sola hora a solas en la casa. Luego se excusó ante Malcolmson ante la posibilidad que sus palabras pudieran preocuparle.

—Es que esas cosas, señor, no me gustan nada, y además el que usted, un caballero tan joven, se vaya, y perdone que se lo diga, a vivir allí tan solo... Si fuera hijo mío, y perdone que se lo diga, no pasaría usted allí ni una [sola] noche, aunque tuviera que ir yo misma en persona y hacer sonar la gran campana de alarma que hay en el tejado.

La pobre mujer hablaba de buena fe, y con tan buenas intenciones, que Malcolmson, además de regocijado, se sintió conmovido. Le expresó cuánto apreciaba el interés que se tomaba por él y luego, amablemente, añadió:

—Pero mi querida señora Witham, le aseguro que no es necesario que se preocupe por mí. Un hombre que, como yo, estudia matemáticas superiores, tiene demasiadas cosas en la cabeza para que pueda molestarle ninguno de esos misteriosos «alcos»; por otra parte, mi trabajo es demasiado exacto y prosaico como para permitir que algún rincón de mi mente preste atención a misterios de cualquier tipo. ¡La progresión armónica, las permutaciones, las combinaciones y las funciones elípticas son ya misterios suficientes para mí!

La señora Witham se encargó amablemente de suministrarle provisiones, y él fue en busca de la vieja que le habían recomendado para «ocuparse de él». Cuando, al cabo de unas dos horas, regresó con ella a la Casa del Juez, se encontró con la señora Witham, que le esperaba en persona, junto con varios hombres y chiquillos portadores de diversos paquetes, e incluso de una cama que habían transportado en una carreta, puesto que, como dijo ella, aunque era posible que las sillas y las mesas estuvieran todas muy bien conservadas y fueran utilizables, no era bueno ni propio de huesos jóvenes descansar en una cama que no había sido oreada desde hacía por lo menos cincuenta años. La buena mujer sentía a todas luces curiosidad por ver el interior de la casa, y recorrió todo el lugar,

pese a manifestarse tan temerosa de los «algos» que al menor ruido se aferraba a Malcolmson, del cual no se separó ni un solo instante.

Tras examinar la casa, Malcolmson decidió ocupar el gran comedor, que era lo suficientemente espacioso como para satisfacer todas sus necesidades; y la señora Witham, con ayuda de la señora Dempster, la asistenta, procedió a ordenar las cosas. Una vez desempaquetados los bultos, Malcolmson vio que, con mucha y bondadosa previsión, la mujer le había enviado de su propia cocina provisiones suficientes para varios días. Antes de marcharse, la mujer expresó toda clase de buenos deseos y, ya en la misma puerta, se volvió para decir:

—Quizá, señor, puesto que la habitación es grande y con muchas corrientes de aire, puede que no le venga mal instalar uno de esos biombos grandes alrededor de la cama por la noche... Pero, la verdad sea dicha, yo me moriría de miedo si tuviera que quedarme aquí encerrada con toda esa clase de..., ¡de «cosas» que asomarán sus cabezas por los lados o por encima del biombo y se pondrán a mirarme!

La imagen que acababa de evocar fue excesiva para sus nervios y huyó precipitadamente.

La señora Dempster, con aires de superioridad, lanzó un despectivo resoplido cuando se hubo ido la otra mujer y afirmó categóricamente que ella por su parte no se sentía en absoluto inclinada a atemorizarse ni ante todos los duendes del mundo.

—Le diré a usted lo que pasa, señor —dijo—. Los duendes son toda clase de cosas..., ¡menos duendes! Ratas, ratones y escarabajos; y puertas que crujen, y tejas caídas, y tiradores de cajones que aguantan firmes cuando usted tira de ellos y luego se caen solos en medio de la noche. ¡Observe el zócalo de la habitación! ¡Es viejo..., tiene cientos de años! ¿Cree usted que no va a haber ratas y escarabajos ahí detrás? ¡Claro que sí! ¿E imagina usted que no va a verlos? ¡Claro que no! Las ratas son los duendes, se lo digo yo, y los duendes son las ratas..., ¡y no crea otra cosa!

—Señora Dempster —dijo gravemente Malcolmson con una pequeña inclinación de cabeza—, ¡sabe usted más que un catedrático de matemáticas! Permítame decirle que, en señal de mi estima hacia su indudable salud mental, cuando me vaya le daré la posesión de esta casa y le permitiré que resida aquí usted sola durante los dos últimos meses de mi alquiler, puesto que las cuatro primeras semanas bastarán para mis propósitos.

—¡Muchas gracias por su amabilidad, señor! —respondió ella—. Pero no puedo dormir ni una noche fuera de mi dormitorio: vivo en la Casa de Caridad Greenhow, y si pasara una sola noche fuera de mis habitaciones perdería todos los derechos de seguir viviendo allí. Las reglas son muy estrictas, y hay demasiada gente esperando una vacante para que yo me decida a correr el menor riesgo. Si no fuera por esto, señor, vendría con mucho gusto a dormir aquí para atenderle durante su estancia.

—Mi buena señora —dijo apresuradamente Malcolmson—, he venido aquí con el propósito de estar solo, y créame que le estoy profundamente agradecido al difunto señor Greenhow por haber organizado su casa de caridad, o lo que sea, de forma tan admirable que me vea privado por la fuerza de la oportunidad de tan terrible tentación. ¡San Antonio en persona no habría podido ser más rígido al respecto!

La vieja se rió secamente.

—¡Ah! —dijo—, ustedes los señoritos jóvenes no se asustan de nada. Puede estar seguro que encontrará aquí toda la soledad que desea.

Y se puso a trabajar en la limpieza y, al anochecer, cuando Malcolmson regresó de dar su paseo (siempre llevaba uno de sus libros para estudiar mientras paseaba), se encontró con la habitación barrida y aseada, un fuego ardiendo en la chimenea y la mesa servida para la cena con las excelentes provisiones de la señora Witham.

—¡Esto sí es comodidad! —dijo mientras se frotaba las manos.

Tras terminar de cenar y poner la bandeja con los restos de la cena al otro extremo de la gran mesa de roble, volvió a sus libros: echó más leña al fuego, despabiló la lámpara y se sumergió en su duro trabajo. No hizo ninguna pausa hasta más o menos las once, cuando suspendió su tarea durante unos momentos para avivar el fuego y despabilar de nuevo la lámpara y hacerse una taza de té. Siempre había sido muy aficionado al té; durante toda su vida universitaria solía quedarse estudiando hasta muy tarde, y siempre tomaba té y más té hasta que dejaba de estudiar. El descanso era un lujo para él, y lo disfrutaba con una sensación de delicioso y voluptuoso desahogo. El fuego reavivado saltó y chisporroteó y proyectó extrañas sombras en la vasta y antigua habitación y, mientras tomaba a sorbos el té caliente, gozó con la sensación de aislamiento de sus semejantes. Fue entonces cuando notó por primera vez el ruido que hacían las ratas.

«Seguro que no han hecho tanto ruido durante todo el tiempo que he estado estudiando —pensó—. ¡De lo contrario me hubiera dado cuenta!» Luego, mientras el ruido iba en aumento, se tranquilizó diciéndose que aquellos rumores eran realmente nuevos. Resultaba evidente que al principio las ratas se habían asustado por la presencia de un extraño y por la luz del fuego y de la lámpara, pero a medida que transcurría el tiempo se habían ido volviendo más atrevidas, y ya se hallaban entretenidas de nuevo en sus ocupaciones habituales.

¡Y eran realmente activas! ¡Subían y bajaban por detrás del zócalo que revestía la pared, por encima del cielo raso, por debajo del suelo, se movían, corrían, bullían, roían y arañaban! Malcolmson sonrió al recordar las palabras de la señora Dempster: «los duendes son las ratas y las ratas son los duendes». El té empezaba a hacer su efecto estimulante sobre nervios e intelecto, y el estudiante vio con alegría que tenía ante sí una nueva inmersión en el largo hechizo del estudio antes que terminase la noche, cosa que le proporcionó tal sensación de comodidad que se permitió el lujo de echar un ojeada por la habitación. Tomó la lámpara en una mano y recorrió la estancia, preguntándose por qué una casa tan original y hermosa como aquella había permanecido abandonada durante tanto tiempo. Los paneles de roble que recubrían las paredes estaban finamente labrados, y el trabajo en madera de puertas y ventanas era hermoso y de raro mérito. Había algunos cuadros viejos en las paredes, pero estaban tan densamente cubiertos de polvo y suciedad que no pudo distinguir ningún detalle a pesar que levantó la lámpara todo lo posible para iluminarlos. Aquí y allá, en su recorrido, topó con alguna grieta o agujero bloqueados por un momento por la cabeza de una rata, cuyos brillantes ojos relucían a la luz, pero al instante la cabeza desaparecía, con un chillido y un rumor de huida. Sin embargo, lo que más intrigó a Malcolmson fue la cuerda de la gran campana de alarma del tejado, que colgaba en un rincón de la estancia, a la derecha de la chimenea. Arrastró hasta cerca del fuego una gran silla de roble tallado y respaldo alto y se sentó para tomar su última taza de té. Cuando hubo terminado, avivó el fuego y volvió a su trabajo, sentado en la esquina de la mesa, con el fuego a su izquierda. Durante un buen rato las ratas perturbaron su estudio con su continuo rebullir, pero acabó por acostumbrarse al ruido, del mismo modo que uno se acostumbra al tic-tac de un reloj o al rumor de un torrente; y así se sumergió de tal forma en el trabajo que nada en

el mundo, excepto el problema que estaba intentando resolver, hubiera sido capaz de hacer mella en él.

Pero de pronto, sin haber conseguido resolverlo aún, levantó la cabeza: en el aire notó esa sensación tan peculiar que precede al amanecer y que tan temible resulta para los que llevan vidas dudosas. El ruido de las ratas había cesado. Desde luego, tenía la impresión que había cesado hacía tan sólo unos instantes, y que precisamente había sido este repentino silencio lo que le había obligado a levantar la cabeza. El fuego se había ido apagando, pero todavía arrojaba un profundo y rojo resplandor. Al mirar en esa dirección, y a pesar de toda su *sang froid*, sufrió un sobresalto.

Allí, sobre la silla de roble tallado y alto respaldo, a la derecha de la chimenea, había una enorme rata que le miraba fijamente con sus tristes ojillos. Hizo un gesto para ahuyentarla, pero la rata no se movió. Ante lo cual hizo ademán de arrojarle algo. Tampoco se movió, sino que le mostró encolerizada sus grandes dientes blancos; a la luz de la lámpara, sus crueles ojillos brillaban con una luz de venganza.

Malcolmson se asombró, y, tomando el atizador de la chimenea, corrió hacia la rata para matarla. Pero antes que pudiera golpearla, ésta, con un chillido que parecía concentrar todo su odio, saltó al suelo y, trepando por la cuerda de la campana de alarma, desapareció en la oscuridad donde no llegaba el resplandor de la lámpara, tamizado por una pantalla verde. Al instante, y eso fue lo más extraño, el ruidoso bullicio de las ratas tras los paneles de roble se reanudó.

Esta vez Malcolmson no consiguió sumergirse de nuevo en el problema; pero, cuando el gallo cantó afuera anunciando la llegada del alba, se fue a la cama a descansar.

Durmió tan profundamente que ni siquiera se despertó cuando llegó la señora Dempster para arreglar la habitación. Sólo lo hizo cuando la mujer, una vez barrida la estancia y preparado el desayuno, golpeó discretamente en el biombo que ocultaba la cama. Aún se sentía un poco cansado de su duro trabajo nocturno, pero una cargada taza de té lo despejó pronto y, tomando un libro, salió a dar su paseo matutino, llevándose consigo unos bocadillos por si no le apetecía volver hasta la hora de la cena. Encontró un sendero apacible entre los olmos, y allí pasó la mayor parte del día estudiando su Laplace. A su regreso pasó a saludar a la señora Witham y a darle las gracias por su amabilidad. Cuando ella le vio llegar a través de una ventana de su sanctasanctórum, emplomada con rombos de vidrios de colores, salió a la calle a recibirle y le pidió que pasase. Una vez dentro, le miró inquisitivamente y negó con la cabeza al tiempo que decía:

—No debe trabajar tanto, señor. Esta mañana está usted más pálido que otras veces. Estar despierto hasta tan tarde y con un trabajo tan duro para el cerebro no es bueno para nadie. Pero dígame, señor, ¿cómo ha pasado la noche? Espero que bien. ¡No sabe cuánto me alegré cuando la señora Dempster me dijo esta mañana que le había encontrado tan profundamente dormido cuando llegó!

—Oh, sí, todo ha sido estupendo —repuso él con una sonrisa—; todavía no me han molestado los «algos». Sólo las ratas. Tienen montado un auténtico circo por todo el lugar. Había una, de aspecto diabólico, que hasta se atrevió a subirse a mi propia silla, junto al fuego, y no se habría marchado de no haberla yo amenazado con el atizador; entonces trepó por la cuerda de la campana de alarma y desapareció allá arriba, por encima de las paredes o el techo; no pude verlo bien debido a la oscuridad.

—¡Dios nos asista! —exclamó la señora Witham—. ¡Un viejo diablo, y sobre una silla junto al fuego! ¡Tenga cuidado, señor! ¡Tenga mucho cuidado! A veces hay cosas muy verdaderas que se dicen en broma.

—¿Qué quiere usted decir? Palabra que no la comprendo.

—¡Un viejo diablo! El viejo diablo, quizá. ¡Oh, señor, no se ría usted! —pues Malcolmson había estallado en una franca carcajada—. Ustedes, la gente joven, creen que es muy fácil reírse de cosas que hacen estremecer a los viejos. ¡Pero no importa, señor! ¡No haga caso! Quiera Dios que pueda usted continuar riendo todo el tiempo. ¡Eso es lo que le deseo!

Y la buena señora rebotó de nuevo alegre simpatía, olvidados por un momento todos sus temores.

—¡Oh, perdóneme! —dijo entonces Malcolmson—. No me juzgue descortés, es que la cosa me ha hecho gracia..., eso que el viejo diablo en persona estaba anoche sentado en mi silla...

Y al recordarlo se rió de nuevo. Luego se fue a su casa a cenar.

Aquella noche el rumor de las ratas empezó más temprano; con toda seguridad se había iniciado ya antes de su regreso, y sólo dejó de oírse unos momentos mientras les duró el susto causado por su imprevista llegada. Después de cenar se sentó un momento junto al fuego a fumar y, tras limpiar la mesa, empezó de nuevo su trabajo como otras veces. Pero esa noche las ratas le distraían más que la anterior. ¡Cómo correteaban de arriba abajo, por detrás y por encima! ¡Cómo chillaban, roían y arañaban! ¡Y cómo, más atrevidas a cada instante, se asomaban a las bocas de sus agujeros y por todas las grietas y resquebrajaduras del zócalo, con sus ojillos brillantes como lámparas diminutas cuando se reflejaba en ellos el fulgor del fuego! Pero para el estudiante, habituado sin duda a ellos, esos ojos no tenían nada de siniestro; por el contrario, sólo veía en ellos un aire travieso y juguetón. A menudo, las más atrevidas hacían incursiones por el suelo o a lo largo de las molduras de la pared. Una y otra vez, cuando empezaban a molestarle demasiado, Malcolmson hacía un ruido para asustarlas, golpeaba la mesa con la mano o emitía un fiero «Ssssh, ssssh» para que huyesen inmediatamente a sus escondrijos.

Así transcurrió la primera mitad de la noche; luego, a pesar del ruido, Malcolmson fue sumergiéndose cada vez más en el estudio.

De repente, alzó la vista, como la noche anterior, dominado por una súbita sensación de silencio. No se oía ni el más leve ruido de roer, chillar o arañar. Era un silencio de tumba. Entonces recordó el extraño suceso de la noche anterior, e instintivamente miró a la silla que había junto a la chimenea. Una extraña sensación recorrió entonces todo su cuerpo.

Allá, al lado de la chimenea, en la gran silla de roble tallado de respaldo alto, estaba la misma enorme rata mirándole fijamente con unos ojillos fúnebres y malignos.

Instintivamente tomó el objeto que tenía más al alcance de su mano, unas tablas de logaritmos, y se lo arrojó. El libro fue mal dirigido y la rata ni se movió; así que tuvo que repetir la escena del atizador de la noche anterior; y de nuevo la rata, al verse estrechamente cercada, huyó trepando por la cuerda de la campana de alarma. También fue muy extraño que la fuga de esta rata fuese seguida inmediatamente por la reanudación del ruido de la comunidad. En esta ocasión, como en la precedente, Malcolmson no pudo ver por qué parte de la estancia desapareció el animal, pues la

pantalla de su lámpara dejaba en sombras la parte superior de la habitación y el fuego brillaba mortecino.

Miró su reloj y observó que era casi medianoche y, no descontento del *divertissement*, avivó el fuego y se preparó una taza de té. Había trabajado perfectamente sumergido en el hechizo del estudio y se creyó merecedor de un cigarrillo; así pues, se sentó en la gran silla de roble tallado junto a la chimenea y fumó con delectación. Mientras lo hacía, empezó a pensar que le gustaría saber por dónde lograba meterse el animal, ya que empezaba a acariciar la idea de poner en práctica al día siguiente algo relacionado con una ratonera. En previsión de ello, encendió otra lámpara y la colocó de forma que iluminase bien el rincón derecho que formaban la chimenea y la pared. Luego apiló todos los libros que tenía, colocándolos al alcance de la mano para arrojárselos al animal si llegaba el caso. Finalmente, levantó la cuerda de la campana de alarma y colocó su extremo inferior encima de la mesa, pisándolo con la lámpara. Cuando tomó la cuerda en sus manos no pudo por menos que notar lo flexible que era, sobre todo teniendo en cuenta su grosor y el tiempo que llevaba sin usar. «Se podría colgar a un hombre de ella», pensó para sí. Terminados sus preparativos, miró a su alrededor y exclamó, satisfecho:

—¡Ahora, amiga mía, creo que vamos a vernos las caras de una vez!

Reanudó su estudio, y aunque al principio le distrajo el ruido que hacían las ratas, pronto se abandonó por completo a sus proposiciones y problemas.

De nuevo fue reclamado de pronto por su alrededor. Esta vez no fue sólo el repentino silencio lo que llamó su atención; había, además, un ligero movimiento de la cuerda, y la lámpara se tambaleaba. Sin moverse, comprobó que la pila de libros estuviese al alcance de su mano y luego deslizó su mirada a lo largo de la cuerda. Pudo observar que la gran rata se dejaba caer desde la cuerda a la silla de roble, se instalaba en ella y le contemplaba. Tomó un libro con la mano derecha y, apuntando cuidadosamente, se lo lanzó. La rata, con un rápido movimiento, saltó de costado y esquivó el proyectil. Tomó entonces un segundo y luego un tercero, y se los lanzó uno tras otro, pero sin éxito. Por fin, y en el momento en que se disponía a arrojarle un nuevo libro, la rata chilló y pareció asustada. Esto aumentó más aún su deseo de dar en el blanco; el libro voló, y alcanzó a la rata con un golpe resonante. El animal lanzó un chillido terrorífico y, echando a su perseguidor una mirada de terrible malignidad, trepó por el respaldo de la silla, desde cuyo borde superior saltó hasta la cuerda de la campana de alarma, por la cual subió con la velocidad del rayo. La lámpara que sujetaba la cuerda se tambaleó bajo el repentino tirón, pero era pesada y no llegó a caerse. Malcolmson siguió a la rata con la mirada y la vio, gracias a la luz de la segunda lámpara, saltar a una moldura del zócalo y desaparecer por un agujero en uno de los grandes cuadros colgados de la pared, indescifrable bajo la espesa capa de polvo y suciedad.

—Mañana le echaré una ojeada a la vivienda de mi amiga —dijo en voz alta el estudiante, mientras recogía los volúmenes tirados por el suelo—. El tercer cuadro partir de la chimenea: no lo olvidaré. —Tomó los libros uno a uno, haciendo un comentario sobre ellos mientras iba leyendo sus títulos—. *Secciones cónicas* no la rozó, ni tampoco *Oscilaciones cicloideas*, ni los *Principia*, ni los *Cuaternios*, ni la *Termodinámica*. ¡Éste es el libro que la alcanzó! —Malcolmson lo tomó del suelo y miró el título y, al hacerlo, se sobresaltó y una súbita palidez cubrió su rostro. Miró a su alrededor, inquieto, y se estremeció levemente mientras murmuraba para sí—: ¡La Biblia que me dio mi madre! ¡Qué extraña coincidencia!

Volvió a sentarse y reanudó su trabajo; las ratas del zócalo volvieron a sus cabriolas. Sin embargo, ahora no le molestaban; al contrario, su presencia le proporcionaba una cierta sensación de compañía. Pero no pudo concentrarse en el estudio y, después de intentar inútilmente dominar el tema que tenía entre manos, lo dejó con desesperación y fue a acostarse, justo cuando el primer resplandor del amanecer penetraba furtivamente por la ventana que daba al este.

Durmió pesadamente pero inquieto, y soñó mucho; cuando le despertó la señora Dempster, ya muy entrada la mañana, su aspecto era de haber descansado mal, y durante algunos minutos no pareció darse cuenta exacta de dónde se encontraba. Su primer encargo sorprendió bastante a la criada.

—Señora Dempster, cuando me ausente hoy de casa quiero que tome la escalera, saque el polvo y limpie bien todos esos cuadros..., especialmente el tercero a partir de la chimenea. Quiero ver qué hay en ellos.

Hasta bien entrada la tarde estuvo Malcolmson estudiando a la sombra de los árboles; a medida que transcurría el día notó que sus asimilaciones mejoraban progresivamente y fue volviendo al alegre optimismo del día anterior. Ya había conseguido solucionar satisfactoriamente todos los problemas que hasta entonces le habían eludido, y se encontraba en un estado tal de euforia que decidió hacer una visita a la señora Witham en «El Buen Viajero». La encontró en su confortable cuarto de estar, acompañada por un desconocido que le fue presentado como el doctor Thornhill. La mujer no parecía hallarse totalmente a gusto, y esto, unido a que el hombre se lanzó de inmediato a hacerle toda una serie de preguntas, hizo pensar a Malcolmson que la presencia del doctor no era casual, así que dijo sin ambages:

—Doctor Thornhill, contestaré gustosamente cualquier pregunta que quiera hacerme, si primero me contesta usted a una que deseo hacerle yo.

El doctor pareció sorprenderse, pero sonrió y respondió al momento:

—¡De acuerdo! ¿De qué se trata?

—¿Le pidió a usted la señora Witham que viniera aquí a verme y aconsejarme?

El doctor Thornhill, se mostró por un momento desconcertado, y la señora Witham enrojeció vivamente y volvió la cara hacia otro lado; sin embargo, el doctor era un hombre sincero e inteligente y no dudó en contestar con franqueza:

—Así fue, en efecto, pero no quería que usted se enterase. Supongo que han sido mi torpeza y mi apresuramiento los que le han hecho sospechar. Pero en fin, lo que me dijo fue que no le gustaba la idea que estuviese usted en esa casa completamente solo, y tomando tanto té y tan cargado. Deseaba que yo le aconsejase que dejara el té y no se quedara a estudiar hasta tan tarde. Yo también fui un buen estudiante en mis tiempos, y por ello espero que me permita tomarme la libertad de darle un consejo sin ánimo de ofenderle, puesto que no le hablo como un extraño, sino como un universitario puede hablarle a otro.

Malcolmson le tendió la mano con una radiante sonrisa.

—¡Choque esos cinco!, como dicen en Norteamérica —exclamó—. Le agradezco mucho su interés, y también a la señora Witham; y su amabilidad me obliga a pagarles en la misma moneda.

Prometo no volver a tomar té cargado, ni sin cargar, hasta que usted me autorice. Y esta noche me iré a la cama a la una de la madrugada lo más tarde. ¿De acuerdo?

—Estupendo —dijo el médico—. Y ahora cuénteme usted todo lo que ha visto en el viejo caserón.

Malcolmson relató con todo detalle lo sucedido en las dos últimas noches. Fue interrumpido de vez en cuando por las exclamaciones de la señora Witham, hasta que finalmente, al llegar al episodio de la Biblia, toda la emoción reprimida de la mujer halló salida en un tremendo alarido, y hasta que no se le administró un buen vaso de coñac con agua no se repuso. El doctor Thornhill lo escuchó todo con expresión de creciente gravedad, y cuando el relato llegó a su fin y la señora Witham quedó tranquila preguntó:

—¿La rata siempre trepa por la cuerda de la campana de alarma?

—Sí, siempre.

—Supongo que ya sabrá usted —dijo el doctor tras una pausa— qué es esa cuerda.

—¡No!

—Es —dijo el doctor lentamente— la misma que utilizaba el verdugo para ahorcar a las víctimas del cruel juez.

Al llegar a este punto fue interrumpido de nuevo por otro grito de la señora Witham, y hubo que poner otra vez en juego los medios para que volviera a recobrarse. Malcolmson, tras consultar su reloj, observó que ya era casi hora de cenar y se marchó a su casa tan pronto como ella se hubo recobrado.

Cuando la señora Witham volvió totalmente en sí, asaetó al doctor Thornhill con coléricas preguntas acerca de qué pretendía metiendo aquellas horribles ideas en la cabeza del pobre joven.

—Ya tiene allí demasiadas preocupaciones —añadió.

El doctor Thornhill respondió:

—¡Mi querida señora, mi propósito es bien distinto! Lo que yo quería era atraer su atención hacia la cuerda de la campana y mantenerla fija allí. Es posible que se halle en un estado de gran sobreexcitación, por haber estudiado demasiado o por lo que sea, pero de todas formas me veo obligado a reconocer que parece un joven tan sano y fuerte mental y corporalmente como el que más. Pero luego están las ratas..., y esa sugerencia del diablo... —El doctor agitó la cabeza y prosiguió—: Me habría ofrecido a ir a pasar la noche con él, pero estoy seguro que eso le hubiera humillado. Parece que por la noche sufre algún tipo de extraño terror o alucinación, y de ser así deseo que tire de esa cuerda. Como está completamente solo, eso nos servirá de aviso y podremos llegar hasta él a tiempo aún de serle útiles. Esta noche me mantendré despierto hasta muy tarde y tendré los oídos bien abiertos. No se alarme usted, señora Witham, si Benchurch recibe una sorpresa antes de mañana.

—Oh, doctor, ¿qué quiere usted decir?

—Exactamente esto: es muy posible, o mejor dicho probable, que esta noche oigamos la gran campana de alarma de la Casa del Juez.

Y el doctor hizo un mutis tan efectista como se podía esperar.

Cuando Malcolmson llegó a la casa descubrió que era un poco más tarde que de costumbre y que la señora Dempster ya se había marchado: las reglas de la Casa de Caridad Greenhow no eran de desdeñar. Se alegró mucho de ver que el lugar estaba limpio y reluciente, un alegre fuego ardía en la chimenea y la lámpara estaba bien despabilada. La tarde era muy fría para el mes de abril, y soplaban un pesado viento con una violencia que crecía tan rápidamente que podía esperarse una buena tormenta para la noche. El ruido que hacían las ratas cesó durante unos pocos minutos tras su llegada, pero tan pronto como se volvieron a acostumbrar a su presencia lo reanudaron. Se alegró de oírlas, y una vez más notó que en su bullicioso rumor había algo que le hacía sentirse acompañado. Sus pensamientos retrocedieron hasta el extraño hecho que las ratas sólo dejaban de manifestarse cuando aquella otra rata (la gran rata de ojillos fúnebres) entraba en escena. Sólo estaba encendida la lámpara de lectura, cuya pantalla verde mantenía en sombras el techo y la parte superior de la estancia, de tal modo que la alegre y rojiza luz de la chimenea se extendía cálida y agradable por el pavimento y brillaba sobre el blanco mantel que cubría la mesa. Malcolmson se sentó a cenar con buen apetito y espíritu alegre. Después de cenar y fumar un cigarrillo se entregó firmemente a su trabajo, decidido a que nada le distrajerse, pues recordaba la promesa hecha al doctor y quería aprovechar de la mejor manera posible el tiempo que disponía.

Durante más de una hora trabajó sin problemas, y luego sus pensamientos empezaron a desprenderse de los libros y a vagabundear por su cuenta. Las actuales circunstancias en las que se hallaba y la llamada de atención sobre su salud nerviosa no eran algo que pudiera despreciar. Por aquel entonces, el viento se había convertido ya en un vendaval, y el vendaval en una tormenta. La vieja casa, pese a su solidez, parecía estremecerse desde sus cimientos, y la tormenta rugía y bramaba a través de las múltiples chimeneas y los viejos gabletes, produciendo extraños y aterradores sonidos en los pasillos y las estancias vacías. Incluso la gran campana de alarma del tejado debía estar sufriendo los embates del viento, pues la cuerda subía y bajaba levemente, como si la campana estuviera moviéndose un poco, y el extremo inferior de la flexible cuerda azotaba el suelo de roble con un ruido duro y hueco.

Al escucharlo, Malcolmson recordó las palabras del doctor: «Es la cuerda que utilizaba el verdugo para ahorcar a las víctimas del cruel juez.» Se acercó al rincón de la chimenea y la tomó entre sus manos para contemplarla. Parecía sentir como una especie de morboso interés por ella, y mientras la estaba observando se perdió un momento en conjeturas sobre quiénes habrían sido esas víctimas y sobre el lúgubre deseo del juez de tener siempre ante su vista una reliquia tan macabra. Mientras permanecía allí, el suave balanceo de la campana del tejado había seguido comunicando a la cuerda cierto movimiento, pero ahora, de pronto, empezó a notar una nueva sensación, una especie de temblor en la cuerda, como si algo se estuviera moviendo a lo largo de ella.

Levantó instintivamente la vista y vio a la enorme rata que, lentamente, bajaba hacia él mirándole con fijeza. Soltó la cuerda y retrocedió con brusquedad, mascullando una maldición; la rata dio la vuelta, trepó de nuevo por la cuerda y desapareció; y en ese instante Malcolmson se dio cuenta que el ruido de las ratas, que había cesado hacía un momento, volvía a comenzar.

Todo esto le dejó pensativo; entonces recordó que no había investigado la madriguera de la rata ni mirado los cuadros como había pensado hacer. Encendió la otra lámpara, que no tenía pantalla, y levantándola se situó frente al tercer cuadro a la derecha de la chimenea, que era por donde había visto desaparecer a la rata la noche anterior.

A la primera ojeada retrocedió, tan bruscamente sobresaltado que casi dejó caer la lámpara, y una mortal palidez cubrió sus facciones. Sus rodillas entrechocaron, pesadas gotas de sudor perlaron su frente, y tembló como un álamo. Pero era joven y animoso, y consiguió armarse nuevamente de valor; tras una pausa de unos segundos avanzó lentamente unos pasos, alzó la lámpara y examinó el cuadro, que una vez desempolvado y limpio era ya claramente distinguible.

Era el retrato de un juez vestido de púrpura y armiño. Su rostro era fuerte y despiadado, maligno, vengativo y astuto, con una boca sensual y una nariz ganchuda de rojizo color y forma semejante al pico de un ave de presa. El resto de la cara era de un color cadavérico. Los ojos, de un brillo peculiar, tenían una expresión terriblemente maligna. Contemplándolos, Malcolmson sintió frío, pues en ellos vio una réplica exacta a los ojos de la enorme rata. Casi se le cayó la lámpara de la mano cuando vio a ésta mirándole con sus ojillos fúnebres desde el agujero de la esquina del cuadro y notó el repentino cese del ruido de las demás. Pese a ello, volvió a reunir todo su valor y continuó examinando la pintura.

El juez estaba sentado en una gran silla de roble tallado de respaldo alto, a la derecha de una chimenea de piedra junto a la cual colgaba desde el techo una cuerda que yacía con su extremo inferior enrollado en el suelo. Con una sensación de horror, Malcolmson reconoció en esa escena la habitación donde se hallaba ahora, y miró despavorido a su alrededor, como esperando hallar alguna extraña presencia a su espalda. Luego volvió a dirigir su mirada al rincón que formaba la chimenea y, lanzando un grito desgarrado, dejó caer la lámpara que llevaba en la mano.

Allí, en la silla del juez, con la cuerda colgando tras ella, se había instalado aquella enorme rata que tenía la misma fúnebre mirada que éste, ahora diabólicamente intensa. Excepto el ulular de la tormenta, todo mantenía un completo silencio.

La lámpara caída hizo que Malcolmson volviera a la realidad. Por fortuna, era de metal y el aceite no se derramó. Sin embargo, la necesidad de recogerla de inmediato serenó sus aprensiones nerviosas. Cuando hubo apagado la lámpara se secó el sudor y meditó un momento.

—Esto no puede ser —se dijo en voz alta—. Si sigo así voy a volverme loco. ¡Basta ya! Prometí al doctor que no tomaría té. ¡Por Dios que tenía razón! Mis nervios han debido llegar a un estado terrible. Es curioso que yo no lo note. Nunca en mi vida me he encontrado mejor. Pero ahora todo vuelve a ir bien, no volveré a comportarme como un necio.

Se preparó un buen vaso de brandy y se sentó resueltamente para proseguir su estudio.

Llevaba así cerca de una hora cuando levantó la vista del libro, atraído por el súbito silencio. Sin embargo, el viento ululaba y rugía más fuerte que nunca, y la lluvia golpeaba en ráfagas los cristales de las ventanas como si fuera granizo; en el interior de la casa, sin embargo, no se oía nada, excepto el eco del viento bramando por la gran chimenea como un arrullo de la tormenta. El fuego casi se había apagado; ardía ya sin llama, arrojando sólo un resplandor rojizo. Malcolmson escuchó con atención, y entonces oyó un tenue y chirriante ruido, casi inaudible. Provenía del rincón de la estancia donde colgaba la cuerda, y el estudiante pensó que debía producirlo el roce de la cuerda contra el suelo cuando el balanceo de la campana la hacía subir y bajar. Sin embargo, al mirar hacia

allí, observó sorprendido que la rata, agarrada a la cuerda, la estaba royendo. La cuerda estaba ya casi roída por completo; se podía ver un color más claro en el punto donde las hebras internas habían quedado al descubierto. Mientras observaba, la tarea quedó completada y la cuerda cayó con un chasquido sobre el piso de roble, al tiempo que, por un instante, la gran rata permanecía colgada, como una monstruosa borla o campanilla, del cabo superior, que empezó a balancearse a uno y otro lado. Malcolmson sintió por un momento otra oleada brusca de terror al darse cuenta que la posibilidad de comunicarse con el mundo exterior y pedir auxilio había quedado cortada, pero este sentimiento fue reemplazado en seguida por una intensa cólera y, agarrando el libro que estaba leyendo, lo arrojó contra la rata. El tiro iba bien dirigido, pero antes que el proyectil pudiera alcanzarla, la rata se dejó caer y aterrizó en el suelo con un blando ruido. Malcolmson se abalanzó al instante sobre ella, pero el animal salió disparado y desapareció en las sombras de la estancia. Malcolmson comprendió que el estudio había terminado, al menos por aquella noche, y decidió alterar la monotonía de su vida con una cacería de ratas. Retiró la pantalla de la lámpara para conseguir un mayor radio de acción de la luz. Al hacerlo, se disiparon las tinieblas de la parte superior de la estancia, y ante aquella invasión de luz, cegadora en comparación con la oscuridad anterior, los cuadros de la pared destacaron limpiamente. Desde donde estaba Malcolmson pudo ver, justo frente a él, el tercero a la derecha de la chimenea. Se frotó con sorpresa los ojos, y luego un gran miedo empezó a invadirle.

En el centro del cuadro había un espacio vacío, grande e irregular, en el que se veía el lienzo pardo tan limpio como cuando fue colocado en el bastidor. El fondo del cuadro estaba como antes, con la silla, el rincón de la chimenea y la cuerda, pero la figura del juez había desaparecido.

Malcolmson estremecido de terror, fue girando lentamente, y entonces empezó a estremecerse y a temblar como afectado por un ataque de parálisis. Sus fuerzas parecían haberle abandonado, dejándole incapaz de hacer el menor movimiento, incluso casi incapaz de pensar. Sólo podía ver y oír.

Allí, en la gran silla de roble de alto respaldo, estaba sentado el juez, con su atuendo de púrpura y armiño, los fúnebres ojos brillando vengativos, una sonrisa de triunfo en la boca, firme y cruel, mientras sostenía en sus manos un negro birrete. Malcolmson notó que la sangre huía de su corazón, como lo que se siente en los momentos de prolongada ansiedad. Le silbaban los oídos. Sin embargo, podía oír el bramar y el aullar de la tempestad y, atravesándola, deslizándose sobre ella, le llegaron las campanadas de medianoche, en grandes repiques, desde la plaza del mercado. Durante un tiempo que se le antojó interminable permaneció inmóvil como una estatua, casi sin respiración, con los ojos desorbitados, heridos de horror. A medida que iba sonando el reloj se intensificaba la sonrisa de triunfo en la cara del juez, y cuando hubo sonado la última campanada de medianoche se colocó el negro birrete en la cabeza.

Lenta, deliberadamente, el juez se levantó de su asiento y tomó el trozo de cuerda que yacía en el suelo, lo palpó con sus manos como si su contacto le produjese placer, y luego empezó a anudar uno de sus extremos. Apretó y comprobó el nudo con el pie, tirando fuertemente de él hasta quedar satisfecho, y entonces lo transformó en un nudo corredizo, que alzó en su mano. Después empezó a moverse a lo largo de la mesa, por el lado opuesto a donde se encontraba Malcolmson, con la mirada fija en él, hasta que le rebasó; entonces, con un rápido movimiento, se colocó ante la puerta. Malcolmson empezó a darse cuenta en ese momento que había caído en una trampa, e intentó pensar qué debía hacer. Había cierta fascinación en los ojos del juez que no se apartaban de él, y cuya mirada Malcolmson se veía forzado a sostener. Vio que el juez se le aproximaba (sin dejar de mantenerse entre la puerta y el joven), levantaba el lazo y lo arrojaba en su dirección, como para

capturarlo. Con un gran esfuerzo hizo un rápido movimiento lateral y vio cómo la cuerda caía a su lado y la oyó golpear contra el suelo de roble. De nuevo levantó el nudo el juez y trató de cazarle, sin apartar sus fúnebres ojos de él, y el estudiante consiguió evitarlo haciendo un poderoso esfuerzo. Esto se repitió muchas veces, sin que el juez pareciera desanimarse por sus fracasos, sino más bien gozar con ellos, como un gato con un ratón. Por fin, en la cumbre de su desesperación, Malcolmson arrojó una rápida mirada a su alrededor. La lámpara parecía reavivada y una brillante luz inundaba la estancia. En las numerosas madrigueras y en las grietas y agujeros del zócalo vio los ojos de las ratas; y esta visión, puramente física, le proporcionó un destello de bienestar. Miró y pudo darse cuenta que la cuerda de la gran campana de alarma estaba plagada de ratas. Cada centímetro estaba cubierto de ellas, cada vez salían más a través del pequeño agujero circular del techo de donde emergían, de tal modo que, bajo su peso, la campana empezaba a oscilar.

Osciló hasta que el badajo llegó a tocarla. El sonido fue muy tenue, pero apenas había comenzado su vaivén, y poco a poco iría aumentando la potencia del tañido.

Al oírlo, el juez, que había mantenido los ojos fijos en Malcolmson, los levantó, y un gesto de diabólica ira contrajo su rostro. Sus ojos relucieron como carbones encendidos y golpeó el suelo con el pie, haciendo un ruido que pareció estremecer toda la casa. El pavoroso estruendo de un trueno estalló sobre sus cabezas al mismo tiempo que el juez volvía a levantar el lazo y las ratas seguían subiendo y bajando por su cuerda, como si luchasen contra el tiempo. Pero esta vez, en lugar de arrojarlo, se fue acercando a su víctima, y fue abriendo el lazo a medida que se aproximaba. Al llegar frente al estudiante pareció irradiar algo paralizante con su sola presencia, y Malcolmson, permaneció rígido como un cadáver. Sintió sobre su garganta los helados dedos del juez mientras éste le ajustaba el lazo. El nudo se apretó. Entonces el juez, tomando en sus brazos el rígido cuerpo del muchacho, lo levantó, colocándolo en pie sobre la silla de roble y, subido junto a él, alzó su mano y tomó el extremo de la oscilante cuerda de la campana de alarma. Al alzar la mano, las ratas huyeron, chillando, por el agujero del techo. Tomando el extremo del lazo que rodeaba el cuello de Malcolmson, lo ató a la cuerda que colgaba de la campana y entonces, descendiendo de nuevo al suelo, quitó la silla.

Al comenzar a sonar la campana de alarma de la Casa del Juez se congregó de inmediato un gran gentío. Aparecieron luces y antorchas y, silenciosamente, la multitud se encaminó presurosa hacia allí. Golpearon fuertemente la puerta, pero nadie respondió. Entonces la echaron abajo y penetraron en el gran comedor; el doctor iba a la cabeza de todos.

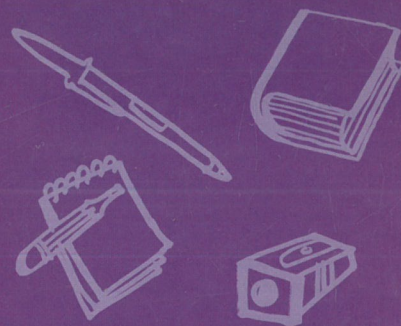
El cuerpo del estudiante se balanceaba del extremo de la cuerda de la gran campana de alarma; en el cuadro, el rostro del juez mostraba una sonrisa maligna.

F I N

Título Original: *The Judge's House* © 1914.
Digitalizado, Revisado y Editado por Arácnido.
Revisión 2.



Vacaciones Santillana



120 ejercicios para repasar **ortografía** y **gramática**

ñ

Lengua

3^o PRIMARIA

ortografía



Con
solucionario

¡Qué alegría me da verte !

Durante este verano pasaremos algunos ratos juntos; espero que seamos amigos. En este cuaderno encontrarás ejercicios para escribir mejor y jugar con las palabras.

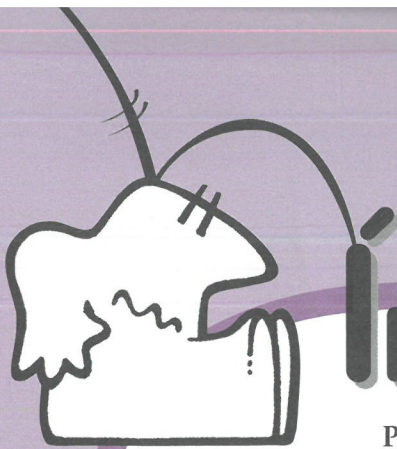
Mi trabajo será ayudarte en las actividades para que las hagas muy bien. A veces me muestro bueno y colaborador, y otras veces, un poco malvado.

Voy a darte algunos consejos para que trabajes mejor:

- Dedica todos los días un rato a hacer los ejercicios; no te llevará demasiado tiempo y te permitirá repasar lo que ya sabes y prepararte para el nuevo curso.
- Lee las órdenes de las actividades dos veces antes de hacerlas. Y atiende bien a las indicaciones que yo te doy, porque te van a ayudar mucho.
- Haz las actividades con cuidado; escribe con lápiz por si te equivocas y tienes que borrar.
- Si necesitas ayuda para realizar algún ejercicio, puedes mirar en el solucionario que está al final del cuaderno, pero es mejor que intentes resolverlo sin consultar.
- Cuando acabes el cuaderno, comprueba las soluciones.

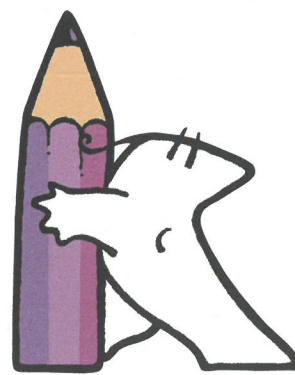
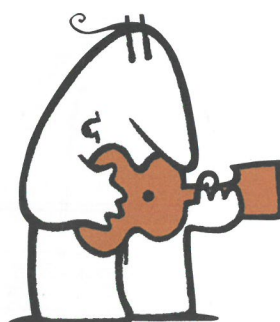
¡Nos vemos en la página 6!





Índice

Presentación	3
Índice / Programación	4
1 Sustantivos masculinos y femeninos. / Concordancia entre adjetivo y sustantivo	6
2 Los signos de interrogación y exclamación. / Formación de oraciones	8
3 Palabras con <i>-br-</i> . / Oraciones exclamativas	10
4 Grupos nominales	11
5 El sonido R fuerte. / Formación de oraciones	12
6 Palabras terminadas en <i>-y</i> . / Los demostrativos	13
7 Las sílabas y las palabras. / Formación de oraciones	14
8 Sustantivos comunes y propios. / Formación de oraciones	16
9 Palabras con <i>ca, co, cu, que, qui</i> . / Grupos nominales	18
10 Nombres propios. / Sustantivos en singular y en plural	19
11 Adjetivos calificativos. / Descripciones	20
12 Sustantivos en singular y en plural. / Los posesivos	22
13 Grupos nominales. / Formación de oraciones	24
14 El lenguaje y las diferentes lenguas. / Gentilicios	25
15 Reconocimiento de palabras y oraciones. / Uso del punto. / División de palabras al final de línea	26
16 División de palabras en sílabas. / Diptongos	29



17	Ordenación alfabética. / Nombres de animales	30
18	Uso de la coma. / Enumeraciones	32
19	Palabras con <i>ca, co, cu, que, qui</i> . / Concordancia en número entre el sujeto y el verbo	33
20	Palabras derivadas. / Sonidos y letras	34
21	Las sílabas. / Formación de oraciones	36
22	Palabras agudas, llanas y esdrújulas. / Verbos en pasado	38
23	Palabras con <i>za, zo, zu, ce, ci</i>	40
24	Vocabulario de animales. / Las sílabas y las palabras	42
25	El tiempo verbal: pasado, presente y futuro. / Los infinitivos ...	44
26	Las sílabas y las palabras. / Secuencia temporal	46
27	Palabras con <i>m</i> antes de <i>p</i> y antes de <i>b</i> . / Los demostrativos. / Grupos nominales	48
28	Palabras con <i>güe, güi</i> . / Formación de oraciones	50
29	Palabras con <i>-bl-</i> . / Los demostrativos	51
30	Palabras compuestas. / Nombres propios	52
31	Palabras relacionadas por su significado. / Grupos nominales ..	54
32	Verbos. / Género y número de los adjetivos	56
33	Repaso	58
	Solucionario	60



- Sustantivos masculinos y femeninos.
- Concordancia entre adjetivo y sustantivo.

En 1903 los famosos hermanos Wright realizaron el primer vuelo en avión. Con un pequeño planeador se elevaron del suelo unos cuarenta metros.

Desde entonces, la aviación ha cambiado mucho. En la actualidad existen grandes aeropuertos repartidos por todos los países del mundo.

En estos aeropuertos encontramos largas cintas que transportan nuestras maletas, filas de amplias sillas para que los viajeros descansen hasta la hora de salida de sus vuelos y amables auxiliares dispuestos a ayudarnos si tenemos algún problema.



- 1 Lee el texto y fíjate en los adjetivos calificativos. Después, cópialos.

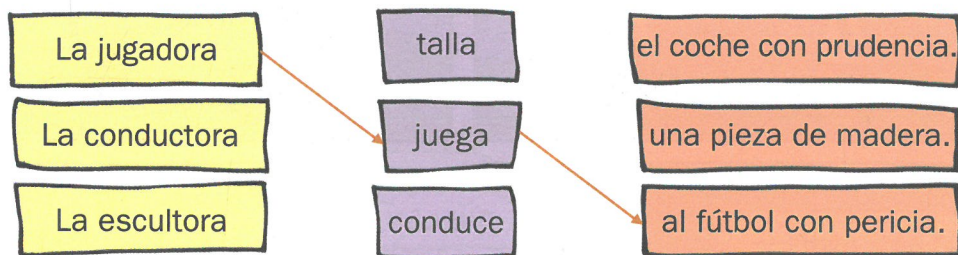
- 2 Relaciona cada adjetivo con el sustantivo al que califica.

pequeño	auxiliares
largas	hermanos
amables	sillas
famosos	aeropuertos
grandes	planeador
amplias	cintas

3 Completa el siguiente cuadro.

Singular		Plural	
Masculino	Femenino	Masculino	Femenino
viajero			
		jugadores	
			muchachas
	conductora		
			mecánicas

4 Construye oraciones y escríbelas.



5 Escribe las oraciones anteriores cambiando de género y número el primer sustantivo.

Los jugadores _____

Los conductores _____

Los _____

Vocabulario:

aeropuerto
amables
amplias
auxiliares
cinta
conductor
escultor
famosos
grandes
jugador
largas
mecánico
muchacho
pequeño
planeador
sillas
viajeros

- Los signos de interrogación y exclamación.
- Formación de oraciones.

¿CUÁNTO TIEMPO
LLEVAMOS ANDANDO?

¡PERO BUENO,
SI ACABAMOS
DE SALIR!



ERES UN BLANDENGUE.
¿QUIERES CONTINUAR?

¡SÍ, CLARO! ES QUE
ME DUELEN LOS PIES.



¿TODAVÍA ESTÁIS AQUÍ?

¡VAYA PAR DE DOS!



ES QUE LE
DUELEN LOS
PIES.

¿QUE A MÍ...? ¡PERO SI YO
ESTOY DISFRUTANDO
DEL PAISAJE!



DETRÁS DE LOS
SIGNOS ? O !
NO SE ESCRIBE
PUNTO.



- 1 Copia las preguntas y las exclamaciones que aparecen en el cómic.

Preguntas: ¿Cuánto tiempo llevamos andando?

Exclamaciones:

2 Forma oraciones ordenando las palabras de cada recuadro.

a montaña? mañana ¿Subimos la

cantimplora! nos ¡Pero la llevamos

hora ¿A salimos? qué

temprano levantamos ¡Nos vamos! nos y

3 Lee el texto y completa el diálogo de la viñeta.

Ana y Juan estaban una tarde un poco aburridos. Entonces Juan le preguntó a Ana si le apetecía dar un paseo por el parque. A Ana le pareció una idea estupenda, pues tenía ganas de tomar un poco el sol.



Vocabulario:

bromas
bromear
(bromeando)
cabras
cabrero
hambriento

3

- Palabras con *-br-*.
- Oraciones exclamativas.

1 Lee y copia las palabras destacadas en el texto.



Braulio era **cabrero**. Trabajaba cuidando un rebaño de **cabras**.

A Braulio le gustaba mucho asustar a otros pastores gritando: «¡Socorro, el lobo feroz ataca el rebaño!». Todos corrían a ayudarle y Braulio se burlaba de ellos.

Un día un lobo **hambriento** atacó el rebaño de verdad. El pastor gritó y gritó: «¡Ayudadme, por favor, el lobo está aquí!». Pero nadie acudió en su ayuda, porque pensaban que estaba **bromeando**.

Desde entonces, Braulio no volvió a gastar más **bromas**.

2 Escribe exclamaciones fijándote en el ejemplo.

Tengo mucho miedo. → ¡Qué miedo tengo!

Tengo mucha hambre. → _____

El zumo está muy dulce. → _____

Mi hermana es muy lista. → _____

La casa está lejos. → _____

3 Observa y escribe una exclamación adecuada al dibujo.



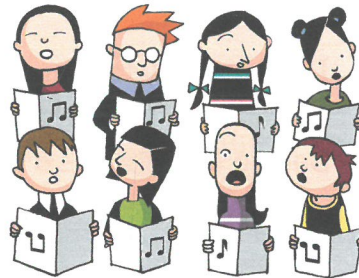
4

- Grupos nominales.

Vocabulario:

bajo
contralto
soprano
tenor

Cantar en un coro es una actividad muy divertida. Las distintas voces se unen y armonizan a la perfección. Las sopranos conducen la melodía, mientras que las voces de las contraltos, los tenores y los bajos aportan el colorido musical.



1 Forma los plurales siguiendo el ejemplo.

Singular	Plural
la soprano	→ las sopranos
la contralto	→ _____
el tenor	→ _____
el bajo	→ _____

2 Fíjate en el ejemplo y haz oraciones cada vez más largas.

El tenor canta.

El tenor canta muy bien.

El tenor canta muy bien con su voz agradable.

Los bajos _____

Los contraltos _____

Vocabulario:

carreta
carro
correr (corriendo)
enredado
marrón
perro
rabiar (rabiando)
rabo
rama
ratón

5

- El sonido R fuerte.
- Formación de oraciones.

1 Lee y completa con *r* o con *rr*.

Debajo de un ca____o
había un pe____o
que estaba en____edado.
Vino otro son____iendo
y le mordió el ____abo.
El pobre pe____o
se fue co____iendo
y ____abiando.



2 Clasifica las palabras del texto según la posición en que llevan el sonido R fuerte.

A principio de palabra: _____

Después de consonante: _____

Entre vocales: _____

3 Ordena las palabras para formar oraciones con sentido.

carreta Curro marrón. conduce una

ratón El enredado se ha en rama. la

6

- Palabras terminadas en -y.
- Los demostrativos.

Vocabulario:

caray
hay
hoj
ley
muy
rey

1 Lee el cómic.

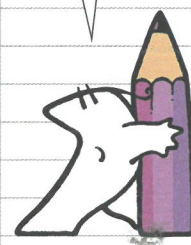


2 Copia las palabras del cómic que acaban en -y.

LOS DIPTONGOS
-AY, -EY, -OY,
-UY, AL FINAL
DE PALABRA, SE
ESCRIBEN CON Y.

3 Relaciona y escribe los siguientes nombres con el demostrativo que corresponda.

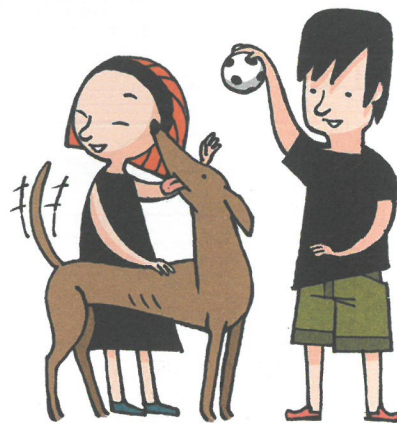
esas	papeles	→	esos papeles
ese	leona	→	_____
esa	papeleras	→	_____
esos	león	→	_____



- Las sílabas y las palabras.
- Formación de oraciones.

En la plaza del pueblo apareció un perro sin amo.

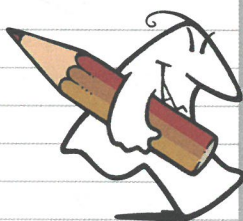
Era un perro flaco y triste. Los niños se hicieron amigos suyos. Cada tarde le daban un poquito de su merienda y jugaban. También reunieron sus ahorros para comprarle una vacuna.



1 Separa las siguientes palabras en sílabas.

plaza apareció pueblo perro amo flaco triste
niños amigos tarde daban poquito merienda
jugaban reunieron ahorros comprarle vacuna

TEN CUIDADO,
EN ALGUNAS
SÍLABAS HAY MÁS
DE UNA VOCAL.



pla-za

a-pa-re-ció

2 ¿Cuántas palabras de cada tipo hay en el ejercicio anterior? Completa.

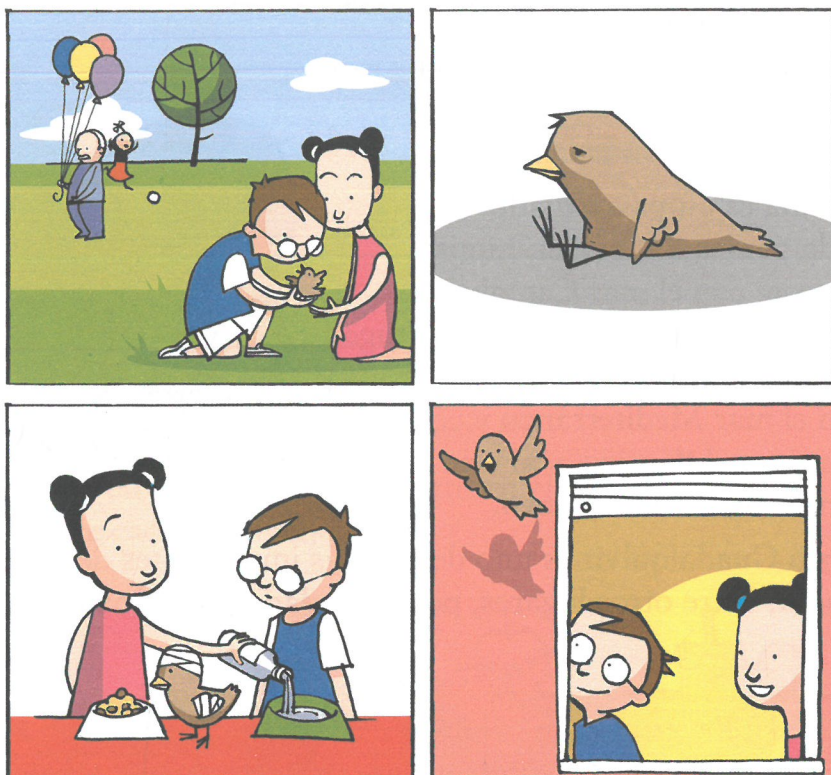
Hay _____ palabras monosílabas.

Hay _____ palabras bisílabas.

Hay _____ palabras trisílabas.

Hay _____ palabra polisílaba.

3 Escribe la historia que representan las viñetas.



PUEDES TOMAR
COMO MODELO
EL TEXTO DE LA
PÁGINA ANTERIOR.



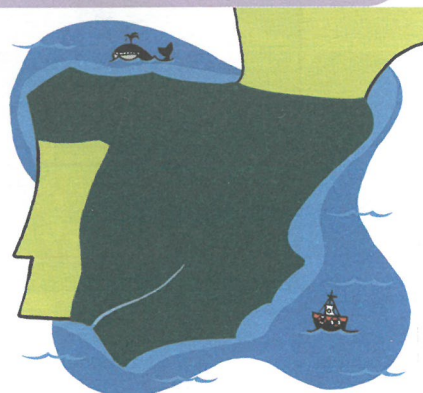
4 Relaciona con flechas y forma oraciones. Después, escríbelas.

El parque	encuentran un gorrión.
Los niños	vende globos de colores.
Un hombre	está muy animado.

An arrow points from 'El parque' to 'está muy animado.' and from 'Un hombre' to 'vende globos de colores.'

- Sustantivos comunes y propios.
- Formación de oraciones.

España es un país situado en la península Ibérica. Limita al norte con el **mar Cantábrico** y con Francia. Al oeste con Portugal y el **océano Atlántico**, al sur con el **mar Mediterráneo** y con el **océano Atlántico**, y al este con el **mar Mediterráneo**.



El río **Guadalquivir** es uno de los más importantes de España, y pasa, entre otros lugares, por la **ciudad de Córdoba**.

- 1 Fíjate en los grupos de palabras destacadas en el texto. Después, completa.

el mar _____

el océano _____

_____ Mediterráneo

_____ Guadalquivir

_____ de Córdoba

EN TODOS LOS GRUPOS HAY UN NOMBRE COMÚN Y UN NOMBRE PROPIO.



- 2 Clasifica los siguientes sustantivos.

Luis	guantes	Juan	gorro	Ana	amigo
	gafas	Goyo	mar	Carlos	

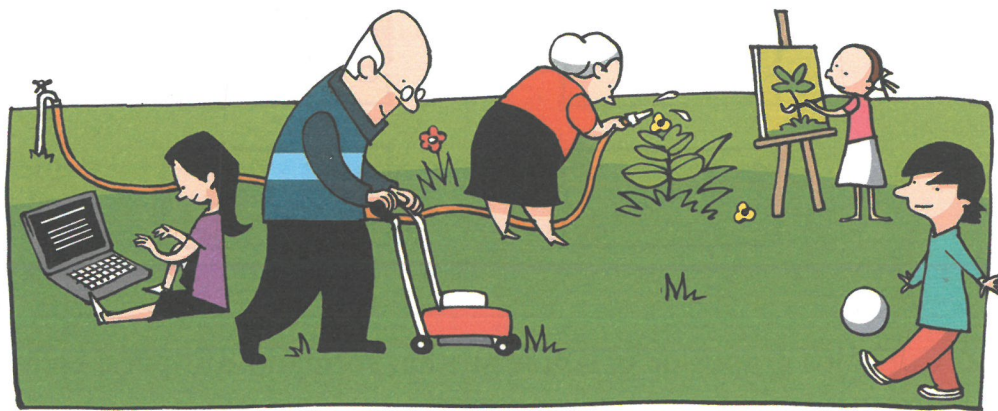
Sustantivos propios: _____

Sustantivos comunes: _____

3 Escribe oraciones usando los sustantivos comunes y propios del ejercicio anterior.

Luis ha aprendido a nadar en el mar.

4 Observa la escena y escribe un texto en el que expliques lo que hace cada personaje.



Vocabulario:

amigo
ciudad
gafas
gorro
guantes
guitarra
mar
océano
río

INVENTA TÚ LOS
NOMBRES DE
LOS PERSONAJES.



Vocabulario:

cabra
campaña
columpios
conejos
queso

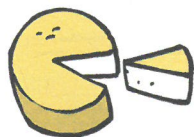
9

- Palabras con *ca, co, cu, que, qui*.
- Grupos nominales.

1 Relaciona para formar grupos de palabras.

queso	de campaña
tienda	de conejos
madriguera	de madera
columpio	de cabra

2 Copia los grupos de palabras que has formado. Después, escribe otro parecido sobre el último dibujo.



queso de cabra



tienda _____



madriguera _____





- Nombres propios.
- Sustantivos en singular y en plural.

Vocabulario:

gallina/gallinas
grano/granos
pollito/pollitos

Hilda era una gallina –pequeña, roja, moteada– que vivía en la granja Benítez, en un pueblo llamado Villachica.

Hilda estaba muy excitada. Su tía acababa de tener cinco pollitos. Hilda estaba deseando verlos.

El problema es que su tía vivía en Villagrande y esto estaba a ocho kilómetros.

JILL TOMLINSON



- 1 Copia los nombres propios que aparecen en el texto.

- 2 Escribe debajo de los dibujos el nombre de los animales en singular o en plural.



gallina



gallinas





- 3 Relaciona y escribe.

La gallina

picotean los granos del suelo.

Las gallinas

picotea un grano del suelo.

- Adjetivos calificativos.
- Descripciones.

1 Lee y rodea los adjetivos calificativos.

Elena es una niña con el pelo de color rubio que acaba de cumplir un año. Está muy alta para su edad y es muy alegre. Casi ha aprendido a andar, y como es tan inquieta, va continuamente de un lado a otro. El otro día le regalaron un cochecito pequeño, rápido y muy bonito.



2 Escribe los adjetivos calificativos que se refieren a los siguientes sustantivos.

Elena		El cochecito	

3 Relaciona los adjetivos que tienen significados contrarios.

alta	tranquila
alegre	grande
inquieta	baja
pequeño	feo
rápido	triste
bonito	lento

4 Escribe seis oraciones en las que aparezcan adjetivos del ejercicio anterior.

Vocabulario:

alegre
alta
baja
bonito
delgada
feo
grande
inquieta
largo
lento
liso
moreno
pequeño
rápido
tranquila
triste

5 Lee y completa.

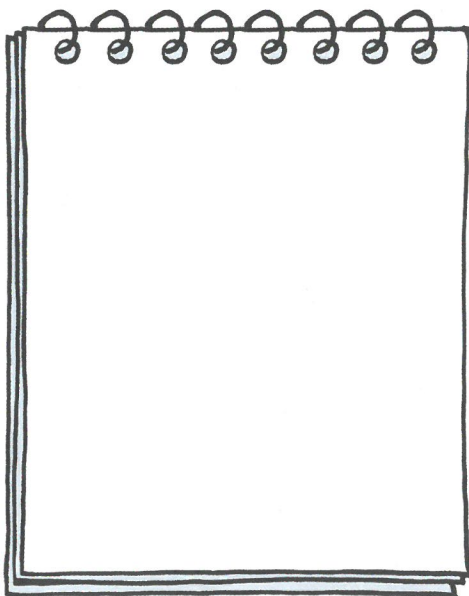


Mi amiga se llama Susana y tiene diez años.
Es una chica muy alta y delgada. Tiene el pelo
largo, liso y moreno.

Mi amigo se llama Alejandro y tiene

diez años. Es un chico bajito y _____

6 Dibuja a un amigo o a una amiga, y escribe cómo es.



Se llama _____

y tiene _____

- Sustantivos en singular y en plural.
- Los posesivos.



1 Director. 2 Violines. 3 Viola. 4 Violonchelo. 5 Contrabajo. 6 Arpa. 7 Clarinete. 8 Flauta. 9 Oboe. 10 Fagot. 11 Trompeta. 12 Trombón. 13 Timbales.

1 Observa a los componentes de la orquesta y completa.

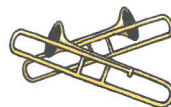


violín

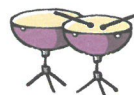


violines





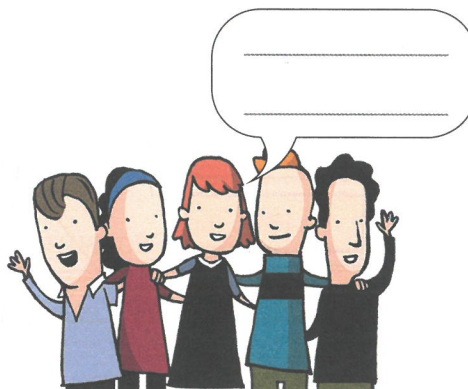








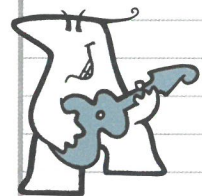
2 Escribe lo que dice cada niño usando un posesivo.



Vocabulario:

arpa
clarinete
contrabajo
fagot
flauta
oboe
timbal
trombón
trompeta
viola
violín
violonchelo

YO TENGO
UNA GUITARRA.
LA GUITARRA
ES MÍA.

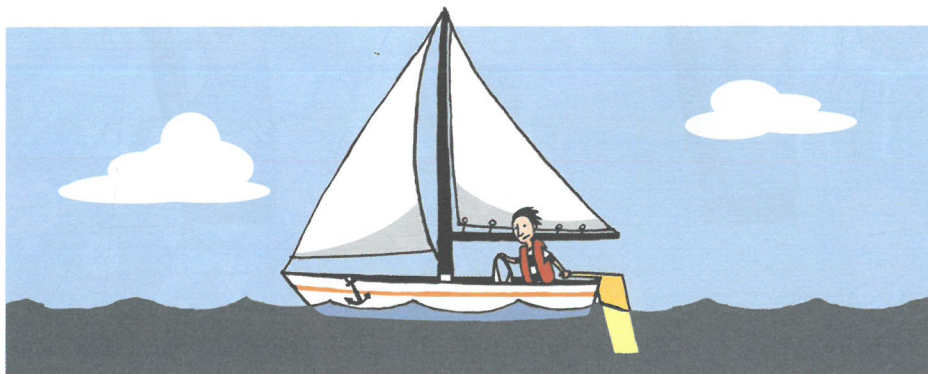


Vocabulario:

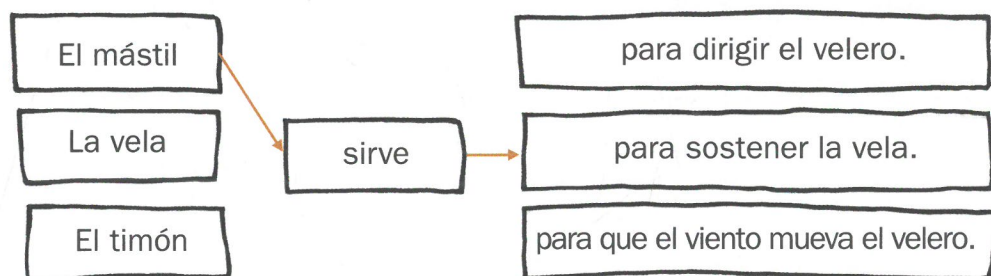
cubierta
mástil
timón
vela
velero

13

- Grupos nominales.
- Formación de oraciones.

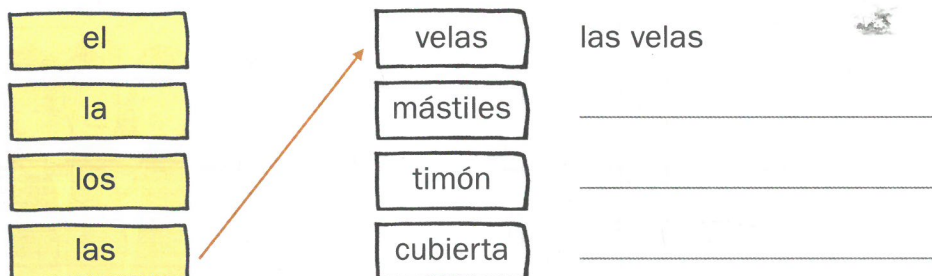


1 Observa el dibujo. Después, relaciona para formar oraciones y escribe.



El mástil sirve _____

2 Relaciona y escribe grupos nominales.



- El lenguaje y las diferentes lenguas.
- Gentilicios.

Vocabulario:

alemán
inglés
italiano
portugués



- 1** Fíjate en las fichas de los alumnos y completa siguiendo el modelo.

Ambrosio es de Oporto y habla portugués.

Hermann es de _____

Betty _____

Fabrizio _____

- 2** Escribe cómo se llaman los habitantes de estos países.

Gran Bretaña → británicos

Francia → _____

Portugal → _____

Marruecos → _____

Alemania → _____

Irlanda → _____

Italia → _____

Rumanía → _____

EL NOMBRE DE LOS
PAÍSES SE
ESCRIBE CON
MAYÚSCULA; EL DE
LOS HABITANTES
Y SU LENGUA,
CON MINÚSCULA.



- Reconocimiento de palabras y oraciones.
- Uso del punto.
- División de palabras al final de línea.

Miguel se va a quedar en casa de sus abuelos y tiene que avisar a su madre. Pero hay un problema: el teléfono móvil del abuelo está estropeado. Al mirar por la ventana ha encontrado la solución: ¡una paloma mensajera!



FÍJATE BIEN EN
LAS PALABRAS
ESCRITAS
CON MAYÚSCULA.



Mamá:

Me he quedado a dormir con los abuelos.

Te mando a la paloma Recadera para avisarte.

Me portaré muy bien, no te preocupes.

Contesta a este mensaje.

Un beso.

Miguel

1 Rodea los puntos que aparecen en el mensaje.

2 Copia la palabra que está delante de un punto y la palabra que está detrás.

Delante del punto

Detrás del punto

3 Escribe los puntos y las mayúsculas que faltan en el mensaje de respuesta de la madre de Miguel.

___ Miguel:
___ a paloma Recadera ha llegado
___ a estoy tranquila
___ o también te mando un beso
___ amá



4 Une los siguientes grupos de palabras para formar oraciones.

El teléfono del abuelo

envía el mensaje con la paloma.

Una paloma mensajera

ya está tranquila.

Miguel

se posa en la ventana.

La madre

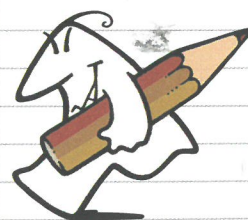
está estropeado.

5 Copia con buena letra las oraciones que has formado.

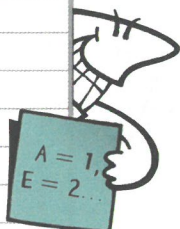
6 Observa el ejemplo y escribe tres disparates más.

Miguel se posa en la ventana.

ASÍ ES
DIVERTIDO
ESCRIBIR
ORACIONES.



MIGUEL HA
SUSTITUIDO LAS
VOCALES POR
NÚMEROS.



7 Descifra los mensajes que Miguel ha mandado a algunos de sus amigos.

C1rl4s:
¿Q532r2s v2n3r 1
m3 c1s1?
T2 3nv3t4 1
m2r2nd1r.
M3g52l

2v1:
2st1 t1rd2 v1m4s 1
3r 1l c3n2.
¿T2 1p5nt1s?
M3g52l

A Carlos: _____

A Eva: _____

8 Observa los siguientes mensajes. Después, cópialos dividiendo las palabras resaltadas con un guión.

Mamá:
Hoy voy a **llegar**
a las cinco
de la tarde.

Papá:
Me he **llevado**
tu bufanda.

Abuela:
En la **nevera** hay
helados.

Mamá:
○ Hoy voy a **lle-**
gar a las cinco
de la tarde.
○

Papá:
○ _____
○ _____
○ _____

Abuela:
○ _____
○ _____
○ _____

- División de palabras en sílabas.
- Diptongos.



1 Copia las siguientes palabras dividiéndolas en sílabas.

ayuntamiento	iglesia	punto	estación
carretera	biblioteca	aparcamiento	zoológico

a-yun-ta-mien-to

2 Escribe las palabras anteriores donde corresponda.

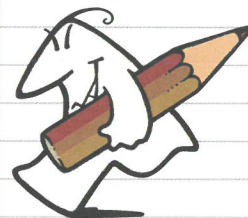
Tiene dos sílabas: _____

Tienen tres sílabas: _____

Tienen cuatro sílabas: _____

Tienen cinco sílabas: _____

FÍJATE QUE
ALGUNAS
SÍLABAS
TIENEN MÁS
DE UNA VOCAL.

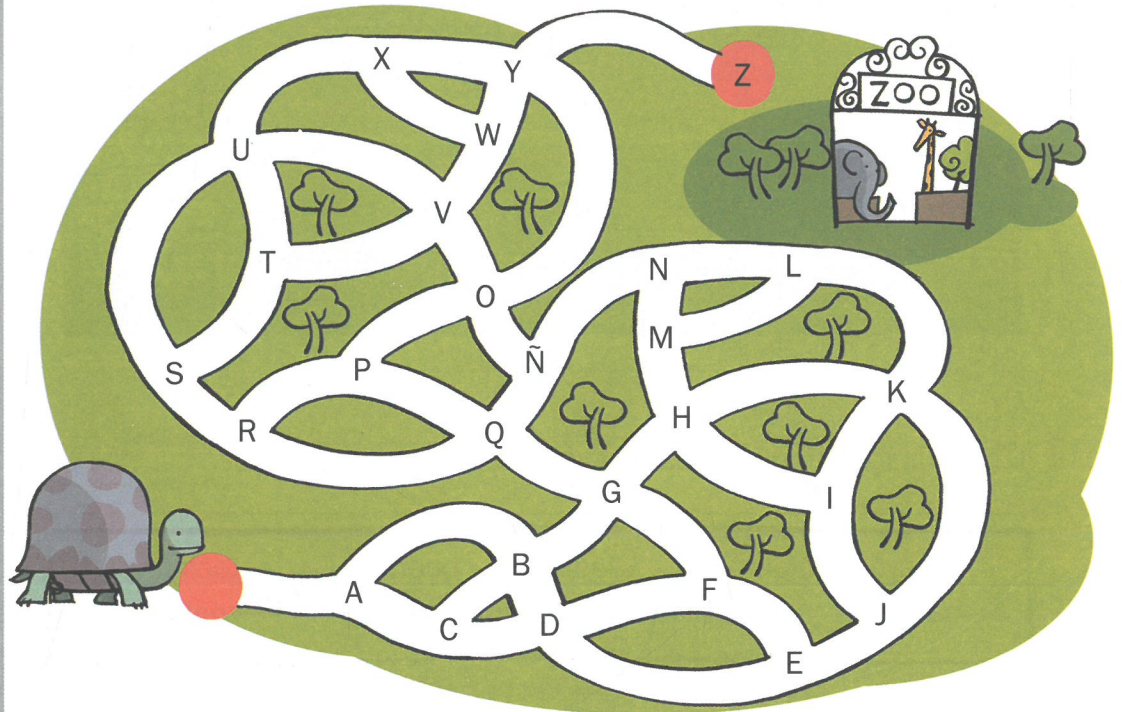


- Ordenación alfabética.
- Nombres de animales.

LEE LAS LETRAS DEL ABECEDARIO
CADA VEZ MÁS DEPRISA, PRIMERO
COMO UNA TORTUGA Y AL FINAL
COMO UNA LIEBRE.



- 1 Sigue el orden alfabético de las letras y descubrirás el camino por el que debe ir la tortuga. Después, escribe el abecedario completo.



A a							

- 2 Colorea de verde las casillas de las vocales y de naranja, las de las consonantes.

- 3 ¿Cuántas vocales y cuántas consonantes hay? Completa.

Hay _____ vocales.

Hay _____ consonantes.

4 Ordena alfabéticamente los nombres de estos animales.



tortuga	gorila	ñu	oso
erizo	zorro	koala	víbora
saltamontes	rinoceronte	jirafa	murciélago
iguana	león	urraca	buitre
nutria	avestruz	pelícano	delfín
foca	hipopótamo	cebra	

a _____	i _____	p _____
b _____	j _____	r _____
c _____	k _____	s _____
d _____	l _____	t _____
e _____	m _____	u _____
f _____	n _____	v _____
g _____	ñ _____	z _____
h _____	o _____	

COMO VES,
NINGÚN NOMBRE
DE ANIMAL
EMPIEZA POR Q,
W, X O Y.



- Uso de la coma.
- Enumeraciones.

VIAJAR POR EUROPA EN TREN

El tren es un medio de transporte que permite disfrutar del paisaje. Sería agradable hacer un viaje por Europa en tren. Si quieres, podemos pensar qué países deseamos visitar. Cuando lo tengamos decidido, compramos los billetes y nos ponemos en marcha.

Podríamos ir a Portugal, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza e Italia.

En Portugal hay ciudades muy bonitas como Lisboa, Oporto, Braga y Faro. En Italia existen grandes monumentos; por ejemplo, la torre de Pisa, el Coliseo romano, el teatro de la Escala de Milán y la Basílica de El Vaticano.



1 Subraya en el texto las series de palabras que están separadas por comas, con *y* o *e* al final.

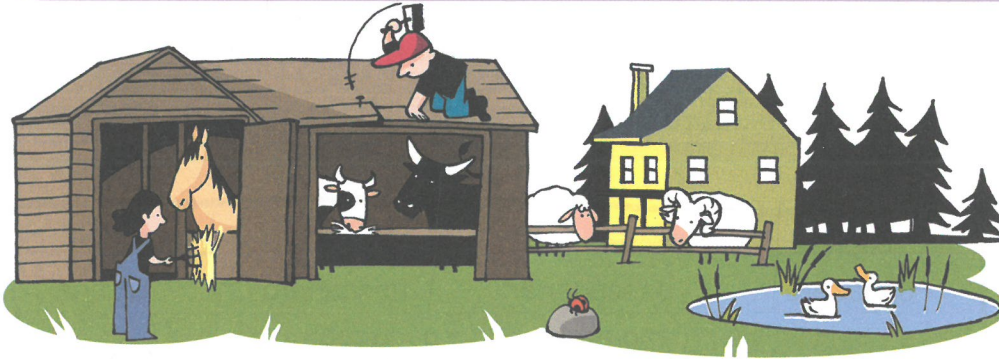
2 Copia las tres enumeraciones que has subrayado en el texto.

Podríamos ir a _____

En Portugal hay ciudades muy bonitas como _____

En Italia _____

- Palabras con *ca, co, cu, que, qui*.
- Concordancia en número entre el sujeto y el verbo.



Vocabulario:

bosque
caballo
carnero
carpintero
cuadra
establo
estanque
mariquita
oveja
redil
roca
toro
vaca

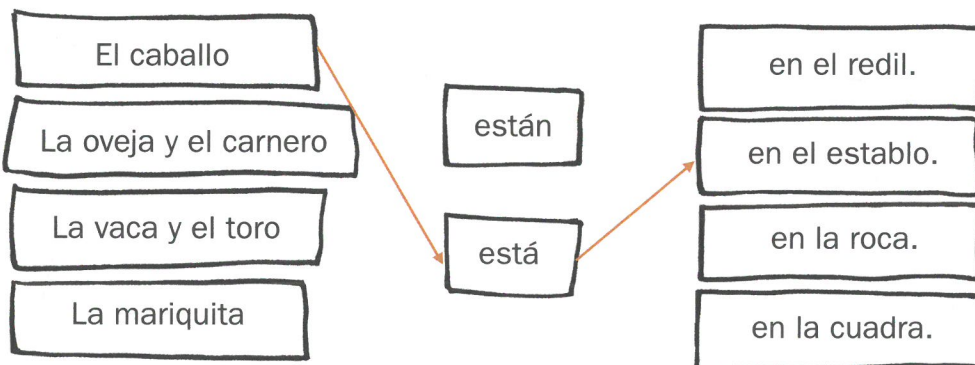
- 1 Rodea en el dibujo los seres u objetos que nombran los siguientes sustantivos. Después, copia los nombres donde corresponde.

bosque	caballo	carnero	cuadra	establo	roca
estanque	mariquita	oveja	carpintero	toro	vaca

Palabras con c → _____

Palabras con qu → _____

- 2 Forma oraciones y escríbelas.

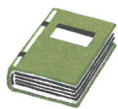


El caballo _____

- Palabras derivadas.
- Sonidos y letras.

1 Escribe cada palabra donde corresponda.

librero	pastelero	pastelería	zapatero
panadero	pescadería	pescadero	librería
	zapatería	panadería	



libro



pastel



pan



pescado

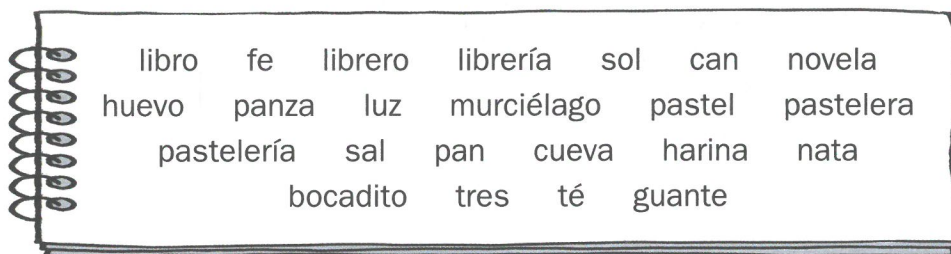


zapato

2 Escribe V verdadero o F falso según corresponda.

- ☐ Las palabras *arena* y *harina* empiezan por el mismo sonido.
- ☐ Las palabras *arena* y *harina* tienen el mismo número de sonidos.
- ☐ Las palabras *arena* y *harina* tienen el mismo número de letras.

3 Clasifica las siguientes palabras según el número de sílabas.



Monosílabas: _____

Bisílabas: _____

Trisílabas: _____

Polisílabas: _____

4 Observa los dibujos y completa.



está comiendo



está comprando



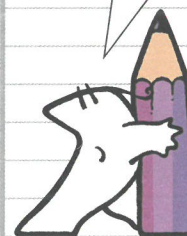
está arreglando

El niño se está comiendo un pastel en la pastelería.

La señora _____ el periódico

El relojero _____

SEPARA LAS
PALABRAS CON
COMAS Y PON
PUNTO FINAL.



Vocabulario:

arena

can

cueva

fe

guante

harina

huevo

librera

librería

librero

libro

pan

pastel

pastelera

pastelería

pastelero

pescadería

pescadero

pescado

reloj

relojería

relojero

sal

té

zapatería

zapatero

zapato

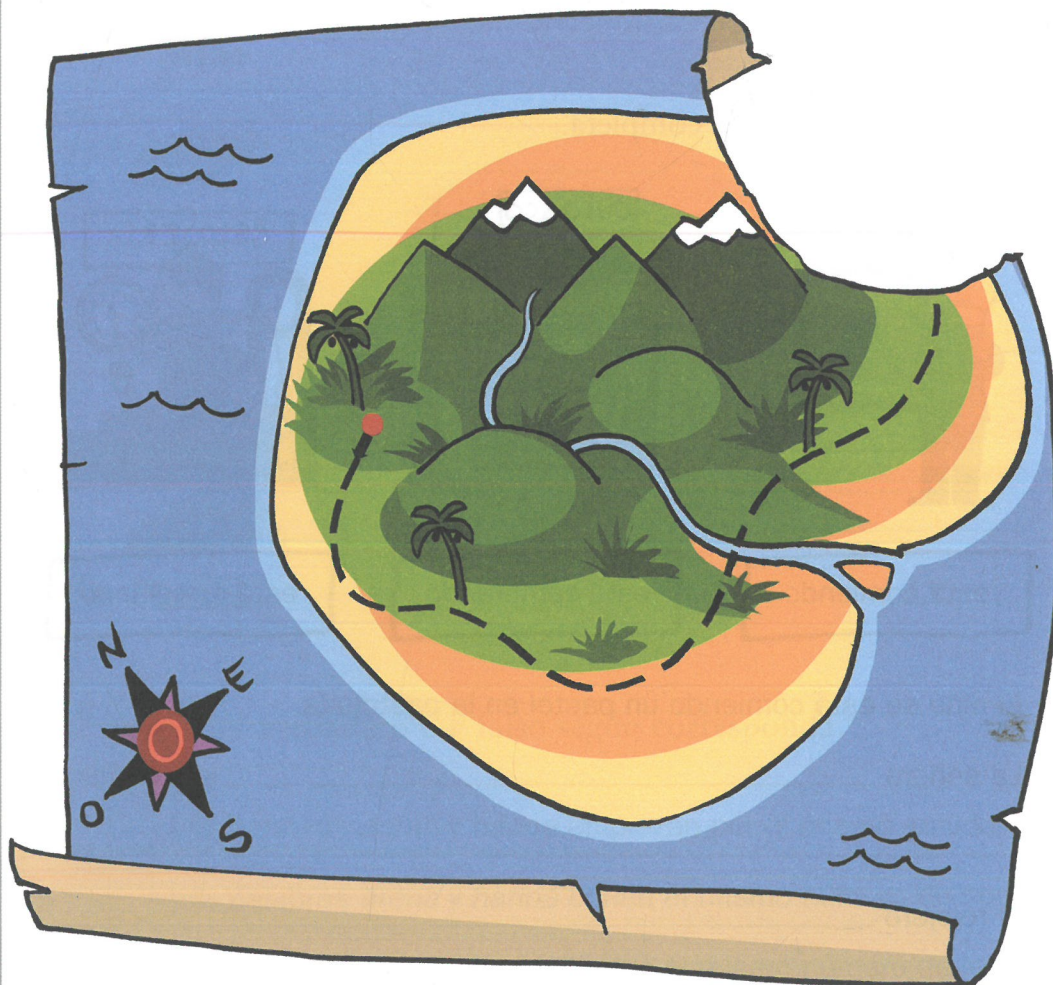
- Las sílabas.
- Formación de oraciones.

¿DÓNDE ESTÁ EL TESORO?

El corsario Barbanegra navegaba por el mar Caribe junto con su amigo Patapalo, que no era un pirata muy malo. Se dirigían a una isla para esconder un cofre que contenía un gran tesoro. Cuando terminaron de esconderlo, dibujaron un mapa para recordar dónde lo habían enterrado.

De vuelta al puerto donde habitualmente atracaban su barco, se encontraron con un pirata que llevaba un loro muy listo en el hombro. El loro vio el mapa en el bolsillo de Barbanegra y se lo quitó. Con el pico, el loro rompió una esquina del mapa.

¿Serías tú capaz de averiguar el lugar exacto donde se encuentra el tesoro? Sigue las pistas, a ver si lo consigues.



- 1 Primera pista. Forma palabras siguiendo la dirección de las flechas y escribe el resultado.

La	es	ta	so	da	el	tal	con	ra
tá	pis	ro	fun	te	men	trar	pa	en

en	pués	so	ne	de	que	tras	ci	e
.	la	des	pa	vie	le	cio	del	jer

ESTO ES
COMPLICADO
¿EH?



- 2 Segunda pista. Encuentra las palabras del cuadro en la sopa de letras.



E	C	L	T	E	S	O	M	R	O
C	O	R	D	I	L	L	E	R	A
E	L	S	R	Í	O	T	S	Á	D
S	I	E	R	R	A	E	E	B	A
J	N	O	D	E	L	A	T	F	U
V	A	L	L	E	E	N	A	T	E

- 3 Tercera pista. Escribe ordenadas las letras que han sobrado en la sopa de letras y sabrás dónde está el tesoro.

- 4 ¿Qué crees que habrá en el trozo de mapa que falta? Inventa y escribe.

- Palabras agudas, llanas y esdrújulas.
- Verbos en pasado.

Gonzalo es un chico muy desordenado. Esta es su habitación. Su padre le ha dicho que no saldrá a jugar hasta que no esté todo recogido.



- 1 Subraya los sustantivos que nombran objetos que aparecen en el dibujo.

pantalón lámpara bolígrafo cajón calcetín gorra
sillón helicóptero guitarra despertador termómetro
gafas botas almohada periódico

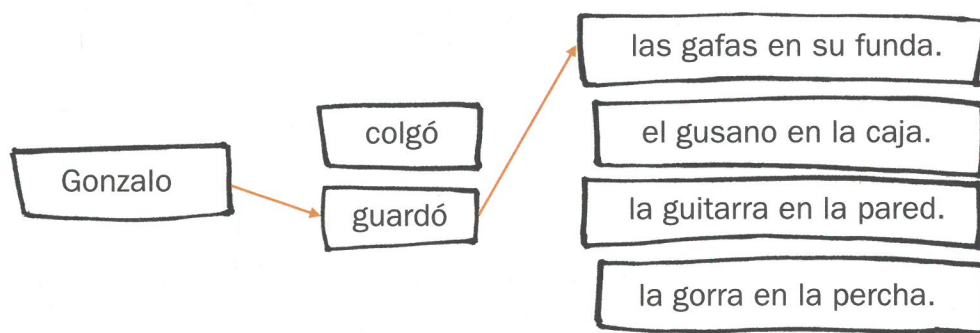
- 2 Clasifica todas las palabras anteriores según el acento.

Agudas

Llanas

Esdrújulas

- 3 Gonzalo ordenó su habitación antes de salir. Une y escribe oraciones explicando lo que hizo.



Gonzalo guardó _____

Gonzalo _____

- 4 Completa las oraciones con los verbos del recuadro. Utiliza el mismo tiempo verbal que se usa en el ejemplo.

cerrar doblar apagar tender guardar

Gabriel ha cerrado el cajón donde guarda los calcetines.

Adela _____ la pantalla del ordenador.

Miguel _____ los pantalones en el armario.

Irene _____ su pijama.

Lucas _____ el bañador en el tendedero.

Vocabulario:

almohada
apagar
bolígrafo
botas
cajón
calcetín
cerrar
colgar (colgó)
despertador
doblar
gafas
gorra
guardar (guardó)
guitarra
gusano
helicóptero
lámpara
pantalón
periódico
sillón
tender
termómetro

- Palabras con *za, zo, zu, ce, ci*.

1 Completa con *c* o con *z* según corresponda.



___apato



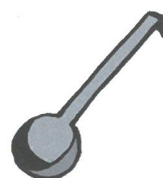
___orro



a___eite



___arza



ca___o



___ebolla



___epillo



a___ulejo



___isne



___umo

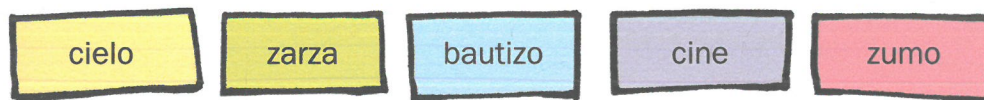
ATENCIÓN: LA PALABRA «CISNE» ESTÁ ESCRITA DE DERECHA A IZQUIERDA Y HAY UNA PALABRA EN DIAGONAL.



2 Busca las palabras anteriores en la sopa de letras.

Z	A	D	F	V	H	U	O	Ñ	E	N	S	I	C
U	Q	Q	W	E	L	O	I	N	U	M	A	D	E
M	X	K	A	U	Y	J	Z	O	P	J	K	D	P
O	S	X	C	A	Z	W	C	A	Z	O	N	M	I
Q	W	E	E	S	A	K	E	T	R	G	I	L	L
W	E	R	I	Q	P	O	B	A	E	Z	I	O	L
Z	E	N	T	O	A	P	O	B	L	U	A	N	O
T	U	N	E	S	T	O	L	Ñ	O	K	U	I	C
A	Z	O	R	R	O	X	L	C	T	B	U	I	O
Ñ	G	E	S	R	O	P	A	Z	U	L	E	J	O

3 Completa las oraciones con las palabras de los recuadros.



Anoche el _____ estaba totalmente cubierto de estrellas.

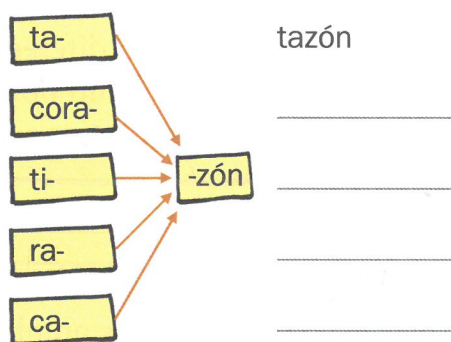
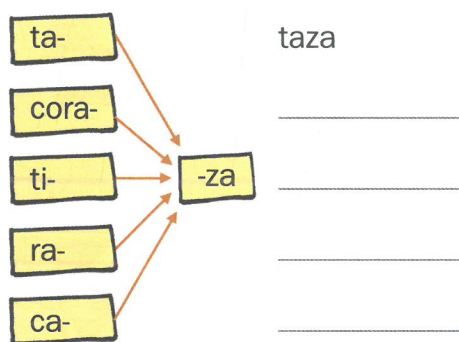
Me gusta ir de vez en cuando al _____ a ver una película.

Ayer fui al campo y me pinché con una _____.

En el _____ se reunió toda la familia.

Todas las mañanas me hago un _____ de naranja.

4 Forma palabras. Después, escribe las palabras que corresponden a las definiciones.



Armadura para proteger el pecho y la espalda: _____

Trozo de leña a medio quemar: _____

Recipiente con asa que se usa para beber: _____

Órgano del cuerpo que impulsa la sangre: _____

Pez de la familia del tiburón: _____

5 Elige tres palabras del ejercicio anterior y forma una oración con cada una de ellas.

Vocabulario:

aceite
azulejo
bautizo
caza
cazo
cazón
cebolla
cepillo
cielo
cine
cisne
coraza
corazón
raza
razón
taza
tazón
tiza
tizón
zapato
zarza
zorro
zumo

- Vocabulario de animales.
- Las sílabas y las palabras.

ANIMALES DIFERENTES

Los animales son muy diferentes entre sí. Cada especie vive en un lugar determinado, se alimenta y se reproduce de forma especial y tiene costumbres distintas. Fíjate en algunos ejemplos.

El hipopótamo es un animal mamífero. Vive en los lagos y en los ríos de África, y se alimenta de hierbas y de plantas acuáticas.

La ballena es el mayor mamífero marino que se conoce. Se alimenta de pequeños animales y vive en mares y océanos.

El cóndor es un ave rapaz de gran tamaño. Se alimenta de carne y habita en las altas cimas de las cordilleras americanas.

Los animales son tan diferentes entre sí, que incluso el mismo animal recibe a veces un nombre distinto cuando es una cría y cuando es adulto. Así, por ejemplo, la cría de la oveja se llama cordero.

- 1** Lee el texto y copia los nombres de animales.

- 2** Explica las características de los animales que aparecen en el texto. Forma oraciones con los verbos *comer* y *vivir*.

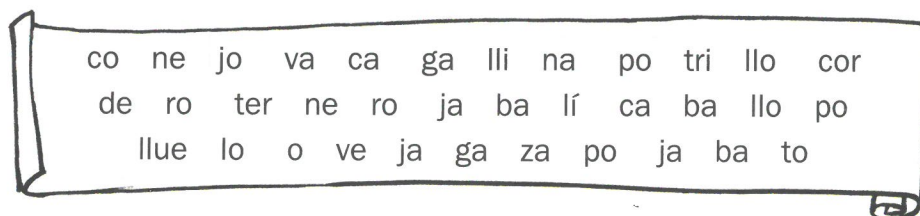
El hipopótamo come _____

y vive en _____

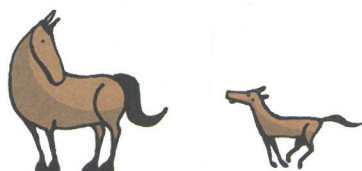
La ballena _____

El cóndor _____

- 3 Une las sílabas para formar palabras y tendrás los nombres de varios animales adultos y de sus crías.



- 4 Escribe junto a los dibujos los nombres de animales y sus crías.



la yegua y el potro











LA CRÍA DEL
CONEJO ES EL
GAZAPO Y LA
DEL JABALÍ ES
EL JABATO.

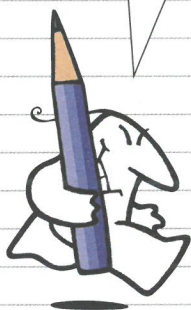


Vocabulario:

ballena
caballo
cóndor
conejo
cordero
gallina
gazapo
hipopótamo
jabalí
jabato
mamífero
oveja
polluelo
potrillo
ternero
vaca

- El tiempo verbal: pasado, presente y futuro.
- Los infinitivos.

YO TAMBIÉN
QUIERO SER
ESCRITOR.
¿Y TÚ?



Carmen es una escritora muy veterana.
Hace más de veinte años que se dedica
a la apasionante tarea de escribir libros.

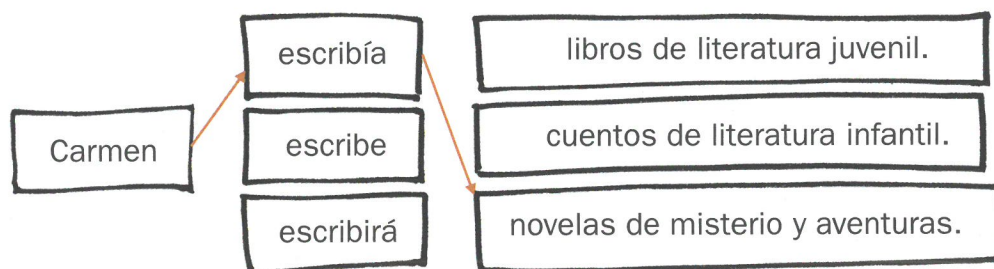
Comenzó en los años ochenta
escribiendo novelas de misterio
y de aventuras.

En la actualidad se dedica a la literatura
infantil y escribe cuentos
para los más pequeños.

En un futuro desea publicar libros
de literatura juvenil, con mucha acción
y mucha magia.



- 1 Subraya en el texto los grupos de palabras que hacen referencia al tiempo pasado, al presente o al futuro.
- 2 Fíjate en el texto. Relaciona y escribe.



En el pasado, Carmen _____.

En la actualidad, _____.

En el futuro, _____.

- 3 Completa con las formas verbales de los cuadros.
Fíjate si están en pasado, presente o futuro.

jugaba juega jugará

Cuando era pequeña, Ana _____ con los ositos de peluche.

Ahora, tiene cinco años y _____ con las construcciones.

De mayor dice que _____ al baloncesto.

pintaba pinta pintará

Hace años, el dibujante _____ con lápices de colores.

Ahora, _____ con ceras.

Dentro de unos años _____ con acuarela y óleo.

- 4 Inventa tres oraciones con las siguientes palabras.

trabajaba trabaja trabajará

- 5 Escribe los infinitivos de las siguientes formas verbales.

trabajaba: _____ corría: _____

estudiará: _____ pinta: _____

paseó: _____ saldrá: _____

entenderá: _____ escribía: _____

modelará: _____ jugaba: _____

consiguió: _____ descubrirá: _____

Vocabulario:

conseguir
(consiguió)
entender
(entenderá)
escribir (escribía,
escribe, escribirá)
estudiar (estudiará)
jugar (jugaba,
juega, jugará)
modelar (modelará)
pasear (paseó)
pintar (pintaba,
pinta, pintará)
trabajar (trabajaba,
trabaja, trabajará)

- Las sílabas y las palabras.
- Secuencia temporal.

1 Lee estas adivinanzas. ¿A qué frutas se refieren?

Oro parece, plata no es,
si no lo adivinas,
darás un traspies.

Es el _____.

Blanca por dentro,
verde por fuera,
si no te la sabes, espera.

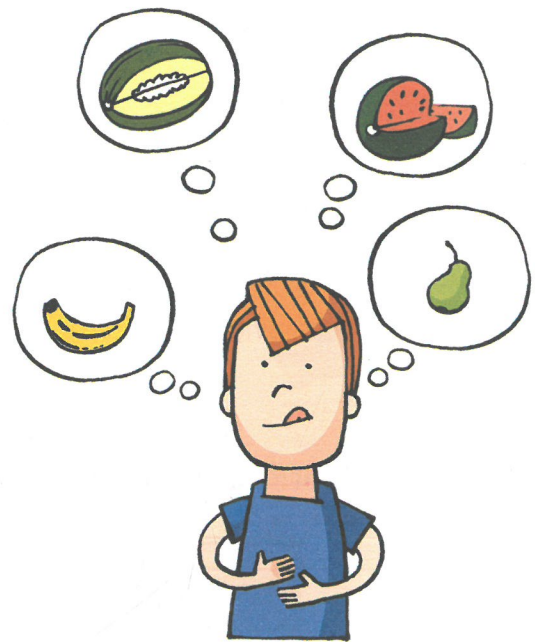
Es la _____.

Un balón de rugby parece,
y de postre, en verano,
siempre apetece.

Es el _____.

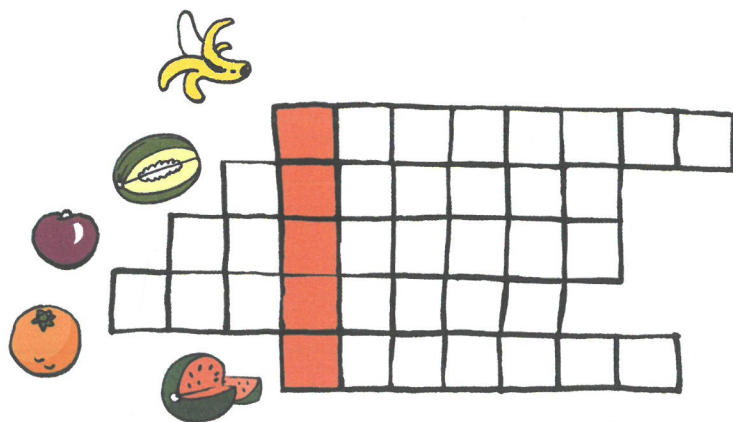
Es redonda, es muy rica
y por dentro sonrosada,
tómala siempre fresquita,
de noche o por la mañana.

Es la _____.



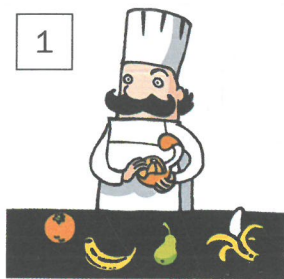
2 Completa el crucigrama con el nombre en plural de las frutas de los dibujos. ¿Cuáles son las frutas escondidas?

PON LOS NOMBRES
EN EL MISMO
ORDEN QUE ESTÁN
LOS DIBUJOS.

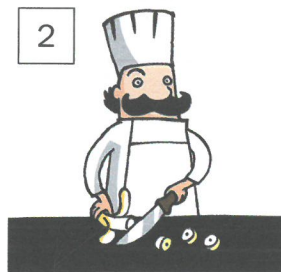


Las frutas escondidas son las _____.

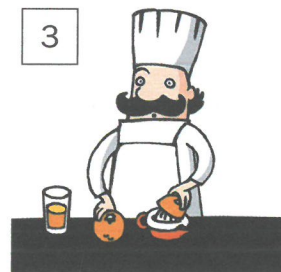
3 Observa y lee. Después, escribe cómo se prepara una macedonia.



PELAR



CORTAR



EXPRIMIR



MEZCLAR



GUARDAR

1. Primero, se pela la fruta que hemos elegido.

2. Luego, _____.

3. Después, _____.

4. A continuación, _____.

5. Finalmente, _____.

4 Agrupa las sílabas para formar nombres de frutas y de árboles frutales. Después, cópialos donde corresponde.

man za no hi gue ra pe ral ci rue lo li mo ne ro
li món pe ra ci rue la hi go man za na

Frutas: _____

Frutales: _____

Vocabulario:

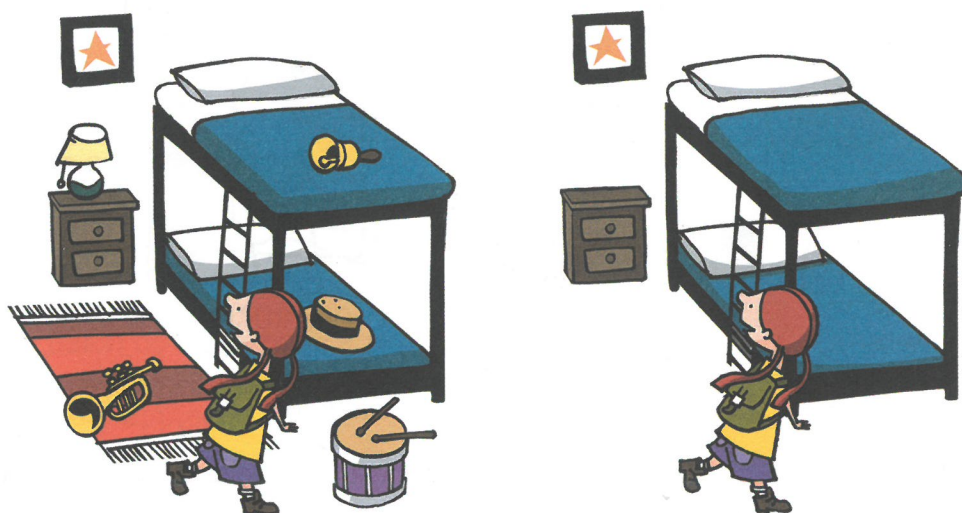
cerezas
cerezo
ciruela
ciruelo
higo
higuera
limón
manzana
manzano
melocotón
melocotonero
melón
naranja
pera
peral
plátano
sandía

PON LOS NOMBRES
DE LAS FRUTAS
Y DE LOS ÁRBOLES
EN EL MISMO
ORDEN.



- Palabras con *m* antes de *p* y antes de *b*.
- Los demostrativos.
- Grupos nominales.

1 En el dibujo de la derecha faltan objetos que aparecen en el de la izquierda. Rodéalos y escribe los nombres.



2 Escribe las siguientes palabras donde corresponda.

compra	Ambrosio	lumbre	timbre
campamento	compañero	tiempo	bombilla
	bombón	limpieza	

Palabras con -mb-: _____

Palabras con -mp-: _____

3 Elige el demostrativo que acompaña a cada sustantivo y escribe.

este esa aquellos aquellas

_____ juguetes _____ butaca
_____ escritorio _____ sillas

4 Completa la tabla de los demostrativos.

	Singular		Plural	
	Masculino	Femenino	Masculino	Femenino
Indican cercanía	este			estas
Indican distancia media		esa	esos	
Indican lejanía	aquel		aquellos	

5 Mira a tu alrededor y completa.

este _____ ese _____ aquel _____

6 ¿Qué representa cada dibujo? Escribe los nombres.



silla







7 Inventa oraciones con los sustantivos anteriores. Usa también demostrativos.

Vocabulario:

alfombra
Ambrosio
bombilla
bombón
campamento
campana
compañero
compra
lámpara
limpieza
lumbre
sombrero
tambor
tiempo
timbre
trompeta

Vocabulario:

28

bilingüe
cigüeña
desagüe
lengüeta
paragüero
pedigüeño
piragüista
vergüenza

- Palabras con *güe, güi*.
- Formación de oraciones.

1 Busca en la sopa de letras ocho palabras con *ü*. Después, escríbelas.

Z	P	I	R	A	G	Ü	I	S	T	A
U	A	V	E	R	G	Ü	E	N	Z	A
M	R	P	E	D	I	G	Ü	E	Ñ	O
O	A	X	C	C	Z	W	C	A	D	B
Q	G	E	B	I	L	I	N	G	Ü	E
W	Ü	R	I	G	P	O	B	A	S	L
L	E	N	G	Ü	E	T	A	B	A	Z
T	R	N	Ü	E	T	O	L	Ñ	G	N
A	O	O	E	Ñ	O	X	L	C	Ü	G
Ñ	D	E	S	A	G	Ü	E	Z	E	Ü

2 Relaciona las siguientes palabras con su significado. Después, escribe las definiciones.

paragüero

desagüe

piragüista

Conducto
de salida
de las aguas.

Recipiente
para meter
paraguas.

Persona
que navega
en piragua.

El paragüero es _____

- Palabras con *-bl-*.
- Los demostrativos.

Vocabulario:

amable
establo
mueble
niebla
pueblo
tabla

1 Lee y rodea las palabras que tienen *-bl-*.

Puebla de Sanabria es el pueblo de Zamora donde vive Pablo. Pablo trabaja en el campo cuidando las vacas de un establo. Dentro del establo hay un mueble donde Pablo ordena todos los utensilios de trabajo. Hace dos semanas, un día de niebla se le rompió el mueble, pero un hombre muy amable que por allí pasaba se lo arregló usando tres tablas.



2 Une los demostrativos con los sustantivos y escribe los grupos de palabras que te resulten.

este	niebla
esta	tablas
estos	muebles
estas	pueblo

esta niebla

3 Completa para formar oraciones.

Esta niebla no me deja ver _____

Este pueblo está _____

Estos muebles _____

Estas tablas _____

- Palabras compuestas.
- Nombres propios.

Carlota: ¡Oh, reina madre! Estoy muy angustiada.

M.^a Elena: ¿Por qué princesita mía?

Carlota: Mi querido príncipe Froilán dijo que regresaba hoy, y no ha venido todavía.

M.^a Elena: Dale un poco de tiempo, cariño. Aún son las dos del mediodía.

Sancho: ¡Paso, paso al cartero!
Traigo una carta para la princesa desde el otro lado de la serranía.

Carlota: ¡Dios mío! Rápido, un abrecartas.
Mis miedos parecen fundados.
Espero que mi príncipe viva todavía.

M.^a Elena: ¡Alarma, avisen a mis caballeros más fuertes, por lo que pasar podría!



1 Primero, lee. Después, escribe el nombre de cada personaje.

princesa → _____

príncipe → _____

cartero → _____

reina → _____

2 Escribe una oración que exprese el papel de cada personaje en el texto anterior.

La reina intenta consolar a su hija.

La princesa _____

El cartero _____

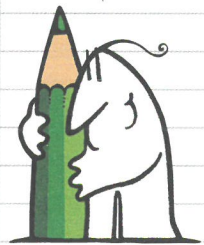
3 Inventa un final para la historia.

Carlota: La carta dice así: «Mi querida princesa Carlota,
nos ha sorprendido una tempestad _____

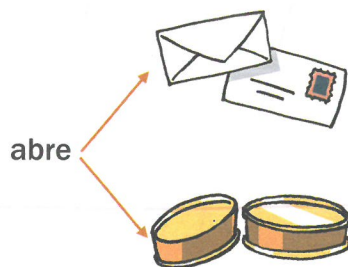
M.^a Elena: _____

Carlota: _____

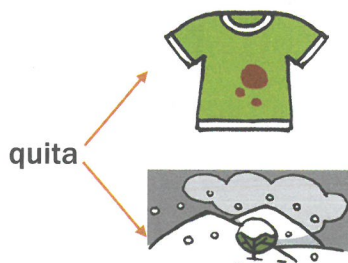
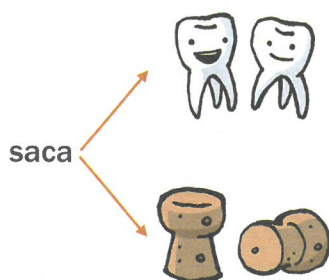
ESCRIBE LO QUE
QUIERES QUE DIGAN
LOS PERSONAJES.



4 En el texto hay una palabra compuesta, *abrecartas*. Forma tú otras palabras compuestas.



abrecartas



Vocabulario:

abrecartas
abrelatas
quitamanchas
quitanieves
sacacorchos
sacamuelas

- Palabras relacionadas por su significado.
- Grupos nominales.

Torcuato y Canuto son dos marineros. Su barco está a punto de zarpar rumbo a Australia. El buque está amarrado en el puerto de un pequeño pueblo que está situado en la cima de una montaña. El capitán del navío ha ordenado a los marineros Torcuato y Canuto que suban al poblado que está en la cumbre del monte y compren las provisiones necesarias para el largo trayecto hasta Australia.



- 1 Busca en el texto palabras que signifiquen lo mismo que las siguientes.

montaña → _____

pueblo → _____

barco → _____

cima → _____

- 2 Clasifica las siguientes acciones según el medio de transporte al que hacen referencia.

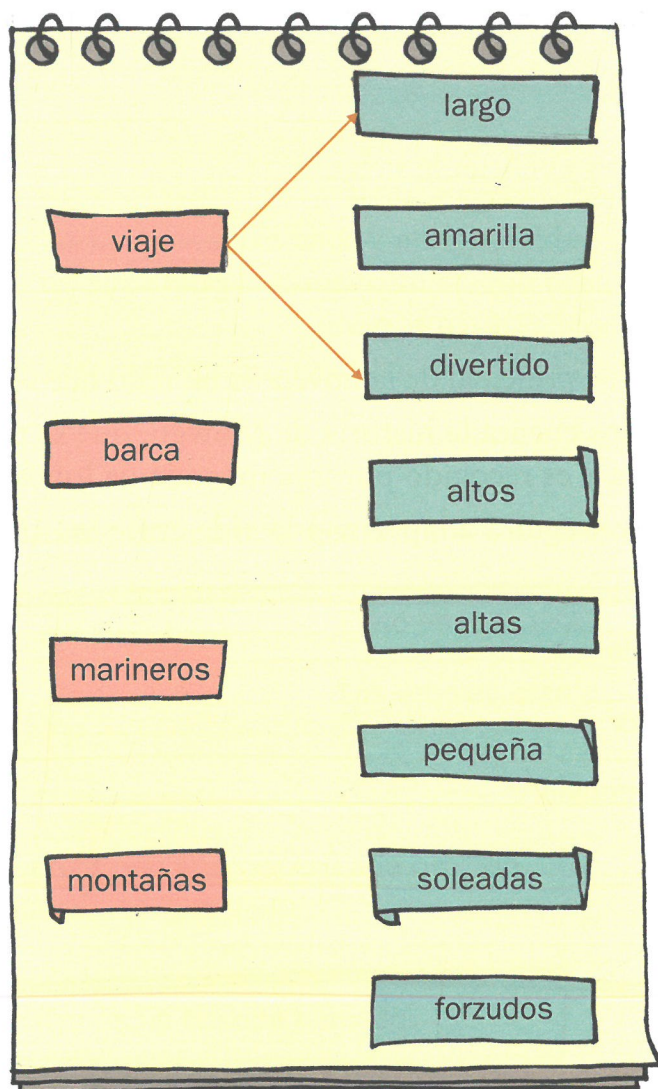
circular	volar	naufragar	zarpar
derrapar	despegar	navegar	aterrizar
			aparcar

Barco

Coche

Avión

3 Relaciona cada sustantivo con dos adjetivos y escribe grupos de palabras como los del ejemplo.



un viaje largo y divertido

4 Inventa dos oraciones con algunos de los grupos de palabras anteriores.

Vocabulario:

barco
buque
cima
circular
cumbre
derrapar
despegar
montaña
monte
naufragar
navío
poblado
pueblo
volar
zarpar

- Verbos.
- Género y número de los adjetivos.

1 Lee el texto y rellena la ficha.

¿Has oído hablar alguna vez de *El libro de la selva*? Se trata de una famosa novela de aventuras publicada en el año 1894 y escrita por Rudyard Kipling.

El personaje principal de la novela es un niño que se llama Mowgli.

El libro nos cuenta la historia de Mowgli, que se pierde en la selva y es recogido por una manada de lobos.

El niño conseguirá adaptarse a la vida entre los animales.



Título: _____

Autor: _____

Contenido: _____



2 Fíjate en los dibujos y escribe oraciones con las palabras de los recuadros.



JUGABA
SELVA
ANIMALES



NADÁBAMOS
RÍO
PECES



TREPABAN
TRONCO
ÁRBOL

El niño _____ en la _____ con los _____.

Nosotros _____ en el _____ con los _____.

Los monos _____ por el _____ del _____.

- 3 Completa el cuadro con las formas que faltan de cada uno de los adjetivos.

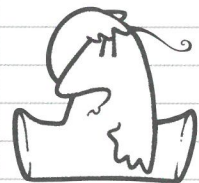
Singular		Plural	
Masculino	Femenino	Masculino	Femenino
bonito			
	oscura		
estrecho			estrechas
	silenciosa		
		frescos	
	alta		

PUEDES USAR
ALGUNOS DE LOS
ADJETIVOS DEL
CUADRO.

- 4 Completa cada oración con un adjetivo.

La selva era _____. El río es _____.

Las hojas son _____. Los árboles eran _____.



- 5 Subraya el adjetivo que aparece en cada oración. Después, completa.

La selva es un bosque húmedo.

El adjetivo es *húmedo*.

Se refiere al sustantivo *bosque*.

El río es un arroyo grande.

El adjetivo es _____.

Se refiere al sustantivo _____.

El camino es una vereda ancha.

El adjetivo es _____.

Se refiere al sustantivo _____.

- 1 Resuelve el crucigrama. Busca ayuda en la tareas que has hecho hasta ahora, porque en ellas están todas las palabras que necesitas.

HORIZONTALES

1. Avión que planea.
Ayuda en la tarea 1.
2. Persona que reina en un país. Ayuda en la tarea 6. 
3. El señor que cuida las cabras es el...
Ayuda en la tarea 3. 
4. Dueño de algo.
Ayuda en la tarea 7.
5. Los dineros que no te gastas y los guardas en una hucha son los...
Ayuda en la tarea 7.
6. Carro pequeño.
Ayuda en la tarea 5.
7. Río que pasa por Córdoba.
Ayuda en la tarea 8.
8. Astro amarillo que nos proporciona luz y calor.
Ayuda en la tarea 2.
9. Futura reina.
Ayuda en la tarea 30.
10. Lugar donde viven los conejos. Ayuda en la tarea 9. 
11. El relojero cuando arregla los relojes los está...
Ayuda en la tarea 20.
12. La limonada se hace con... Ayuda en la tarea 26. 

13. La persona que tiene alegría está...
Ayuda en la tarea 11.

14. Cría del conejo.
Ayuda en la tarea 24. 

VERTICALES

15. Pequeño pajarito.
Ayuda en la tarea 7. 
16. Norma que hay que cumplir.
Ayuda en la tarea 6.
17. «Distinto», en femenino y en plural.
Ayuda en la tarea 24.
18. Lugar donde se guarda la ropa. Ayuda en la tarea 22.
19. Fruta con forma de balón de rugby.
Ayuda en la tarea 26. 
20. Nombre de la hembra de un animal que empieza por /.
Ayuda en la tarea 17.
21. Sonido que producimos cuando hablamos o cantamos.
Ayuda en la tarea 4. 
22. Nos lo ponemos sobre la cabeza.
Ayuda en la tarea 27.
23. Tomar alimentos.
Ayuda en la tarea 24.



24. El lobo es muy «fiero», es un lobo... Ayuda en la tarea 3.

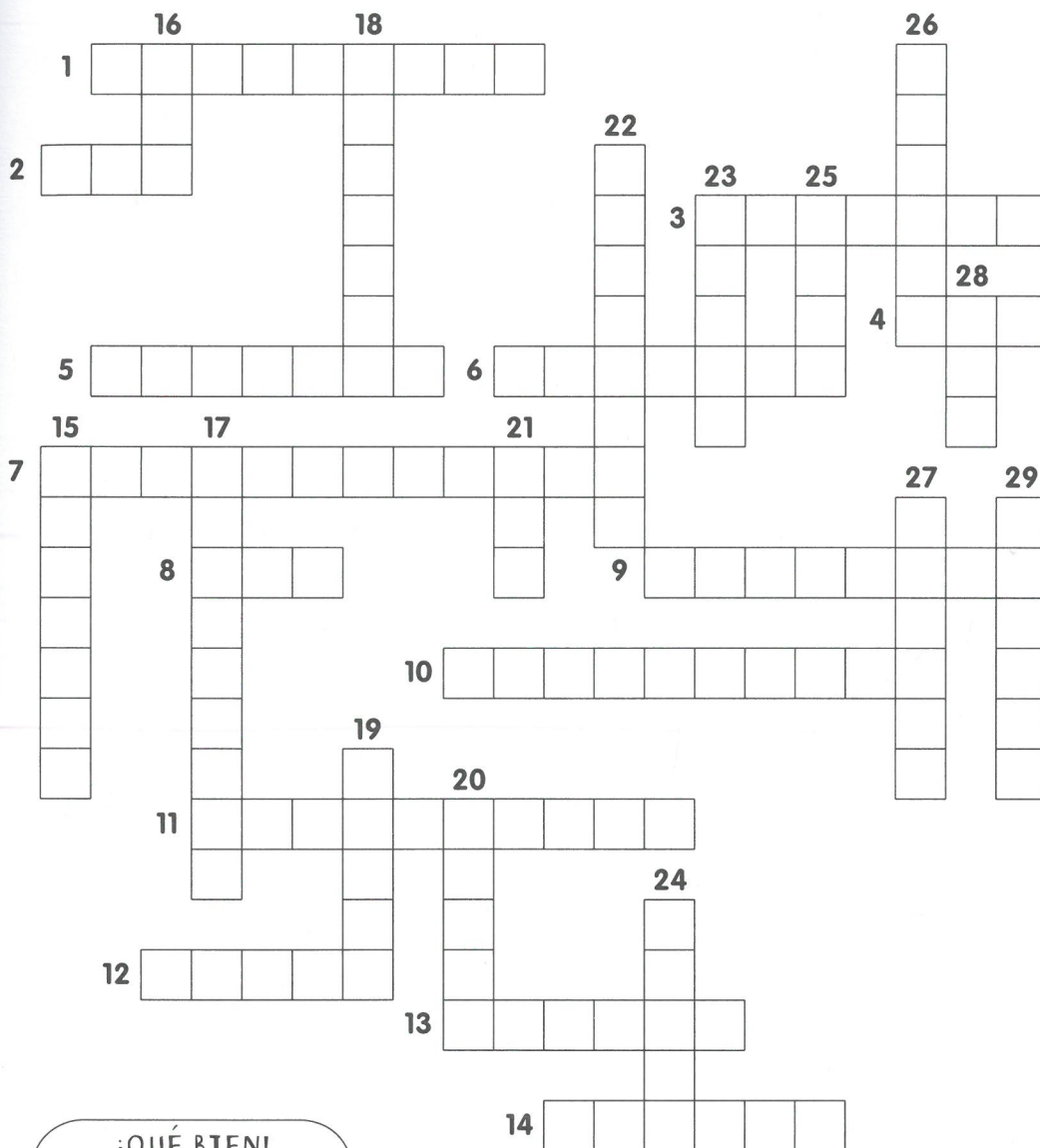
25. Lo contrario de «alta» es... Ayuda en la tarea 11.

26. Lugar con árboles y pastos en el que viven el león y la leona. Ayuda en la tarea 6.

27. Muchas cabras juntas forman un... Ayuda en la tarea 3.

28. El Mediterráneo es un... Ayuda en la tarea 8.

29. Nombre del mar por el que navegaban muchos piratas. Ayuda en la tarea 21.



¡QUÉ BIEN!
YA HAS TERMINADO.
¡HASTA PRONTO!



SOLUCIONARIO

1

PÁGINA 6

1. famosos, pequeño, grandes, largas, amplias, amables.
2. Respuesta gráfica (R. G.). largas-cintas, amables-auxiliares, famosos-hermanos, grandes-aeropuertos, amplias-sillas.

PÁGINA 7

3. viajero viajera viajeros viajeras
jugador jugadora jugadores jugadoras
muchacho muchacha muchachos muchachas
conductor conductora conductores conductoras
4. La jugadora juega al fútbol con pericia.
La conductora conduce el coche con prudencia.
La escultora talla una pieza de madera.
5. Los jugadores juegan al fútbol con pericia.
Los conductores conducen el coche con prudencia.
Los escultores tallan una pieza de madera.

2

PÁGINA 8

1. Preguntas: ¿Cuánto tiempo llevamos andando?
¿Quieres continuar? ¿Todavía estáis aquí? ¿Que a mí...?
Exclamaciones: ¡Pero bueno, si acabamos de salir!
¡Sí, claro! ¡Vaya par de dos! ¡Pero si yo estoy disfrutando del paisaje!

PÁGINA 9

2. ¿Subimos mañana a la montaña? / ¡Pero nos llevamos la cantimplora! / ¿A qué hora salimos? / ¡Nos levantamos temprano y nos vamos!
3. Juan: ¿Quieres dar un paseo por el parque? Ana: ¡Es una idea estupenda!

3

PÁGINA 10

1. Braulio, cabrero, cabras, hambriento, bromeando, bromas.
2. ¡Qué hambre tengo! / ¡Qué dulce está el zumo! / ¡Qué lista es mi hermana! / ¡Qué lejos está la casa!
3. ¡Qué frío tengo!

4

PÁGINA 11

1. las contraltos, los tenores, los bajos.
2. Respuesta modelo (R. M.). Los bajos cantan. Los bajos cantan muy grave. Los bajos cantan muy grave y con voz poderosa. / Los contraltos cantan. Los contraltos cantan muy agudo. Los contraltos cantan muy agudo y melodiosamente.

5

PÁGINA 12

1. carro, perro, enredado, sonriendo, rabo, perro, corriendo, rabiando.
2. A principio de palabra: rabo, rabiando.
Después de consonante: enredado, sonriendo.
Entre vocales: carro, perro, corriendo.

3. Curro conduce una carreta marrón.
El ratón se ha enredado en la rama.

6

PÁGINA 13

2. estoy, rey, ley, caray, ley, muy, hoy, hay.
3. R. G. esas papeleras, ese león, esa leona.

7

PÁGINA 14

1. pue-blo, pe-rro, a-mo, fla-co, tris-te, ni-ños, a-mi-gos, tar-de, da-ban, po-qui-to, me-rien-da, ju-ga-ban, reu-nie-ron, a-ho-rros, com-prar-le, va-cu-na.
2. Hay cero palabras monosílabas. / Hay nueve palabras bisílabas. / Hay ocho palabras trisílabas. / Hay una palabra polisílabas.

PÁGINA 15

3. Respuesta libre (R. L.).
4. R. G. El parque está muy animado. / Los niños encuentran un gorrión. / Un hombre vende globos de colores.

8

PÁGINA 16

1. el mar Cantábrico, el océano Atlántico, el mar Mediterráneo, el río Guadalquivir, la ciudad de Córdoba.
2. Sustantivos propios: Luis, Juan, Ana, Goyo, Carlos.
Sustantivos comunes: guantes, gorro, amigo, gafas, mar.

PÁGINA 17

3. R. L.
4. R. L.

9

PÁGINA 18

1. R. G.
2. tienda de campaña, madriguera de conejos, columpio de madera, nido de pájaros.

10

PÁGINA 19

1. Hilda, Benítez, Villachica, Villagrande.
2. pollito, pollitos.
3. R. G. La gallina picotea un grano del suelo.
Las gallinas picotean los granos del suelo.

11

PÁGINA 20

1. R. G. rubio, alta, alegre, inquieta, pequeño, rápido, bonito.
2. Elena: alta, alegre, inquieta. El cochecito: pequeño, rápido, bonito.
3. R. G. alegre-triste, inquieta-tranquila, pequeño-grande, rápido-lento, bonito-feo.



PÁGINA 21

1. R. L.
2. Es un chico bajito y un poco gordito. Tiene el pelo corto, rizado y pelirrojo.
3. R. G. y R. L.

12

PÁGINA 22

1. trombón-trombones, timbal-timbales, fagot-fagotes.

PÁGINA 23

2. La viola es tuya. / El trombón es suyo. / La orquesta es nuestra.

13

PÁGINA 24

1. El mástil sirve para sostener la vela.
La vela sirve para que el viento mueva el velero.
El timón sirve para dirigir el velero.
2. R. G. el timón, la cubierta, los mástiles.

14

PÁGINA 25

1. Hermann es de Bremen y habla alemán. / Betty es de Bristol y habla inglés. / Fabrizio es de Bronte y habla italiano.
2. Francia-franceses, Portugal-portugueses, Marruecos-marroquíes, Alemania-alemanes, Irlanda-irlandeses, Italia-italianos, Rumanía-rumanos.

15

PÁGINA 26

1. R. G.
2. Delante del punto: abuelos, avisarte, preocupes, mensaje, beso.
Detrás del punto: Te, Me, Contesta, Un, Miguel.

PÁGINA 27

3. Miguel: La paloma Recadera ha llegado.
Ya estoy tranquila. Yo también te mando un beso. Mamá
4. R. G. El teléfono del abuelo está estropeado.
Una paloma mensajera se posa en la ventana.
Miguel envía el mensaje con la paloma.
La madre ya está tranquila.

6. R. L.

PÁGINA 28

7. Carlos: ¿Quieres venir a mi casa? Te invito a merendar.
Miguel
Eva: Esta tarde vamos a ir al cine. ¿Te apuntas? Miguel
8. Papá: Me he lle-vado (o lleva-do) tu bufanda.
Abuela: En la ne-vera (o neve-ra) hay helados.

16

PÁGINA 29

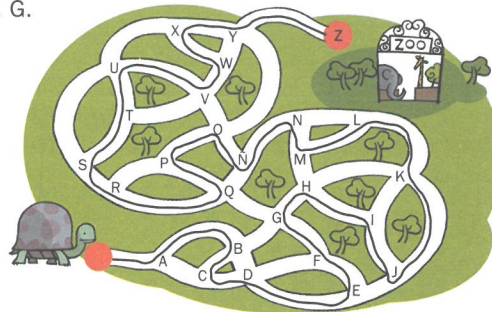
1. i-gle-sia, puen-te, es-ta-ción, ca-rre-te-ra, bi-blio-te-ca, a-par-ca-mien-to, zo-o-ló-gi-co.

2. Tiene dos sílabas: puente. Tienen tres sílabas: iglesia y estación. Tienen cuatro sílabas: biblioteca y carretera. Tienen cinco sílabas: ayuntamiento, aparcamiento y zoológico.

17

PÁGINA 30

1. R. G.



A a, B b, C c, D d, E e, F f, G g, H h, I i, J j, K k, L l, M m, N n, Ñ ñ, O o, P p, Q q, R r, S s, T t, U u, V v, W w, X x, Y y, Z z.

2. R. G. (Vocales: a, e, i, o, u. Consonantes: b, c, d, f, g, h, j, k, l, m, n, ñ, p, q, r, s, t, v, w, x, y, z.)

3. Hay cinco vocales. Hay veintidós consonantes.

PÁGINA 31

4. avestruz, buitres, cebras, delfín, erizo, foca, gorila, hipopótamo, iguana, jirafa, koala, león, murciélago, nutria, ñu, oso, pelícano, rinoceronte, saltamontes, tortuga, urraca, víbora, zorro.

18

PÁGINA 32

1. R. G. Portugal, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza e Italia. / Lisboa, Oporto, Braga y Faro. / La torre de Pisa, el Coliseo romano, el teatro de la Escala de Milán y la Basílica de El Vaticano.
2. Podríamos ir a Portugal, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza e Italia. / En Portugal hay ciudades muy bonitas como Lisboa, Oporto, Braga y Faro. / En Italia existen grandes monumentos; por ejemplo, la torre de Pisa, el Coliseo romano, el teatro de la Escala de Milán y la Basílica de El Vaticano.

19

PÁGINA 33

1. R. G. Palabras con c: caballo, carnero, cuadra, roca, carpintero, vaca.
Palabras con q: bosque, estanque, mariquita.
2. R. G. El caballo está en el establo. / La oveja y el carnero están en el redil. / La vaca y el toro están en la cuadra. / La mariquita está en la roca.

20

PÁGINA 34

1. libro: librero, librería. pastel: pastelero, pastelería. pan: panadero, panadería. pescado: pescadero, pescadería. zapato: zapatero, zapatería.
2. V, V, F.

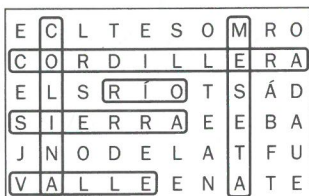
PÁGINA 35

- Monosílabas: fe, sol, can, luz, sal, pan, tres, té.
Bisílabas: libro, huevo, panza, pastel, cueva, nata, guante. Trisílabas: librero, novela, harina. Polisílabas: librería, murciélago, pastelera, pastelería, bocadito.
- La señora está comprando el periódico en el quiosco.
El relojero está arreglando el reloj en la relojería.

21

PÁGINA 37

- La pista fundamental para encontrar el tesoro está en la sopa de letras del ejercicio que viene después.
- R. G.



- El tesoro está debajo de la fuente.
- R. L. (En ese trozo estará la fuente).

22

PÁGINA 38

- R. G. lámpara, cajón, calcetín, gorra, sillón, guitarra, despertador, gafas, botas, almohada.
- Agudas: pantalón, cajón, calcetín, sillón, despertador.
Llanas: gorra, guitarra, gafas, botas, almohada.
Esdrujulas: lámpara, bolígrafo, helicóptero, termómetro, periódico.

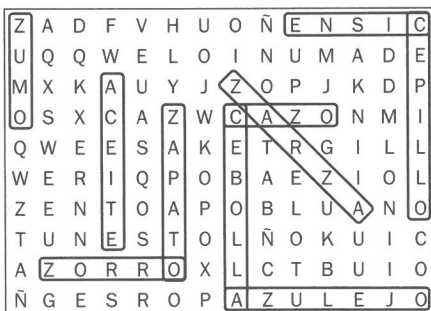
PÁGINA 39

- Gonzalo guardó las gafas en su funda. / Gonzalo guardó el gusano en la caja. / Gonzalo colgó la guitarra en la pared. / Gonzalo colgó la gorra en la percha.
- Adela ha apagado la pantalla del ordenador.
Miguel ha guardado los pantalones en el armario.
Irene ha doblado su pijama.
Lucas ha tendido el bañador en el tendedero.

23

PÁGINA 40

- zapato, zorro, aceite, zarza, cazo, cebolla, cepillo, azulejo, cisne, zumo.
- R. G.



PÁGINA 41

- Anoche el cielo estaba totalmente cubierto de estrellas.
Me gusta ir de vez en cuando al cine a ver una película.
Ayer fui al campo y me pinché con una zarza.

En el bautizo se reunió toda la familia.

Todas las mañanas me hago un zumo de naranja.

- coraza, tiza, raza, caza. / corazón, tizón, razón, cazón.
coraza, tizón, taza, corazón, cazón.
- R. L.

24

PÁGINA 42

- Hipopótamo, ballena, cóndor, oveja y cordero.
- El hipopótamo come hierbas y plantas acuáticas y vive en los lagos y ríos de África.
La ballena come pequeños animales y vive en mares y océanos.
El cóndor come carne y vive en las altas cimas de las cordilleras americanas.

PÁGINA 43

- conejo, vaca, gallina, potrillo, cordero, ternero, jabalí, caballo, polluelo, oveja, gazapo, jabato.
- la vaca y el ternero, la oveja y el cordero, la gallina y el polluelo, el conejo y el gazapo, el jabalí y el jabato.

25

PÁGINA 44

- R. G. Hace más de veinte años, en los años ochenta, en la actualidad, en un futuro.
- R. G. En el pasado, Carmen escribía novelas de misterio y aventuras. En la actualidad, Carmen escribe cuentos de literatura infantil. En el futuro, Carmen escribirá libros de literatura juvenil.

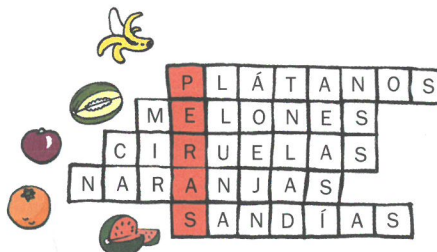
PÁGINA 45

- Cuando era pequeña, Ana jugaba con los ositos de peluche. Ahora, tiene cinco años y juega con las construcciones. De mayor dice que jugará al baloncesto. Hace años, el dibujante pintaba con lápices de colores. Ahora, pinta con ceras. Dentro de unos años pintará con acuarela y óleo.
- R. L.
- trabajar, correr, estudiar, pintar, pasear, salir, entender, escribir, modelar, jugar, conseguir, descubrir.

26

PÁGINA 46

- Es el plátano. Es la pera. Es el melón. Es la sandía.
-



PÁGINA 47

- Luego, se corta la fruta en trozos. Después, se exprimen las naranjas. A continuación, se mezclan los trozos de fruta con el zumo. Finalmente, se guarda en la nevera.
- Frutas: limón, pera, ciruela, higo, manzana.
Frutales: limonero, peral, ciruelo, higuera, manzano.

27

PÁGINA 48

1. R. G. Alfombra, lámpara, trompeta, campana, sombrero, tambor.
2. Palabras con -mb-: Ambrosio, lumbre, timbre, bombilla, bombón.
Palabras con -mp-: compra, campamento, compañero, tiempo, limpieza.

PÁGINA 49

3. aquellos juguetes esa butaca
este escritorio aquellas sillas
4. este esta estos estas
ese esa esos esas
aquel aquella aquellos aquellas
5. R. M. este lápiz, ese ejercicio, aquella ventana.
6. caballo, pasteles, tazas.
7. R. L.

28

PÁGINA 50

1. R. G.

Z	P	I	R	A	G	U	I	S	T	A
U	A	V	E	R	G	U	E	N	Z	A
M	R	P	E	D	I	G	Ü	E	Ñ	O
O	A	X	C	C	Z	W	C	A	D	B
Q	G	E	B	I	L	I	N	G	Ü	E
W	Ü	R	I	G	P	O	B	A	S	L
L	E	N	G	Ü	E	T	A	B	A	Z
T	R	N	Ü	E	T	O	L	Ñ	G	N
A	O	O	E	Ñ	O	X	L	C	Ü	G
Ñ	D	E	S	A	G	Ü	E	Z	E	Ü

piragüista
pedigüeño
paragüero
cigüeña
lengüeta
desagüe
bilingüe
vergüenza

2. El paragüero es un recipiente para meter paraguas.
El desagüe es un conducto de salida de las aguas.
El piragüista es una persona que navega en piragua.

29

PÁGINA 51

1. R. G. Puebla, pueblo, Pablo, establo, mueble, niebla, amable, tablas.
2. R. G. este pueblo, estos muebles, estas tablas.
3. R. M. Esta niebla no me deja ver el pueblo.

30

PÁGINA 52

1. Princesa: Carlota; príncipe: Froilán; cartero: Sancho; reina: M.^a Elena.
2. R. M. La princesa está preocupada porque no llega el príncipe.
El cartero trae una carta para la princesa.

PÁGINA 53

3. R. L.
4. abrelatas, sacamuelas, sacacorchos, quitamanchas, quitanieves.

31

PÁGINA 54

1. Montaña: monte; pueblo: poblado; barco: buque, navío; cima: cumbre.
2. Barco: naufragar, zarpar, navegar. Coche: circular, derrapar, aparcarse. Avión: volar, despegar, aterrizar.

PÁGINA 55

3. R. G. un viaje largo y divertido, una barca amarilla y pequeña, unos marineros altos y forzudos, unas montañas altas y soleadas.
4. R. M. Unos marineros altos y forzudos amarraron el barco.

32

PÁGINA 56

1. Título: El libro de la Selva. Autor: Rudyard Kipling.
Contenido: La historia de Mowgli, que se pierde en la selva y es recogido por una manada de lobos.
2. El niño jugaba en la selva con los animales.
Nosotros nadábamos en el río con los peces.
Los monos trepaban por el tronco del árbol.

PÁGINA 57

3. bonito bonita bonitos bonitas
oscuro oscura oscuros oscuras
estrecho estrecha estrechos estrechas
silencioso silenciosa silenciosos silenciosas
fresco fresca frescos frescas
alto alta altos altas
4. R. L.
5. El adjetivo es *grande*. Se refiere al sustantivo *arroyo*.
El adjetivo es *ancha*. Se refiere al sustantivo *vereda*.

33

PÁGINA 59

16 18 26

1 P L A N E A D O R

2 R E Y

22 S

23 C A B R E R O

25 O A

28 P

4 A M O

5 A H O R R O S

6 C A R R E T A

7 G U A D A L Q U I V I R

8 S O L

9 P R I N C E S A

10 M A D R I G U E R A

11 A R R E G L A N D O

12 L I M Ó N

13 A L E G R E

14 G A Z A P O

15 O

17 I

19 M

20 L

21 E

24 F

27 R

29 C

Apellidos	Nombre	Fecha:	Curso:	Aciertos:	Nota:
-----------	--------	--------	--------	-----------	-------

SUSTITUYE LA RAYA POR **b/v** SEGÚN CORRESPONDA:

1	a_stracto	41	o_eja	81	con_ocar
2	_aúl	42	interacti_o	82	chi_arse
3	ad_er_io	43	malé_olo	83	esla_ón
4	toda_ía	44	sa_or	84	esqui_ar
5	pro_ar	45	retri_ución	85	carna_al
6	espa_ila	46	extra_ertido	86	_utrón
7	_er_o	47	alco_a	87	_idón
8	re_olucionario	48	o_illo	88	_esugo
9	casca_el	49	in_álido	89	_a_osa
10	in_erosímil	50	o_etense	90	á_ido
11	a_ispado	51	a_ulense	91	_a_ucha
12	con_ento	52	la_a_ajillas	92	excesi_o
13	há_ito	53	nu_oso	93	in_oca_a
14	a_aricioso	54	ne_linoso	94	alti_o
15	gra_a (piedra)	55	na_e	95	pu_ertad
16	o_jección	56	mó_il	96	lla_e
17	a_eriguar	57	re_atir	97	mala_arista
18	hi_ernación	58	pre_alecer	98	lasci_o
19	res_alón	59	re_eca	99	ra_ioso
20	a_ocado	60	sá_ana	100	ali_io
21	inhá_il	61	rea_sor_er	101	estor_o
22	hue_era	62	im_er_e	102	ad_ertencia
23	detu_o	63	minus_álido	103	pro_ocar
24	a_iso	64	adversati_o	104	ca_ina
25	honora_ilidad	65	em_elesar	105	de_oró
26	I_.A. (impuesto)	66	o_esidad	106	con_icción
27	glo_al	67	nie_e	107	_errugas
28	distri_uyó	68	operati_o	108	aspa_ientos
29	_a_a	69	la_orioso	109	em_aucar
30	atri_uyo	70	lesi_o	110	con_encido
31	se_ero	71	con_idar	111	_i
32	sali_a	72	o_ario	112	re_ancha
33	_ocado	73	sucesi_o	113	ago_iar
34	alu_ión	74	ca_ilar	114	en _ano
35	_endecir	75	ta_ernero	115	a_andono
36	intro_ertido	76	tur_ante	116	a_ecindado
37	_enda	77	_ástago	117	pro_a_le
38	_aza	78	_ó_eda	118	cer_iz
39	reha_ilitar	79	ca_ar	119	contri_uir
40	hipér_ole	80	ce_o	120	desagra_iar

Alumno:				Nº Prueba		Aciertos		Nota:	
SUSTITUYE LA RAYA POR <i>b/v</i> SEGÚN CORRESPONDA:									
1	abstracto	b	41	oveja	v	81	convocar	v	
2	baúl	b	42	interactivo	v	82	chivarse	v	
3	adverbio	v-b	43	malévolo	v	83	eslabón	b	
4	todavía	v	44	sabor	b	84	esquivar	v	
5	probar	b	45	retribución	b	85	carnaval	v	
6	espabila	b	46	extravertido	v	86	butrón	b	
7	verbo	v-b	47	alcoba	b	87	bidón	b	
8	revolucionario	v	48	ovillo	v	88	besugo	b	
9	cascabel	b	49	inválido	v	89	babosa	b-b	
10	inverosímil	v	50	ovetense	v	90	ávido	v	
11	avispado	v	51	abulense	b	91	babucha	b-b	
12	convento	v	52	lavavajillas	v-v	92	excesivo	v	
13	hábito	b	53	nuboso	b	93	invocaba	v-b	
14	avaricioso	v	54	neblinoso	b	94	altivo	v	
15	grava (piedra)	v	55	nave	v	95	pubertad	b	
16	objeción	b	56	móvil	v	96	llave	v	
17	averiguar	v	57	rebatir	b	97	malabarista	b	
18	hibernación	b	58	prevalecer	v	98	lascivo	v	
19	resbalón	b	59	rebeca	b	99	rabioso	b	
20	abocado	b	60	sábana	b	100	alivio	v	
21	inhábil	b	61	reabsorber	b-b	101	estorbo	b	
22	huevera	v	62	imberbe	b-b	102	advertencia	v	
23	detuvo	v	63	minusválido	v	103	provocar	v	
24	aviso	v	64	adversativo	v	104	cabina	b	
25	honorabilidad	b	65	embelesar	b	105	devoró	v	
26	I.V.A. (impuesto)	V	66	obesidad	b	106	convicción	v	
27	global	b	67	nieve	v	107	verrugas	v	
28	distribuyó	b	68	operativo	v	108	aspavientos	v	
29	baba	b-b	69	laborioso	b	109	embaucar	b	
30	atribuyo	b	70	lesivo	v	110	convencido	v	
31	severo	v	71	convidar	v	111	vi	v	
32	saliva	v	72	ovario	v	112	revancha	v	
33	bocado	b	73	sucesivo	v	113	agobiar	b	
34	aluvión	v	74	cavilar	v	114	en vano	v	
35	bendecir	b	75	tabernero	b	115	abandono	b	
36	introvertido	v	76	turbante	b	116	avecindado	v	
37	venda	v	77	vástago	v	117	probable	b-b	
38	baza	b	78	bóveda	b-v	118	cerviz	v	
39	rehabilitar	b	79	cavar	v	119	contribuir	b	
40	hipérboles	b	80	cebo	b	120	desagruar	v	

SIGNIFICADO DE ALGUNAS PALABRAS

lascivo: Que tiene este vicio. **esquivar:** Evitar, rehusar.

introvertido: Acción y efecto de penetrar dentro de sí mismo, abstrayéndose de los sentidos.

butrón: Agujero hecho en suelos, techos o paredes para robar o para ventilar la cueva donde se guarda el vino.

eslabón: Elemento necesario para el enlace de acciones, sucesos.

retribución: Recompensa o pago de algo. **abulense:** Natural de Ávila.

hábito: Vestido o traje que cada persona usa según su estado, ministerio o nación, y especialmente el que usan los religiosos y religiosas. Modo especial de proceder o conducirse adquirido por repetición de actos iguales o semejantes

avaricioso: Ser uno mismo un afán desordenado de poseer y adquirir riquezas para atesorarlas.

ovetense: Natural de Oviedo, ciudad de España, capital del Principado de Asturias.

ovillo: Bola o lío que se forma devanando hilo de lino, algodón, seda, lana, etc.

inverosímil: Que no se puede creer. **alcoba:** Dormitorio.

hibernación: Estado semejante que se produce en las personas artificialmente por medio de drogas apropiadas con fines anestésicos o curativos.

avisado: Vivo, despierto, agudo.

aspavientos: Demostración excesiva o afectada de espanto, admiración o sentimiento.

altivo: Orgulloso, soberbio.

babucha: Zapato ligero y sin tacón, usado principalmente por los moros.

avaricioso: Ser uno mismo un afán desordenado de poseer y adquirir riquezas para atesorarlas.

abstracto: Dicho del arte o de un artista: que no pretende representar seres o cosas concretos y atiende solo a elementos de forma, color, estructura, proporción, etc.

bóveda: Obra de fábrica curvada, que sirve para cubrir el espacio comprendido entre dos muros o varios pilares.

desagraciar: Borrar o reparar el agravio hecho, dando al ofendido la satisfacción cumplida.

hipérbole: Exageración de una circunstancia, relato o noticia. **lascivo:** Que tiene este vicio.

neblinoso: Dicho del día o de la atmósfera: En que abunda y es baja la niebla.

cerviz: Humillarse, deponiendo el orgullo y altivez. **ávido:** Ansioso, codicioso

inhábil: Que no tiene las cualidades y condiciones necesarias para hacer algo

babosa: Molusco gasterópodo pulmonado, terrestre, sin concha, que cuando se arrastra deja como huella de su paso una abundante baba. Bobo, tonto, simple. Adulador, pelotillero.

besugo: Persona torpe o necia. Pez provisto de algunos dientes cónicos en la parte anterior de las mandíbulas, y de dos filas de otros tuberculosos en la posterior.

inhábil: Que no tiene las cualidades y condiciones necesarias para hacer algo.

embelesar: Suspender, arrebatarse, cautivar los sentidos.

embaucar: Engañar, alucinar, prevaleciéndose de la inexperiencia o candor del engañado.

lesivo: Que causa o puede causar [lesión](#).

vástago: Persona descendiente de otra.

Se escriben con b:

- ✧ Los verbos acabados en **-bir**. *Cohibir, subir, prohibir, recibir*. (Menos: *hervir, servir, vivir* y sus derivados)
- ✧ Los verbos acabados en **-buir**. *Atribuir, contribuir, distribuir*.
- ✧ Las formas de los verbos: *deber, haber, caber, saber* (**debíamos, había, cabe, sabrá**)
- ✧ Los pretéritos imperfectos de la primera conjugación (**-aba**) del verbo ir: *cantaba, tomabais, iba, íbamos*.
- ✧ Las palabras acabadas en: **-bilidad** (*amabilidad, probabilidad, posibilidad*) y **-bundo** (*vagabundo, moribundo*).
- ✧ Las palabras en las que aparece este sonido delante de **l** o **r**. *poblado, blusa, abrir, bruto*.
- ✧ Las palabras en las que aparece este sonido al final de sílaba o de palabra: *Absolución, observar, subsuelo, club*.
- ✧ Las palabras que empiezan por las sílabas: **bu-, bur-, bus-**: *burro, Burgos, buscar*.
- ✧ Las palabras que contienen el elemento compositivo **bio-** (vida): *biología, microbio, biografía*.
- ✧ Las palabras que empiezan por el prefijo **bis** (dos): *bisabuelo, bicolor, biznieto*.
- ✧ Las palabras que empiezan por los prefijos **bien-** o **bene-** (bien): *bienvenido, beneficio, benefactor*.

Se escribe con v:

- ☐ Las formas del verbo ir en las que aparece el sonido correspondiente: *voy, vos, vamos, vayan*.
- ☐ Las palabras que empiezan por el elemento compositivo **vice-** y sus variantes **viz-** y **vi-**: *vicedirector, vizconde, virrey*.
- ☐ Las palabras que empiezan por **evo-, evi-, evo-**: *evaluación, evidente, evolución*.
- ☐ Cuando aparece el sonido correspondiente detrás de los prefijos **ad-** y **sub-**: *adverbio, subvención*.
- ☐ Las palabras que acaban en **-voro/a**: *herbívoro, carnívoro*.
- ☐ Los adjetivos y determinativos acabados en: **-eve, -avo(o), -eve, -evo (a), -ivo (a)** cuando la palabra es llana: *grave, octava, breve, medievo, colectivo*.
- ☐ Los pretéritos indefinidos de los verbos: **estar, tener** y sus compuestos y **andar**: *estuve, tuvo, anduvieran*.

Apellidos	Nombre	Fecha:	Curso	Aciertos:	Nota:
-----------	--------	--------	-------	-----------	-------

SUSTITUYE LA RAYA POR *h/ø* SEGÚN CORRESPONDA:

1	_abrir	41	_arén	81	_ocico
2	des_onesto	42	_incha	82	_olgazán
3	_ornacina	43	_abismo	83	_uraño
4	_oler	44	_oradar	84	ad_erir
5	_ondulación	45	_ospedar	85	_eroico
6	des_arrapado	46	des_umanizar	86	_idrógeno
7	_izar	47	_astas (<i>cuernos</i>)	87	_ilación
8	_aba	48	des_echar (<i>fuera</i>)	88	_ufano
9	_echar	49	_echo (<i>suceso</i>)	89	_eterogéneo
10	_ola (<i>del mar</i>)	50	_echo (<i>hacia fuera</i>)	90	_omosexual
11	_ipócrita	51	des_acer	91	_ueso
12	in_umar	52	_ostil	92	_ablandar
13	i_ola!	53	_ebra	93	in_abilitación
14	zana_oria	54	_asta (<i>preposición</i>)	94	co_ete
15	des_uesar	55	_exégeta	95	des_inchar
16	_exorcizar	56	almo_ada	96	¿E_?
17	des_ovar	57	_igo	97	_ira
18	_orfandad	58	in_ibir	98	_echicero
19	_arina	59	_ortelano	99	_emeroteca
20	ex_ibición	60	_ematíes	100	des_ollinador
21	_osario	61	des_armar	101	exa_usto
22	¡A_!	62	ex_ención	102	a_ínco
23	ta_ona	63	ex_ilio	103	_istérico
24	en_ebrar	64	des_abitar	104	_incinerar
25	_óvalo	65	i_urra!	105	iO_!
26	_armar	66	_acecho	106	_acienda
27	ex_ortar	67	des_idratar	107	_acha
28	_omologar	68	_ebilla	108	_ada
29	ex_austivo	69	a_ogar	109	_alógeno
30	_uérfano	70	i_ala!	110	_arriar
31	co_ibir	71	co_esión	111	_urraca
32	desa_ucio	72	_abichuela	112	_ipocresía
33	_acendoso	73	_alagar	113	_inefable
34	_azotar	74	i_ale!	114	_edonismo
35	_alcón	75	_allazgo	115	_infundio
36	_alabar	76	_arpillera	116	pro_eza
37	des_echo (<i>roto</i>)	77	_usar	117	mo_o
38	_arapo	78	_ibernación	118	_injertar
39	_aviso	79	_ilar	119	_ortensia
40	_epatitis	80	a_íto	120	_indeleble

SUSTITUYE LA RAYA POR **h/Ø** SEGÚN CORRESPONDA:

1	abrir	-	41	harén	h	81	hocico	h
2	des h onesto	h	42	hincha	h	82	holgazán	h
3	h ornacina	h	43	abismo	-	83	huraño	h
4	oler	-	44	horadar	h	84	ad h erir	h
5	ondulación	-	45	hospedar	h	85	heroico	h
6	desarrapado	-	46	des h umanizar	h	86	hidrógeno	h
7	izar	-	47	astas (<i>cuernos</i>)	-	87	ilación	-
8	h aba	h	48	desechar (<i>fuera</i>)	-	88	ufano	-
9	echar	-	49	h echo (<i>suceso</i>)	h	89	h eterogéneo	h
10	ola (<i>del mar</i>)	-	50	echo (<i>hacia fuera</i>)	-	90	homosexual	h
11	h ipócrita	h	51	des h acer	h	91	h ueso	h
12	in h umar	h	52	hostil	h	92	ablandar	-
13	¡ h ola!	h	53	hebra	h	93	in h abilitación	h
14	zanah o ria	h	54	h asta (<i>preposición</i>)	h	94	co h ete	h
15	des h uesar	h	55	exégeta	-	95	des h inchar	h
16	exorcizar	-	56	almohada	h	96	¿E h ?	h
17	desovar	-	57	higo	h	97	ira	-
18	or h fandad	-	58	in h ibir	h	98	hechicero	h
19	h arina	h	59	hortelano	h	99	hemeroteca	h
20	ex h ibición	h	60	hematíes	h	100	des h ollinador	h
21	osario	-	61	desarmar	-	101	exa h usto	h
22	¡A h !	h	62	exención	-	102	a h ínco	h
23	ta h ona	h	63	exilio	-	103	histérico	h
24	en h ebrar	h	64	des h abitar	h	104	incinerar	-
25	óvalo	-	65	¡ h urra!	h	105	¡O h !	h
26	armar	-	66	acecho	h	106	hacienda	h
27	ex h ortar	h	67	des h idratar	h	107	hacha	h
28	homologar	h	68	hebilla	h	108	hada	h
29	ex h haustivo	h	69	a h ogar	h	109	halógeno	h
30	huérfano	h	70	¡ h ala!	h	110	arriar	-
31	co h ibir	h	71	co h esión	h	111	hurraca	h
32	desa h ucio	h	72	habichuela	h	112	hipocresía	h
33	hacendoso	h	73	halagar	h	113	inefable	-
34	azotar	-	74	jale!	-	114	hedonismo	h
35	halcón	h	75	hallazgo	h	115	infundio	-
36	alabar	-	76	arpillera	-	116	proeza	-
37	des h echo (<i>roto</i>)	h	77	usar	-	117	mo h o	h
38	h arapo	h	78	hibernación	h	118	injertar	-
39	aviso	-	79	hilar	h	119	hortensia	h
40	hepatitis	h	80	a h íto	h	120	indeleble	-